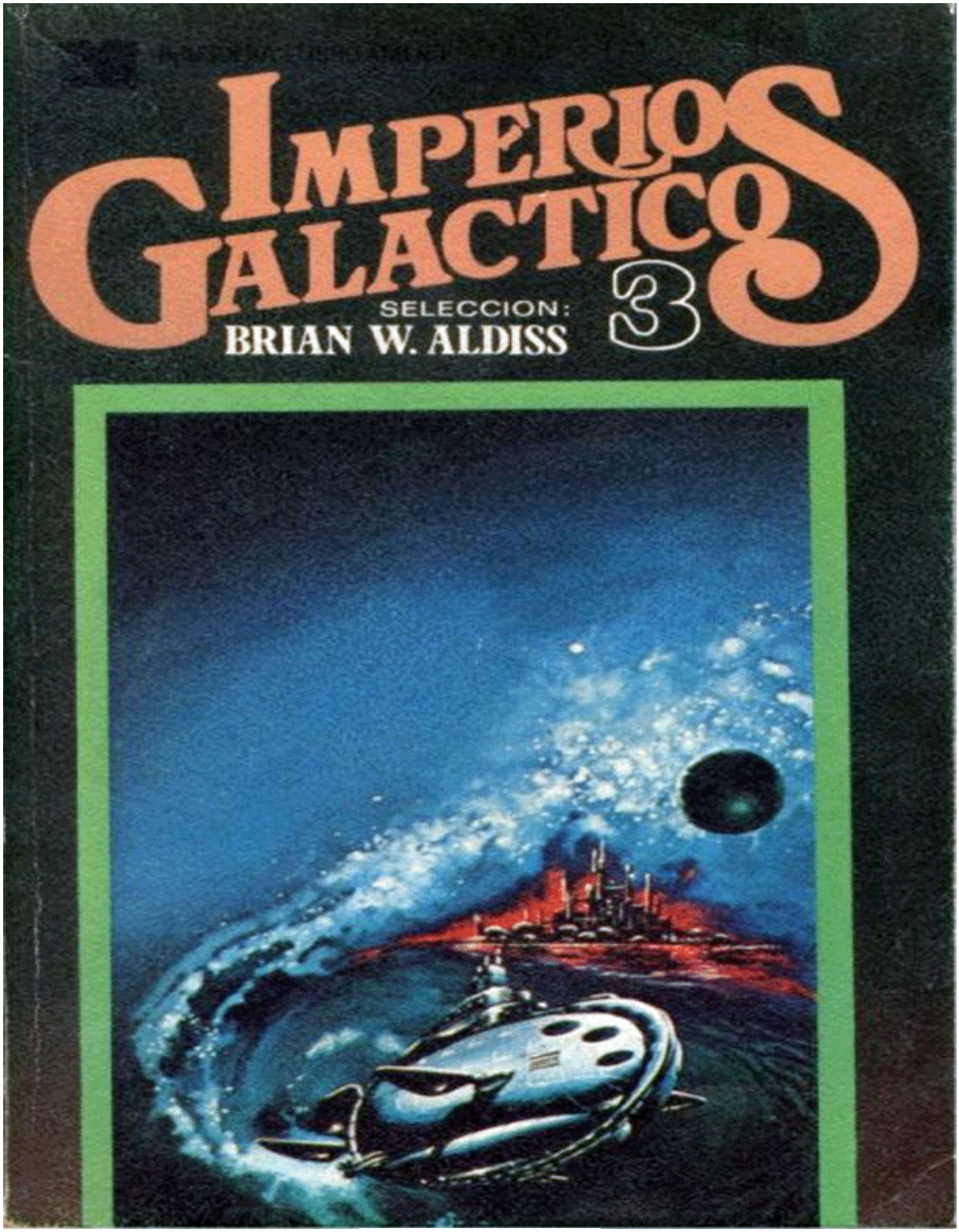
IMPERIOS GALÁCTICOS 3 – Varios Autores
Selección de Brian W. Aldiss



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Introducción

No hay ninguna base para pretender distinguir las narraciones de imperios galácticos como un género. En general, estas narraciones forman parte de lo que se conoce como «Space Opera». El imperio galáctico es una clase de cristalización de la ópera del espacio; hay otras, de las cuales una es la «Sword and Sorcery» (Espada y brujería).

Algunas narraciones usan el fondo imperial para una enseñanza de tipo moral; la enseñanza de tipo moral es perennemente popular en ciencia ficción, y Mark Reynolds nos da un buen ejemplo en este volumen. Pero es el aspecto aventurero del imperio galáctico el que mayormente impresiona al lector.

Este aspecto lleva a muchos lectores, incluyendo una gran cantidad de fanáticos de la ciencia ficción, a despreciar la ópera del espacio y la escena galáctica. Ahora bien, hay buenas razones literarias de que un amplio lienzo, como el que estas historias necesitan, derrote a todos menos a los Miguel Ángel de la ciencia ficción —y hay demasiado pocos de esta categoría—, de modo que los escritores más reflexivos (y quizá los que podemos decir que son los mejores artistas) rehuyen la forma galáctica. Pero desentendernos de ella sólo porque es aventurosa, no es una razón lo suficientemente buena.

Los dos editores que han ejercido más poder desde la aparición de la ciencia ficción son, sin lugar a dudas, Hugo Gernsback, fundador de *Amazing*

Stories y de este modo de la revista de ciencia ficción, y John Campbell, que editó *Astounding Science Fiction* (más tarde *Analog)* durante más de treinta años. Estos dos hombres influyentes tomaron una cierta actitud hacia la humanidad y hacia las actividades de la humanidad. Su filosofía era utilitaria. Campbell poseía un intelecto formidable, pero creía, no menos que Gernsback, que las grandes unidades humanas llevan a una más grande humanidad, antes que a la pérdida de humanidad.

Ambos editores toleraban, o mejor, alentaban la ópera del espacio en sus páginas, pero era la ópera del espacio orientada hacia la máquina. Campbell veía al hombre como un animal productor de herramientas; gustaba hablar del pulgar como del dedo oponible que distingue al hombre de los demás primates y le ofrece un mejor dominio de las armas, y de este modo le orienta en el camino de las estrellas. Su influencia fue muy. fuerte en los escritores que, como Arthur C. Clarke, escribían para él. El gran momento imaginativo del filme Kubrick-Clarke, *2001: Odisea del espacio,* cuando un hueso usado por el hombre primitivo como un arma mortal es lanzado triunfalmente hacia el aire, para transformarse en una estación espacial, es una imagen de Campbell, la imagen del *homo faber.*

Esta visión del hombre que tenía Campbell naturalmente le predisponía a abogar por dosis de tecnología cada vez mayores. O quizá fuera al revés, su creencia en las dosificaciones le hacía ver al hombre sobre todo como un trabajador. De la forma que fuere, *Astounding* raramente admitía relatos que mostraban a la humanidad creciendo alejada de la tecnología. La tecnología, después de todo, puede ser meramente una manifestación de pubertad racial, algo así como los ciclomotores, que podrían dejar de lado el resto de nuestras especies, en la extensión de la vida. Otras razas pueden ascender a un alto y creativo nivel de civilización sin llevar sus técnicas más lejos que el torno de alfarero. Pero esta especulación habría sido herejía en *Astounding.* Los heterodoxos suelen ser particularmente creyentes en sus propias ortodoxias.

Campbell era brillante e inteligente. Aun así, él prefería —y esta preferencia trajo su eventual declive como editor— ignorar el hecho de que el contenido de su hermosa revista eran *juegos,* juegos de la mente, y en el momento de apogeo de Campbell, los

mejores juegos de la mente que había en el mercado. Sus escritores, siguiendo su ejemplo, gustaban también de justificar la ciencia ficción en términos de cuan exactamente se cumplían sus predicciones, o lo bien que servía como propaganda para la carrera del espacio, o cuan fuertemente influía en los niños americanos para ser físicos cuando fueran mayores. Esto era ciencia ficción concebida como una función, como apenas otra herramienta.

Los escritores que escribían para otras revistas sentían a menudo de otra forma. Creían que la ciencia ficción *debía* ser un juego, si bien serio, que su interés estaba en sí misma y no en sus aplicaciones. Entendían al *homo ludens;* y, por lo tanto, sus productos eran denigrantemente denominados «escapismo» por el grupo de los *faber,*

Algunos filósofos han argumentado que el *homo ludens* ha jugado un papel supremo en la historia, un rol que el advenedizo *homo faber* ha tendido a obviar. La más distinguida contribución a esta teoría es el *Homo Ludens* de J. Huizinga, que ha recibido recientemente una gran ayuda de Lewis Mumfford, con su *El mito de la máquina.* En general, la ciencia ficción ha sido acercada y evaluada desde el punto de vista utilitario, y enrolada obligatoriamente bajo la bandera de los *faber.* El resultado ha sido el excesivo fomento de una ciencia ficción cimentada sobre una mínima filosofía gris del hombre agitándose hacia el futuro como una unidad de una tecnología amorfa. Por lo menos, éste ha sido más o menos el punto de vista oficial —tanto en Nueva York como en Moscú— y uno de los motivos que han contribuido a acelerar, probablemente, la notoria revuelta de la ciencia ficción, la Nueva Ola, de la mitad de los años sesenta, que pone su énfasis en hacer cada uno sus propias cosas, de la forma que sea. Pero es de hacer notar que cuando .un loco entra en el campo de la ciencia ficción, intentando sólo divertirse a sí mismo, genera una inmediata y entusiasta corriente. El primer A. E. van Vogt, Alfred Bester, Michael Moorcok y R. A. Lafferty son claros ejemplos de esto. Mientras recorría el país hablando en público, me he convencido de que probablemente el escritor de cuentos cortos más famoso no sea Ray Bradbury, como se supone generalmente, sino Robert Sheckley, un bromista imaginativo cuyos desvencijados mundos y sus resquebrajadas naves del espacio tienen un atractivo inmediato.

Un imperio galáctico, en pocas palabras, no ha de entenderse como el retrato de una utopía futura. Esto puede no ser muy divertido, aunque sin duda unos pocos sociólogos tendenciosos lo recomendarían a sus alumnos. Un imperio galáctico es desvencijado y anacrónico, lleno *de* mundos misóginos, destartaladas naves del espacio y desnudos esclavos trabajando a la luz de antorchas en minas de uranio. Un imperio galáctico le debe más a Cecil B. de Mille que a Einstein: es el «Colossal» de la ciencia ficción.

El escapismo descarado no es incompatible con la profundidad de pensamiento. Aquí podemos traer a colación te pregunta que J. R. R. Tolkien hizo a C.S. Lewis: «¿Qué clase de hombres cree usted que están más preocupados con —y son más hostiles a— la idea de escape? » Y respondió a su propia pregunta: «Los carceleros.»

Cité la observación de Tolkien en la introducción del primer volumen de esta antología. Esta introducción ha sido un intento de reafirmar lo que dije en la otra con diferentes términos.

Hay más de una manera de matar a un gato, o de deslizarse en un imperio galáctico.

Librodot

Volumen III

MADUREZ O CAÍDA
(continuación)

NO SE PUEDE IMPONER LA CIVILIZACIÓN POR LA FUERZA

John D. MacDonald: *Escapar al caos*

A. E. van Vogt: *Escondite*

Algis Budrys: *Civilizar*

James Blish: *Beep*

> Él resultado de estas contiendas en las mentes de estos antiguos Imperialistas dependía de la medida en que la especialización para el imperio les hubiera afectado. En unos pocos mundos jóvenes, en los cuales la especialización había calado demasiado profundamente, un período de caos era seguido por un período de reorientación y planificación mundial, y, en el momento preciso, por una sana utopía. Pero en la mayor parte de estos mundos no había escape posible. O el caos persistía hasta que comenzaba la decadencia de la raza, y el mundo caía en el estado humano, sub-humano o al meramente animal; o de otra forma, y sólo en pocos casos, la discrepancia entre el ideal y la situación real era tan angustiosa que toda la raza se suicidaba.
>
> OLAP STAPLEDON: El Hacedor de estrellas

Una cosa es cierta. El hombre se une solamente para adquirir fuerza, sea la fuerza de la religión, del saber o del poder. Y las uniones llevan hacía varias enfermedades; una vez que se han unido, se adaptan a estar unidos, lo quieran o no.

La unificación también lleva hacia la complejidad, y en esta sección los imperios maduros reflejan esa complejidad. Nuestros cuatro distinguidos autores, Van Vogt, John D. MacDonald, Algis Budrys y James Blish, escribían para deleite de sus lectores en revistas populares generalmente menospreciadas, aunque se acercaban a un fantástico tipo de verdad. Un amistoso crítico del primer libro de estas series dijo: «La Opera del espacio es buena, sencilla y noble diversión, aunque uno no pueda demostrar, pero sí sospechar, que estos cuentos tocan algo del arquetipo mitopoético que fluye profundo en cada individuo.» Grandes palabras, pero estoy de acuerdo con ellas; aunque todo dependería de los diagramas de circuito del id de cada uno. Estas narraciones me parece que tienen la cualidad descrita.

Hablando de los diagramas de circuito del id, ningún escritor de ciencia ficción podría hacer alarde de circuitos más elaborados que el último. James Blish. Toda forma de saber era un tema para él. Era grande estableciendo conexiones. Su espléndida epopeya de las Ciudades en Vuelo explora una de las conexiones elementales de la era moderna: la estrecha relación entre el espacio y el tiempo; y su formidable biografía de Roger Bacon, Doctor Mirabilis, examina las múltiples relaciones entre ciencia y religión, un tema desarrollado en su contrapunto de ficción en la más famosa novela de Blish, Un caso de conciencia., y más tarde en Pascua Negra y en El día después del juicio. Estos hilos también pueden ser rastreados a través de Beep, el fragmento de historia galáctica que presentamos aquí.

Una de sus preocupaciones era el problema del pecado, que a veces parecía tratar como si fuera meramente una pregunta intelectual. Tardíamente, podemos observar que el pecado en Beep brilla por su ausencia. La historia puede interpretarse como si fuera la de una máquina que suprime el pecado, raíces y ramas; el pecado en hecho, el pecado como concepto.

Beep es una pieza para pensar, y juega un papel clave en este volumen. Es un relato que admiro grandemente. La primera vez que lo leí en Galaxy me impresionaron menos sus cualidades intelectuales que una imagen obsesionante, que encarna mucho de la fascinación de la ciencia ficción, la imagen contenida en estas líneas:

«He oído al comandante de un crucero de línea mundial, viajando de 8873 a 8704 a lo largo de la línea mundial del planeta Hathshepa, que gira alrededor de una estrella en el borde de NGC 4725, pidiendo ayuda a través de once millones de años luz..., pero qué clase de ayuda estaba pidiendo, o pediría, está más allá de mi comprensión.»Este pasaje fue escogido por Emsh, quien lo ilustró en su primera aparición. Hizo una

ilustración que mostraba un remolino de espacio-tiempo, con el crucero atrapado en su espiral.

Una de las ingenuidades de Beep reside en su título, y en la correspondencia de ese título con el efecto de la historia, que desata un mundo de implicaciones a partir de un pequeño sonido sin sentido. Beep acomete temerariamente con uno de los problemas centrales de los imperios galácticos: el problema de cómo afrontar, y si es posible superar, líneas inmensamente largas de comunicación. El transmisor Dirac supone una respuesta marcadamente efectiva; y Blish nos muestra qué buenos y paradójicos efectos secundarios genera, incluyendo el hecho de que uno de los personajes principales estaba casado casi a la fuerza con una dama travestida de ascendencia mixta, matrimonio del que por cierto disfruta.

Mientras escribía esta historia, quizá Blish pensara que quitando el libre albedrío de los asuntos humanos no habría más pecado. Sus suposiciones acerca de la predestinación son interesantes e incómodas (muchas de las líneas de pensamiento de Jim son muy interesantes e inquietantes). Describe la conciencia humana «sólo como compañía durante el paseo»; en otro lugar es descrita como «desvalida». Los hechos son los que gobiernan. Yo una vez escribí una narración (Not for an Age) en la cual describía la conciencia como incapaz de interferir con los hechos. Era, y continúa siendo, mi idea del infierno. Aunque Blish se las arregla para convertirlo casi en una utopía. El mundo que retrata en Beep es un mundo extremadamente feliz, el más feliz de toda la antología; como uno de los personajes dice, «Las noticias son siempre buenas».

Pero establecer una conexión entre la comunicación instantánea y la redención (ausencia de pecado) significa un salto notable. Blish lo resume simbólicamente en el tierno cuidado que se toma para que los amantes se encuentren tal como estaba planeado. Todo esto es aún más importante cuando consideramos que la mayoría de los escritores de ciencia ficción usan la posibilidad de la comunicación instantánea para propósitos de conquista y agresión. En Beep trae paz. Blish intentó igualar comunicación instantánea con perfección. ¿De qué otra forma se puede explicar por qué su todopoderoso servicio es incorruptible? Los relatos de ciencia ficción normalmente dejan extrañas huellas de humo en los cielos de nuestras mentes. Me he encontrado a mí mismo admirándome de la forma en que Blish ha colocado a dos personas enmascaradas, una en el interior y otra en el exterior de la narración; aunque ellos asumen los disfraces para propósitos tortuosos, ninguno se encuentra con la censura o con algo más fuerte cuando son descubiertos. Quizá sea de esta forma como debe ser en una utopía. Si se quitan las razones para la agresión, ¿desaparecería la agresión? Pero no nos podemos hacer esta pregunta en la construcción de Blish, puesto que causa y efecto son probadamente inoperantes para el transmisor Dirac.

Si afirmamos que Beep es una narración utópica, aun así debemos afirmar que de todas formas es un tipo raro de relato. Aunque las utopías y las antiutopías son tradicionalmente asociadas con la ciencia ficción, ningún imperio galáctico que yo conozco puede ser considerado, ni remotamente, como una utopía. Beep es la única excepción. En su sabiduría, Blish ha hecho una gran cantidad de cosas extrañas.

Los primeros cuentos cortos de Algis Budrys mostraban saber. Después dejó de escribir. Recientemente ha reaparecido en la ciencia ficción como crítico; quizá esta experiencia le tiente a volver a la ciencia ficción, para enseñarnos a todos cómo se debe hacer. Mientras tanto, les aviso a los lectores a que busquen su novela ¿Quién? (recientemente filmada) y, especialmente, Rogue Moon. Una línea de Civilizar se mantiene en mi memoria: «No se puede imponer la civilización por la fuerza.» Esto es algo que la gente, y no sólo los escritores de ciencia ficción, tienden a olvidar.

Estas narraciones están almacenadas en oscuras revistas, algunas de las cuales nunca han sido publicadas en Gran Bretaña: Super Science Stories apareció aquí en una edición

Librodot

debilitada. Sobre las escenas de la cubierta, que mostraba tales deleites como Nueva York en llamas, se veía su orgulloso lema: «Léalo hoy; vívalo mañana.»Es poco probable que el mundo de Escapar al caos se convierta alguna vez en realidad, pero ése no es el problema. John D. MacDonald —famoso por sus narraciones de suspense— propone una civilización asombrosamente compleja, rodeada por otras galaxias de probabilidad semejante. Entre ellas se mueve la espléndida Ciudad de Transición. El mismo Van Vogt puede envidiarle una concepción tan grande.

No es que el Viejo Maestro tenga nada que temer. Su Crucero de Batalla Imperial Racimo de Estrellas se mueve a través de una galaxia habitada por muchas razas con muy diferentes habilidades. ¿Verá el futuro tales cosas? La pregunta se mantiene abierta. Pero no hay que olvidar que el viaje por el espacio fue una vez un loco sueño similar; los lectores de ciencia ficción eran de los pocos que creían en esa posibilidad. Van Vogt, en este estadio de su carrera, siempre lleva implícito el poder de convicción, aunque el tema que aborde parezca francamente increíble. Después de casi treinta años, la magia perdura, aunque ahora seamos menos capaces de impresionarnos.

En este relato y en otros similares, Van Vogt ha logrado una entrañable interpretación del espacio que se conecta no sólo con el futuro, sino también con las primeras experiencias del hombre con el cosmos. Las inmensas tormentas en el espacio de Van Vogth, sus arroyos de partículas que miden años-luz —tan «modernas» cuando aparecieron— nos llevan hacia atrás, hacia edades en las que nuestra vida de cada día estaban menos separadas de los elementos y los cielos nocturnos eran omnipresentes. La tecnología nos ha separado de la Madre Naturaleza; la electricidad y los retretes han oscurecido el ojo de la mente. Ahora tenemos los viajes espaciales, y ya no creemos en ellos, excepto como un ejercicio casi militar.

Pero alguna vez creímos en ellos, antes de que construyéramos baluartes impermeables al agua contra el cielo y los páramos, y el bosque y el mar. Mucho antes de que se pensara en la ciencia ficción, los grandes viajes eran de extensión cósmica, y mentes receptivas se alzaron para arropar al viajero y su cuento. . Hornero, la primera voz de la psique Occidental, nos lleva al principio del saber, en donde los dioses y diosas formaban parte del acontecer del Hombre, extendiendo las dimensiones de su experiencia. El antiguo Poema Épico de Gilgamesh plasmaba la creencia de que si hacías navegar tu barco hasta el borde de los océanos podrías unirte a los arroyos de estrellas y navegar hacia arriba, hacia los cielos, en donde se hallaba el secreto de la Creación. Los nombres familiares de las constelaciones nos hablan de una antigua e íntima relación entre el hombre en la Tierra y las lejanas estrellas.

Uno de los impulsos que subyace en la moderna ciencia ficción es extremadamente antiguo. Y espero que sea inextinguible.

Librodot

Escapar al caos

John Macdonald

¡Luchaba solo contra los cielos desatados, el último campeón de una decadente dinastía de las estrellas que nunca existió, huyendo de la muerte!

El tercer hijo de Shain, el hijo rebelde, el traidor al Imperio, fue perseguido tres veces a través de la Galaxia, fue atrapado cinco veces y cinco veces se escapó. Ahora estaba de pie en el azul y eterno crepúsculo de una ciudad de cobalto en Zeran, uno de los viejos planetas, un planeta de muchas historias, de mucha gente, de la tristeza de las cosas perdidas más allá de toda posibilidad de recuperarlas. Zeran mantenía siempre su rostro hacia el sol inmenso y de un tono rosa-anaranjado que lo taladraba, desde ochocientos millones de kilómetros.

Tres años antes, Shain había oído los informes de las actividades de su tercer hijo, Andro. Shain yacía en un canapé y comía de la fruta que le habían traído las mujeres. Escuchaba. «Andro le dijo a Telka de Vereen: "¿Cuánto tiempo permitirás que mi padre te oprima? " Andro le dijo a Clangeron de Lell: "Cuando sobrevenga el levantamiento, debes estar listo para unirte a nosotros".»

—¡Suficiente! —dijo Shain en nombre del Imperio. Escupió las semillas al suave suelo de ámbar, seleccionó otra fruta. Hubo un pequeño y húmedo ruido cuando la fragmentó. Masticó, tragó y bostezó—. Matadle —ordenó lánguidamente.

Tres años después, Andro se encontraba solo en el crepúsculo de la ciudad del azul sin fin. Estaba solo con sus pesados hombros recostados en una pared al final de una olvidada callejuela. Sus quemadura supuraban y le debilitaban, pero su mano estaba firme en la empuñadura del arma. Hubo cuarenta naves, y ahora no había ninguna. Siete mil habían jurado lealtad hasta la muerte, y de los siete mil el último, la chica, Daylya, había muerto cuando él la arrastraba fuera de las ruinas de lo que fue la última nave.

Era un gran hombre y esperaba con la paciencia de un gran hombre. Esperaba y era el odio lo que le daba fuerza para mantenerse erguido, a pesar de sus quemaduras. Una vez sonrió mientras pensaba en lo que les había costado. Cuatro veces siete mil. Cinco veces cuarenta naves. El rumor corriendo entre los planetas del Imperio haría que aumentaran esas cantidades. Los hechos de Andro serían murmurados en los lugares tranquilos. Y algún día otro se atrevería y ganaría. Andro les había enseñado, les había enseñado a todos ellos que la rebelión, incluso la rebelión que no tuviera éxito, era posible, y a muchos les parecería una buena forma de morir.

Las guerras de naciones en la antigua Tierra habían sido el pretexto para la fundación de lo que se había convertido en el Imperio Galáctico. Durante siglos, mientras el hombre había volado a través de estrellas desoladas, el Imperio había sido débil. Y entonces, cuando las guerras galácticas comenzaron, estrella contra estrella, constelación contra constelación, el Imperio había recuperado su antigua fuerza por el mero hecho de parecer necesario.

Y la Casa de Calvan había gobernado el Imperio durante bastantes siglos. Shain no era peor ni mejor que la mayoría, y Andro lo sabía. La Casa de Calvan no se había permitido volverse débil. Los hombres fueron lejos, hasta los planetas salvajes para encontrar las fuertes madres del Imperio. Los hombres de la Casa de Calvan eran grandes. Pero la Casa había gobernado durante demasiado tiempo. Habían gobernado desde un tiempo de brillantez hacia un tiempo de superstición y estancamiento. Andro, el hijo más joven, no había sido tan diligente y cuidadosamente adoctrinado en los principios del Imperio como su hermano

mayor, Larrent, o como su hermano mediano, Masec. El había leído mucho acerca de los tiempos antiguos. Luego, impregnado de las ricas tradiciones de los primeros días, había mirado a su alrededor.

Había visto a los perfumados artistas pavoneándose, clamando por una realidad última con incomprensibles barroquismos. Había visitado los mercados de esclavos de Simpar y Chaigan, y se había asqueado. Había visto que las naves eran viejas naves, las armas viejas armas, y que las antiguas canciones se habían olvidado. Había visto las polvorientas y podridas máquinas que habían sido la esperanza del hombre, mientras que diez mil trabajadores construían, mediante la mano y el látigo, un templo a la gloria de la Casa de Calvan.

Y había dicho: «Esta es la era oscura del Imperio. Ya hemos tenido suficiente.»Incluso siendo el hijo más joven, en los grandes palacios y fortificaciones en el corazón del Imperio, en el verde y dorado planeta llamado Rael en el corazón de la Galaxia, sólo habría tenido que alzar lánguidamente la mano para adquirir cuarenta esclavas, los vinos más exquisitos o las contribuciones de una docena de planetas durante cien años.

Y dijo: «Ya hemos tenido suficiente.»Y Shain dijo: «Matadle.»Y Larrent y Masec dijeron: «Matadle.»La Muerte estaba cerca. La última nave se había estrellado cerca de la pared de la ciudad azul y vacía. Las quemaduras de su lado izquierdo eran profundas, y cada vez la oleada de debilidad duraba un poco más. Quería llevarse uno más, o dos o tres o incluso una docena con él. Otro fragmento que añadir a la leyenda, para ser dicho en un murmullo de respeto: «Y cuando finalmente le atraparon, a él solo, en Zeran, él...»Andro tosió y fue un débil maullido en el eterno crepúsculo. Deralan, jefe de la policía del Imperio, había encabezado personalmente esta última y exitosa cacería. Y Andro sabía que el resistente y terco Deralan era un hombre cauteloso. Andro había sentido que las calles se estremecían cuando las naves aterrizaron formando un círculo alrededor de la ciudad azul. El anillo de los hombres de Deralan debería estar avanzando hacia el corazón de la ciudad, buscando con cuidado en cada edificio, y el círculo se estrechaba, se cerraba cada vez más a medida que se acercaban al centro.

Cuando respiró hubo un burbujeo en la parte más profunda de la herida más alta de su lado izquierdo. Sus piernas comenzaron a flaquear. Las estiró una vez más, levantó su pesada cabeza a tiempo para ver una sombra de movimiento al final de la callejuela. Toda su debilidad fue olvidada mientras levantaba su arma un poco.

Sintió un intenso deleite al pensar en cómo se debían de sentir sus perseguidores. Cada una de las cinco huidas anteriores habían bordeado casi el milagro. Ahora deberían de estar esperando otro milagro.

—No habrá milagros esta vez —dijo; y supo que la débil línea que le separaba del delirio le había obligado a hablar en voz alta.

Una sombra apareció al final de la callejuela. Levantó el arma apuntando cuidadosamente. La solidez en la que se apoyaban sus pies se abrió con una aceitosa brusquedad. Retorció sus heridas de tal forma que gritó en agonía. Mientras caía vio el inmenso borde de la anaranjada estrella directamente sobre su cabeza antes de que la abertura se cerrara con un golpe en la altura encima de él, y cayó en un vacío más negro que el profundo espacio.

Sarrz, director delegado de la Oficina de Socionética, era un hombre pequeño y regordete, con brillantes ojos de ardilla y con una cara que parecía una máscara de yeso de muerte. Eran situaciones como ésta las que le hacían tomar conciencia de que su EC —Condicionamiento Emocional— se estaba desgastando un poco en los bordes. No podría prevenir una reacción talámica a tal... estupidez. No había realmente otra palabra para ello.

Se giró en su silla para no tener que mirarles a ambos, para poder recuperar algo de su control. Recortada en la ventana, treinta metros de ancho y quince de alto, estaba la mayor parte de la Ciudad de Transición. Parecía, como Sarrz muchas veces había pensado, varios miles de tartas de novia escarchadas de frambuesa. Detrás de las torres de tres mil metros que marcaban las cuatro esquinas de la ciudad, todo estaba sumergido en la oscuridad.

En el deseo de conservar y no malgastar energías, Transición ahora se encontraba en un planeta de gravedad 0,8 en la Era Media 6, con un alto índice de probabilidad. Transición imitaba una montaña, de aquí la opacidad que había detrás de las torres deslizables.

Sarrz comprendía que quizá el orgullo que sentía hacia sus Equipos de Campo posiblemente era un poco irrazonable. Habló sin girarse hacia los dos miembros del equipo.

—La calidad de vuestro adoctrinamiento es cuestionable —dijo, suavemente—. Debo encaminarlo hacia los primeros principios. ¿Qué es Transición? Supo por la voz que era el más joven de ellos, la mujer, la que había hablado. Era del tipo atávico: una regresión hacia mayores índices oscilantes de sensualidad y emotividad. Se cometió un error, no se le debía haber permitido jamás que saliera.

—Transición —dijo Calna— es una estación operacional en la probabilidad espacio-tiempo. Hay tres de tales estaciones. Esta opera en el nivel socionético mediante los Equipos de Campo. —Usó exactamente las mismas palabras del manual básico.

—Excelente —dijo él, con un matiz irónico—. Por favor, continúe, agente.

La voz de ella vaciló un poco:

—Hay veintiséis civilizaciones galácticas conocidas con un alto índice de probabilidad, y muchos f miles más... distantes.

El se giró y la miró fijamente. Ella parecía uno de los viejos grabados, su figura robusta, y su cabello muy largo.

—¿Es ésa la palabra correcta?

—No, no es distante. Menos probable —corrigió ella.

Sarrz se recostó en su silla.

—Mucho mejor. Continúe, por favor.

El agente masculino estaba obviamente incómodo. Se mantenía manoseando la insignia de la túnica. Calna dijo rápidamente:

—Con el descubrimiento y la aplicación del efecto Oxton, se hizo evidente que no había necesidad de limitar ninguna civilización galáctica a la rigidez del espacio-tiempo previamente conocido. Se creyó que con un fácil deslizamiento entre las veintiséis civilizaciones con un alto índice de probabilidad, se podría efectuar la unificación en veintiséis niveles de espacio-tiempo. La búsqueda mostró que solamente tres niveles de espacio-tiempo pueden ser unificados inmediatamente. Esto fue lo que se hizo. La civilización unificada en tres aspectos de espacio-tiempo se impuso la tarea de elevar el nivel social de las restantes veintitrés hasta el punto en que la unificación pudiera ser llevada a cabo.

—¿Y cómo se puede lograr esto? —preguntó Sarrz, en tono suave.

La chica se ruborizó.

—Equipos de Campo, entrenados en Socionética, y con base en Transición, fueron asignados a las veintitrés culturas rezagadas. Se descubrió que si los Equipos de Campo actuaban abiertamente, como agentes de un espacio-tiempo paralelo, sus esfuerzos causaban una desviación en la probabilidad del desarrollo da la cultura, de tal forma que la

civilización resultante se convertía en menos probable, de aquí que no se pudiera mantener dentro de la línea de deslizamiento. Podría aún ser alcanzada, por supuesto, como pueden serlo los varios miles menos probables, pero sólo con un gasto exorbitante de energía.

—Ya veo —dijo Sarrz, como si lo estuviera escuchando por vez primera. Se inclinó un poco hacia adelante—. ¿Y hemos perdido alguna vez una de estas culturas paralelas en el espacio-tiempo a causa de una manipulación demasiado abierta?

—Una —dijo la chica—. Hace muchos años. Tenía el número diecisiete en el esquema del programa.

Sarrz estaba pronto para fulminarla. Se inclinó hacia adelante unos centímetros más.

—¿Cómo puede estar segura de que no han sido dos las que hemos perdido, agente? ¿Cómo puede estar segura de que su violación de todas las normas establecidas no nos ha hecho perder también la número cuatro? La chica se ruborizó y luego empalideció.

—Usted se sienta aquí, en Transición, y pierde todo contacto con los problemas de los Equipos de Campo —dijo ella temerariamente—. Solin y yo hemos estado trabajando en este caso durante cinco años. Tan pronto como acabamos nuestro aprendizaje de las costumbres y el lenguaje del Imperio como para ser iguales a cualquier súbdito, encontramos que nuestra esperanza era Andro, el hijo más joven del líder. Usted no sabe, director delegado, cuánto nos ha costado llegar hasta Andro lo suficientemente cerca como para poder controlarle, controlar su inflexión, como también aumentar su habilidad para escoger el mejor momento. El guió la rebelión contra el Imperio cuando sus seguidores eran demasiado escasos y cuando sus fuerzas eran demasiado débiles. Cinco veces nos arreglamos para salvarle. Yo no podía estar allí y ver cómo le mataban en una callejuela. No podía enfrentar el hecho de comenzar otra vez. Y permítame que absuelva a Solin, mi compañero de equipo, de toda responsabilidad. El se opuso de todas las formas posibles. Yo continué adelante bajo mi propia responsabilidad. Y no creo que hayamos hecho que el número cuatro se saliera de la línea y cayera en un bajo índice de probabilidad.

Sarrz cerró sus ojos durante largos segundos, los abrió repentinamente y miró fijamente a la chica.

—Usted estaba entrenada, agente. Se le advirtió del peligro que encerraba una intromisión demasiado obvia. Se le dijo que estas cosas pueden durar mucho tiempo. Usted sabía que pueden pasar dos mil años antes de que podamos guiar esta cultura hasta el punto en que la aceptación y la unificación puedan ser consideradas. Sabiendo todas estas cosas acerca de usted, agente, sólo me deja una conclusión posible. Que se haya sentido emocional y personalmente tan unida con este salvaje llamado Andro, que haya perdido la cabeza e intentado, muy sentimentalmente, salvarle. ¿No es ésta la verdad? —Ella apartó los ojos—. ¡Contéstame! —dijo él, suavemente.

—Yo... yo no lo sé. Quizá sea verdad.

—Agente, hay setecientos equipos trabajando en esa cultura paralela. La mayor parte de ellos están intentando activar un renacimiento técnico. Otros están dirigiendo a los súbditos del Imperio hacia caminos igualmente necesarios. Otros equipos, como el de ustedes, han estado operando en el nivel socio-político. Hasta ahora no ha habido ninguna violación de las normas de seguridad.

Sarrz se levantó y caminó hacia la, ventana. Se giró rápidamente.

—¡Piensen en ello! ¡Piensen en lo que han hecho! ¡Una galaxia de dos mil millones de planetas habitables puede ser alejada para siempre de nuestro alcance! ¿Qué han hecho con él? Solin dijo en bajo tono:

—Cortamos el pasadizo y cuando cayó lo volvimos a cerrar. Estuvo inconsciente todo el tiempo mientras flotaba hacia la cámara. Estaba gravemente herido. Calna se quedó

con él mientras yo ajustaba el campo, volví a nuestra nave y activé el campo, quitando a ambos de la ciudad. El estaba a punto de morir. Rehicimos los tejidos, le pusimos en sueño profundo en el lado oscuro del planeta, en una de las ciudades muertas que han perdido la capacidad de visitar, y lo situamos en el nivel metabólico cero. Entonces nosotros... nos empezamos a preocupar y regresamos.

—Entonces comenzaron a preocuparse, ¿no es así? —dijo Sarrz, con una ácida dulzura—. ¿Qué le diré al director?

—Si no le hubiesen observado cuando escapó de la nave... —dijo Solin—. He estado leyendo vuestros detallados informes —continuó diciendo Solin, con una repentina nota de esperanza en su voz—. Ese Deralan, el que ha encabezado la persecución, ¿es muy ambicioso?

—Mucho —dijo Sarrz.

—¡Entonces ahí tenemos nuestra oportunidad! Esta sexta huida de Andro arruinará a Deralan. Shain probablemente le fusilará. Shain querrá una prueba de la muerte de Andro. ¿Tiene Andro alguna marca distintiva?

—Un tatuaje de la Casa Real de Calvan en la parte superior de su brazo derecho.

—Vaya al lugar del deslizamiento al momento, Solin. Coja un recorte de la piel con el tatuaje. Use su detector para establecer contacto con el Equipo de Campo de Rael. Dele el pequeño trofeo a cualquiera de los dos agentes del Equipo. Será puesto en la mano de Deralan antes de que tenga su audiencia con Shain. No creo que Deralan pregunte de dónde viene.

—Pero entonces —dijo Calna, con voz apenas audible—, cuando reaparezca...

—No reaparecerá. Dormirá allí durante diez mil años si es necesario.

La chica se levantó, con una mano en la garganta.

—¡No puede hacer eso!

—No tiene cabida en ninguna discusión, ya sea de política como de procedimiento, jovencita. Usted ya no es un agente. Recibirá las pensiones usuales. Repórtese en el campo cinco al momento. Tendrán órdenes para usted. Será enviada a su propio tiempo-espacio. ¿Tiene preferencia por algún planeta?

—La Tierra —dijo la chica, suavemente.

Por un momento, Sarrz olvidó su irritación con ella.

—¡Realmente! Creo que nunca me he fijado en su origen en su tarjeta. Sabe, es la primera vez que me encuentro con alguien que sea de nuestro planeta de origen.

Ella elevó sus mejillas, con una mirada de orgullo.

—Es un buen lugar —dijo—. Es un buen lugar para conocer, y un buen lugar al cual volver.

—Lo lamento —dijo Sarrz, con gentileza—. Quizá usted nunca sirvió para este tipo de trabajo. Lo lamento verdaderamente.

—¿Por qué no podemos ayudar a Andro a que reclute nuevo personal para su rebelión? —preguntó—. ¿Eso no nos ahorraría tiempo?

La irritación se volvió a sentir otra vez en la voz de Sarrz.

—Si le dejásemos en libertad sabiendo que no ha escapado por sus propios medios, deducirá que ha sido ayudado, y para él esta ayuda debe de haber venido de los buenos oficios de lo sobrenatural. Al momento, relacionará esta huida con las cinco anteriores, y se convertirá, a través de sus nuevas convicciones, en un hijo de los dioses más que en un

revolucionario. La rebelión cambiaría de signo para convertirse de un cambio social en algo casi religioso, y sabemos que para mantener al número cuatro dentro de los altos índices de probabilidad, debemos apresurar el desarrollo a lo largo de las mismas líneas en que normalmente se desarrollarían. Hemos trazado la curva que debe seguir esa cultura. Podemos acelerarla sin afectar a la probabilidad, pero no podemos volver a programarla sobre nuevas bases sin correr el riesgo de perderla para siempre, o al menos hasta que el deslizamiento se haga posible para menos probabilidades, y nuestros técnicos dicen que eso nunca ocurrirá.

—Por lo tanto —dijo Calna, con voz lúgubre—, le dejaréis allí. Un muerto viviente.

—No hay lugar para sentimentalismos en nuestro trabajo —replicó Sarrz.

Calna se giró y dejó el cuartel general del director delegado. El orificio de la puerta se replegó, cerrándose suavemente detrás de ella.

La Tierra ha sido siempre el origen. Los símbolos no daban lugar a dudas. Diez mil veces diez mil, la Tierra era el planeta de origen. En los comienzos de la Ciencia de la Probabilidad Simbólica, se pensaba que todas las desviaciones tenían el mismo valor. El resultado sería, si se pudiera visualizar el total, una figura en abanico, con una infinidad de líneas divergentes de un punto fijo, líneas igualmente espaciadas.

Pero este esquema no tomaba en cuenta las limitaciones que puede haber en la desviación de una cultura. La humanidad es siempre la humanidad, y las reacciones —las reacciones sociales— son limitadas, por lo tanto se convierte en un problema de dividir el infinito por el finito. El resultado también da infinito, pero las líneas ya no están igualmente espaciadas a partir del punto común a todas. Se juntan en haces. Cada rama de espacio-temporal coexiste, pues, con sus probabilidades hermanas. Y mientras estén agrupadas, uno puede deslizarse desde una probabilidad hermana hacia otra.

La gente del sistema espacio-temporal en la cual se descubrió esto había tratado de cruzar el espacio extragaláctico y había fracasado. Esto era un fuerte obstáculo para la expansión posterior, hasta que se encontró que había veintiséis galaxias gemelas en agrupamiento probabilístico. Las pequeñas naves doradas de forma piramidal se estremecían, despedían un débil resplandor, se volvían de color lechoso y desaparecían de una estructura espacio-temporal para aparecer en la otra. Tan unidas estaban tres de las estructuras de probabilidad que incluso el lenguaje, las cantidades, las modas y las costumbres eran coexistentes. Estas tres estaban listas para la unificación. Veintitrés necesitaban aceleración en su propia línea cultural. Una se había perdido. Algún día habría veinticinco veces dos mil millones de planetas. La Probabilidad Simbólica indicaba que había oíros entrelazamientos de estructuras de espacio-temporales en las cuales había sido ejecutado la completa unidad y el viaje cruzado, pero sus probabilidades eran tan divergentes, y en un índice tan bajo que no podía efectuarse el deslizamiento.

Deslizamiento era la única palabra con que definir este modo de viajar. Viajar en una dimensión para la cual no había ningún nombre. Una dimensión doblada sobre sí misma, de tal forma que las pequeñas naves doradas no estaban ni arriba, ni abajo, ni a los lados. Ni se encogían ni se expandían. Se «deslizaban» a través de una matriz de probabilidad hacia una realidad hermana, sin cambio de posición. Tan cercanas estaban las coexistencias que ello explicaba todo lo que alguna vez se había atisbado en la noche, sombras apenas divisadas por nuestros ojos. Uno dejaba su propia estructura y entraba en la estructura hermana, que había estado manifestándose vagamente durante generaciones de superstición. Y la estructura que se dejaba atrás era la que, a través de su extremada cercanía, había parecido golpear en las mesas y hablar a través de trompetas.

Calna cambió de la cinta express a una cinta local y luego fue continuando su marcha a través de las cintas cada vez más bajas que la llevan a la plataforma del campo

número cinco. El planeta en el cual se encontraba Transición estaba en la Era 6, una estructura que aún no estaba lista para la unificación. Ella había sido asignada a la Era 4. Las Eras 1, 2 y 3 eran las ya unificadas, y con su pérdida del status de agente, eran las únicas que estaban a su alcance. Posiblemente, en el término de su vida, otra Era sería unificada. La Era 20, había oído, estaba casi a punto. Transición estaba en Era 6, cerca de las estaciones del espacio construidas en las Eras 1, 2 y 3.

Se giró y miró hacia atrás, a través de la ciudad que nunca volvería a ver. Hacia la gran cantidad de gente de las Eras 1, 2 y 3, en las tres grandes ciudades construidas para deslizarse a través de las líneas de probabilidad. Sólo mentes entrenadas podían comprender la enormidad de la tarea que las tres culturas unificadas se habían impuesto. Sólo las personas altamente especializadas podían ayudar en la tarea.

Para la mayoría de hombres y mujeres de las tres Eras básicas, el poder disfrutar de tres ambientes contiguos era, meramente, una nueva, maravillosa e inexplicable ventaja. Aquellos con amplios medios arreglaban los títulos de propiedad de una misma cosa coexistente en los tres niveles de probabilidad. El campo de deslizamiento estaba instalado en una puerta central con un mínimo de controles. Cada habitación era tres habitaciones. Para la gente de mucho dinero, una correcta situación de los hogares coexistentes podía dar como resultado el poder disfrutar tres climas diferentes. Lo ideal era tener un calor tropical en uno, una eterna primavera en el segundo y en el tercero un octubre vigoroso y sin fin. Le dio la espalda a Transición. Tenía un nudo en la garganta. Sabía que debía estar avergonzada por la enormidad de su error, y, sin embargo, no podía sentir esa vergüenza. Sabía que su identificación con Andro había sido muy intensa, y aun así no deseaba que fuera de otra manera.

—Ex agente a Era —le dijo «aspadamente a un empleado de rutas.

El la miró con curiosidad. Los ex agentes eran raros. Los agentes muertos no eran tan escasos. No se oía hablar de dimisiones. Por lo tanto, el empleado de rutas sabía que el cambio de status había sido disciplinario.

El respeto acostumbrado hacia los agentes faltaba notoriamente. El la miró fijamente hasta que ella enrojeció.

—¿A qué se debe la demora? —preguntó ella, con enojo.

El le guiñó un ojo.

—¿Será su pensión lo suficientemente grande para nosotros dos? —preguntó, mirándola maliciosamente.

—Aún le puedo poner en un informe —dijo ella.

—Pero no lo hará. —Bostezó—. Coja el que está al final de la plataforma.

Caminó hacia el final y hacia abajo de la plataforma. Lo vio y se sintió perdida. Era una de las naves arraigadas, construidas sólo para el deslizamiento entre estructuras gemelas. A diferencia de las naves de los agentes, ésta no podía saltar como una flecha dorada de planeta en planeta en cualquier estructura. No contendría ningún equipo de supervivencia. Los controles mínimos no serían más complejos que los botones de un ascensor.

Una vez que estuviera en esa ridícula nave no habría ninguna posibilidad de regreso. A medida que se iba acercando a ella, comenzó a caminar más despacio. La nave que había detrás era una verdadera nave de agente, con su doble panel de controles, uno para el cambio de probabilidad y otro para el cambio de posición. Ella podía ver el nuevo precinto al lado de la insignia y supo que esta nave había sido completamente revisada y reequipada.

Se giró y lanzó una rápida ojeada hacia atrás.

Librodot

El empleado de ruta estaba de espaldas a ella. Entonces actuó con rapidez. Tenía que hacerlo en pocos segundos. Se precipitó dentro de la nave de agente. En su mente sintió la gran puñalada de dolor que provenía de su desobediencia. Era el mismo dolor que había sentido cuando había dominado a Solin y rescatado a Andro. El condicionamiento le causaba ese dolor y debería haber hecho imposible su desobediencia. Pero al igual que en el rescate de Andro, había algo en ella que luchaba con el dolor, haciéndolo soportable.

Sabía que si se deslizaba hacia la Era 4, la capturarían en cuestión de segundos. Cogió al azar la Era 18. Mientras golpeaba el elevador con la base de su palma, oyó el chasquido de aspiración en el puerto detrás de ella. Cuando la nave comenzó a desvanecerse a su alrededor, oyó el estruendo de la alarma. En treinta segundos podrían estar detrás de su pista. Cuando la nave se estremeció volviendo a la realidad en la Era 18, dejó caer sus manos en el panel más bajo y lo disparó directo hacia arriba, hacia el máximo de aceleración. Mientras que el planeta disminuía de tamaño en la pantalla, cambió la nave hacia la pista SL, contó lentamente hasta diez, lo hizo oscilar fuera del SL a veinte años-luz del planeta, lo deslizó dentro de la Era 22, cogió un cambio de curso al azar, lo puso otra vez en SL para una cuenta de veinte. Después de nueve transferencias de Era, en las que se mantuvo al margen de las eras básicas y de la Era 4, supo que la persecución ya era imposible.

El esfuerzo de la huida la había alejado del pensamiento de cuáles podían ser las consecuencias de su acto. Ahora que estaba a salvo durante un tiempo, se sintió débil y exhausta. Lloró por vez primera desde que era una niña. Cuando se le acabaron las lágrimas, se durmió.

II
CALMA

Sarrz estaba de pie frente al director. Las duras palabras de reproche le habían hecho sentir desaliento y aturdimiento. Había desprecio en la delgada cara del director.

Sarrz lo intentó otra vez.

Dijo:

—Pero ningún agente ha desobedecido a...

—¡Cállese! ¿Qué orden había comenzado a dar cuando le puse bajo arresto? —Le había ordenado al agente Solin que fuera a la Era 4 y destruyera el cuerpo de Andro. Pensé que ella intentaría inmediatamente... o sea, que al haber una unión emocional... parecía lógico que...

—¿Recuerda la historia, Sarrz? ¿Qué era el cáncer en su sentido más simple?

—Pero... crecimiento celular incontrolado, empezando por una célula rebelde y...

—Cualquier agente, Sarrz, equipado con una nave de agente está muy, pero muy cerca de ser inexpugnable. Estamos tratando con un agente desequilibrado, por primera vez en la historia de la socionética. ¿Qué cree que sucedería si ella llegara y se encontrara con que ese Andro ha sido eliminado? La venganza es una emoción típica de una mente desequilibrada. ¿Qué, si no, podría haberla motivado a coger la nave e introducirse de la forma más destructiva posible en todas las estructuras de probabilidad lejos de nuestro alcance? Sarrz palideció.

—Pero...

—Una célula rebelde en nuestra estructura, Sarrz. Recuerde eso. Si no deseamos perder veintidós galaxias hermanas debemos eliminarla. Posiblemente usted piense que

ésta es una medida demasiado grave. La agente Calna dejó de ser predecible cuando prejuzgó toda la operación en la Era 4. Furiosa y dolorida, puede forzar a veintidós culturas fuera de su modelo. Decir que ella aún posee suficiente lealtad como para no hacerlo es un pensamiento meramente optimista. Quiero que todos los Equipos de Campo disponibles sean reunidos y asignados al planeta de la Era 4 llamado Zeran. Quiero una trampa que ella no vea al entrar, pero de la cual no pueda escapar. ¿Está claro?

—Está claro —dijo Sarrz, con un esfuerzo.

—Mientras tanto, proceda con su plan de presentar a Shain, a través de Solin y del equipo de Rael, la prueba de la muerte de su hijo más joven. Pero advierta a Solin de no matar a Andro. Bajo ninguna circunstancia. Una vez que tengamos a la chica, Andro puede ser eliminado sin problemas.

Cuando Deralan era joven, no había temido los vuelos espaciales. Estaba de pie, como un invitado, en el puente de la nave capitana de la flota policial que regresaba a Rael. Regresaba para informar a Shain de la total destrucción de las fuerzas rebeldes de Andro. Y de la sexta huida de Andro.

Deralan era realista. La ejecución sería rápida y relativamente sin dolor. Durante un tiempo había considerado la idea de mentir a Shain. Pero la mentira le llevaría directo a las habitaciones que tan mala reputación tenían debajo del palacio principal, y allí, Deralan gritaría hasta que Shain encontrara la verdad y le permitiera morir.

En su juventud había aceptado las grandes, rugientes, vibrantes y terribles naves como una parte de su vida que nunca cambiaría. Ahora sabía que había grandes campos en los cuales diez mil naves se pudrían, porque nadie tenía la pericia suficiente para repararlas. Si la maquinaria fallaba en vuelo, la tripulación y los pasajeros estaban muertos. Era así de sencillo.

Y muchas habían fallado. Las habilidades se habían perdido de alguna manera. Podía ver el signo de esa pérdida de habilidades en la entumecida cara del capitán de la nave insignia, que ahora estaba de pie observando el vasto panel de control, mientras sus oficiales completaban el complicado procedimiento de aterrizaje. Deralan se sintió tremendamente apenado. Eran como monos disparando un arma. El mono tiraba del gatillo y el arma disparaba. Pedidle al mono que explique el principio de expansión de los gases. Los oficiales apretaban interruptores en el orden prescrito en los manuales de vuelos espaciales. La nave aterrizó. Era así de sencillo. Si un interruptor era apretado y en algún lugar en las profundidades de la nave un cable fallaba, era algo demasiado malo y muy, pero muy mortífero.

Las reparaciones de rutina podían llevarse a cabo. Nuevos tubos, equipo de oxigenación: cosas a ese nivel. Pero lo que hacía que la nave despegara, acelerara a diez veces la velocidad de la luz, desacelerara y aterrizara; lo que mantenía la gravedad normal bajo cualquier aceleración; la fuerza que hacía adaptarse las pantallas a cualquier aceleración..., todas esas cosas eran misterios perdidos en el antiguo pasado en que los hombres eran más sabios y más fuertes.

Deralan pensó con amargura que Andro no había estado tan desencaminado. Todo lo que tenía que hacer era esperar. El podía morir sabiendo que dentro de mil años no habría ninguna nave que funcionara. Sin naves, la Casa de Calvan gobernaría un planeta más que una galaxia. Cada planeta habitado estaría aislado, dejado a su propia aventura, para que encontrara sus propias respuestas, y quizá ganar otra vez el espacio. Las naves morirían y el Imperio moriría con ellas.

Ahora el disco de Rael estaba tan cercano que

llenaba toda la pantalla, el pequeño amontonamiento de nubes parecía achatado sobre la superficie. La mente de Deralan daba vueltas al informe que los tres hombres le

Librodot

habían dado. No podía suprimir un sutil y fantástico sentimiento de temor y preocupación. «Le vi. Parecía que estaba herido. Tenía un arma. Mientras apuntaba desapareció de la vista. Fuimos hasta el lugar. No había ningún sitio por el que pudiera escapar. No había ningún agujero en el que esconderse. El sólo se había... ido.» Shain no estaría contento con tal historia. Tres de ellos le habían visto. Deralan había aislado a los tres que lo habían visto. Después de considerar todos los pros y contras de la cuestión, les había matado. Su poder sobre sus hombres era de vida y muerte; no se hacían preguntas. Su relación como testigos oculares era un factor comprometedor, un factor innecesario en la ecuación. Deralan no sentía ningún arrepentimiento, y ninguna satisfacción acerca de ello.

Sabía que no quería mentir a Shain y, sin embargo, quería continuar viviendo. Era un callejón sin salida.

La flota aterrizó, una flota notoriamente más pequeña que la que había salido en persecución de Andro. Una guardia de honor esperaba a Andro. Deralan sonrió. Shain no había pensado en honores cuando envió la guardia. Shain había estado pensando en la huida.

Tacones revestidos de metal golpeaban el pavimento con una áspera cadencia mientras los doce guardias escoltaban a Deralan a través de la Avenida de los Reyes. La calle que alguna vez fuera orgullo del mundo se había convertido en un lugar de bazares. Rael era un viejo planeta sabio y desabrido. A él había venido la hez de mil planetas, los parásitos, los timadores, con su olor de depravación, su fanfarrona insolencia. Nadie podía caminar solo en la noche por Rael.

La multitud que estaba a la ventura se apartó para dejar pasar a la guardia. Algunos de ellos se burlaron de la guardia y al reconocer a Deralan quedaron repentinamente silenciosos, ya que le temían casi tanto como a Shain y a sus hijos mayores.

Un borracho tambaleándose se acercó demasiado a la guardia. El hombre que estaba en la esquina delantera izquierda del cuadrado invirtió su pequeña espada de ceremonia y con un gesto eficiente aplastó el cráneo del hombre con el pesado mango.

Caminaron a través del hedor de los bazares, dejaron atrás a las viejas mujeres que vendían remedios para toda enfermedad, las chicas de la calle que vestían harapos, hombres que se giraban con espasmódica rapidez para esconder una cara requerida de la aguda vista de Deralan. El palacio principal se destacaba al final de la Avenida de los Reyes. Caminaron a través de tres portales tan inmensos que los hombres no tuvieron que cambiar de formación. Sólo el cuarto portal era tan estrecho que tuvieron que pasar en columna de a dos. Deralan estaba a mitad de camino en la columna.

Justo mientras pasaban a través del portal, una niña gritando salía corriendo de un lado, sus ojos estaban abiertos expresando pánico. Un hombre con barbas la perseguía. En su miedo ella corrió directamente hacia Deralan, haciendo que se tambalease. Los guardias maldijeron y la empujaron con rudeza hacia las garras del hombre con barbas. Deralan movió entre sus dedos el objeto que la niña había dejado en sus manos. Tenía una suave textura. En el gran vestíbulo principal se arriesgó a echarle una mirada. Por un momento no supo lo que era. Cuando al final comprendió lo que era, titubeó con el sobresalto, y su boca se secó repentinamente.

Pero Deralan era realista y, además, un oportunista. Le llevaron a través de los corredores hacia los aposentos privados de Shain. Shain era la ruina de lo que había sido un enorme y poderoso hombre. Los años de libertinaje le habían dejado convertido en un cerdo tallado en un frío tocino.

—Tu informe no me dice nada —dijo Shain.

Deralan se enderezó después de la reverencia ritual.

—Perdonadme —dijo él—. Posiblemente he tenido un placer infantil en anticipar este momento.

—Tengo algunos placeres infantiles esperándote, si no me gusta tu informe.

Deralan hizo otra reverencia, avanzó y le tendió el objeto a Shain.

—Mi prueba, Su Majestad Imperial.

Shain desenvolvió el suave cuadrado. Lo miró fijamente. Luego echó hacia atrás su gran cabeza y comenzó a reír. Rió hasta que las lágrimas saltaron de sus pequeños ojos y rodaron por sus blancas y pesadas mejillas. Deralan respiró profundamente. Supo que estaba fuera de peligro.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Shain.

—Buscamos en la ciudad. Le encontré y le maté. Ese era vuestro deseo.

—Has hecho bien. Esta noche celebraremos tu victoria... y la muerte del mejor de mis hijos; la muerte del único apropiado para ser Emperador.

Siempre, en un mundo limitado, las máquinas se convierten en más poderosas. Las máquinas eran una forma de endogamia. El hombre pone su atención en sus propios placeres y comodidades y las máquinas crecen, dando su sabia atención electrónica a las complejidades de las ecuaciones con mil variables. Y el hombre se vuelve más dócil dentro de sus limitaciones.

Pero ahora, con múltiples realidades esperando ser absorbidas, las máquinas eran de poca ayuda. Apropiadamente guiadas, las máquinas habían indicado la posibilidad de múltiples estructuras de espacio-temporal, y habían ayudado a encontrar el camino para acercarse a ellas. Pero una vez alcanzadas, era otra vez necesario que el hombre trabajara con sus manos y ojos y corazón para ejecutar la unidad que podría soldar las veinticinco realidades condicionales en un solo mundo.

Los agentes eran reclutados entre los que, en tiempos menos apremiantes, podrían haber sido calificados como descontentos, los que habrían sido difíciles de controlar y manejar. Todos ellos eran, en un sentido, atávicos.

El agente era el hombre. Sus herramientas eran proporcionadas por las máquinas. Y ninguna herramienta en la historia igualaba a las doradas naves piramidales de los agentes. Eran la extensión del agente, de la misma forma que el hacha de piedra se ajustaba a la callosa mano del hombre de Neandertal. En una pista SL podían hacer girar la galaxia con un gesto. Las fuerzas unidas por una membrana, entrelazadas y retorcidas como la superficie de un cerebro, despedían constantemente un débil resplandor en los cinco planos de las naves. Estaban muy cerca de ser invulnerables. Podían sumergirse en la corteza de un planeta, protegiendo al agente de la misma forma que un insecto podría ser protegido mientras es llevado en la palma de un puño de acero cuando el puño es introducido en arcilla. Podían moverse en cualquier dirección, excepto en la del tiempo, y a velocidades más allá de los efectos de contracción. Aun así, era el Hombre y no la Nave.

Calna entró en la Era 4 al borde de la galaxia. Estaba perdida. Le llevó largas horas alimentar con datos al computador para llegar a la posición exacta. Dado que la posición era sólo exacta en relación a algún objeto conocido, calculó su velocidad en relación al sol de Zeran en la invisible distancia. Estableció las correcciones del curso. La nave vaciló una vez y partió. Veinticuatro horas después, la alarma la despertó de un profundo sueño a cien millones de kilómetros de ¿eran. Tenía puesto el tejido de protección de forma que la luz se desviaba alrededor de la pequeña nave. Se arriesgó a observar, con intervalos de tres segundos, regresando a la invisibilidad cada vez. Sabía que podía ser detectada por una mera intersección casual a su paso por el borde galáctico. Era un riesgo que tenía que correr. Hizo un esfuerzo para alejar la debilidad provocada por el cansancio de su cuerpo y poder pensar claramente. Tenía miedo. Dudó

Librodot

de la debilidad de su cuerpo, que implicaría un fallo eventual. El rescate de Andro era, en palabras de Sarrz, debilidad. Sensiblería. Con toda probabilidad haría que sus reacciones fueran predecibles. Y por lo tanto, tenía que luchar para lograr una fría objetividad. Lo que lo hacía más difícil era que pensar en Andro hacía que su corazón latiese más aprisa y que su cara enrojeciese. Los agentes eran entrenados para considerar a las personas de estructuras atrasadas como peones que se pueden mover a voluntad, sacrificados en nombre de la táctica de la socionética. Pero ella pensaba en Andro más como mujer que como agente. Aun así, incluso si rescataba a Andro y lo llevaba lejos del alcance de los Equipos de Campo que estaban sin lugar a dudas esperando, ¿qué pensaría él de ella? ¿Qué vería en esta robusta mujer de una cultura mucho más madura? Esta mujer de ojos grises y brillantes y con el cabello como grano maduro bajo el sol de septiembre.

Recordó el áspero y avergonzado regocijo con el que había presenciado la muerte de la mujer, Daylya, cuya belleza había sido como un cálido grito en la noche.

Andro era, sobre todo, un hombre fuerte y orgulloso. El no reaccionaría amablemente ante el hecho de ser ayudado por una mujer que en todo, excepto en la fuerza muscular, igualaba o sobrepasaba sus propias fuerzas.

La posibilidad de que quizá ya le hubiesen matado fue como el primer raspón de una hoja de cuchillo sobre su garganta. Sabía cómo habría planeado ella su intercepción si hubiese estado a cargo de su captura. Habría hecho el paso hasta la negra y tranquila tumba de Andro muy fácil. Y la huida imposible: mediante un foco de fuerza hecho por otras cinco naves de agentes habrían paralizado la suya. Sentía que la estaban esperando.

Conocía la exacta situación del cuerpo de Andro. Estaba en una cripta en un pequeño cuarto de la torre más alta de una helada ciudad abandonada. El cuerpo sería duro y recio como el granito. Si hubiera alguna forma de arrebatarlo...

Cualquier cosa podía ser transferida desde el planeta a la nave si se creaba el campo apropiado alrededor de la cosa que se quería transferir. Un campo era creado por un pequeño generador no más grande que una ciruela. Podía ser arreglado para crear un campo de un palmo de ancho como de cinco kilómetros. Pero debía ser colocado en posición.

El objeto podía ser recibido en el interior de la nave o dentro de cualquier distancia dada de la nave. Ella hizo su plan. Dependía de que pudiera burlarlos mediante un aparente descenso, para aterrizar cerca de la cripta. Sus tiempos de reacción serían de la velocidad del gatillo. Tendría el tiempo muy justo, y no habría ninguna posibilidad de vacilar.

Valientemente cerró las pantallas de la nave y se dirigió hacia el lado oscuro de Zeran. Comenzó a bajar a través de la oscuridad con sus pantallas de visión ajustadas de tal forma que las ruinas de la ciudad se vieran como bañadas por un gran foco. El generador ajustado yacía en su soporte. El interruptor del soporte estaba conectado con el computador, que a su vez estaba conectado con la pantalla de mira. Esperaba sin respirar, sus manos en el panel más bajo, las puntas de los dedos se le humedecían en los controles. El tiempo para la caída debía ser de veinte segundos. En el instante que oyó el chasquido, cambió a la nave a la pista SL y rápidamente se alejó hacia el espacio. Sintió durante una fracción de segundo la fuerza que ejercía sobre ella el foco de la fuerza de las otras naves de agentes. Fue como si durante ese momento su nave volara a través de aire fundido. Ahora no podía hacer nada. Había arreglado la nave para que saliera de SL a los veinte segundos exactamente desde el momento de la caída. Todo estaba listo, la escotilla dispuesta, la pantalla de calor estaba preparada para combatir el frío del espacio.

Puso su mano en el control principal de la escotilla. En el momento en que oyó el diminuto movimiento de dislocación, que significaba el fin del SL, disparó el control y la

Librodot

escotilla se abrió. El área de recepción estaba situada fuera de la abierta escotilla. Con la rapidez de una explosión toda la parte superior de la torre apareció en el área de recepción, se balanceó y se golpeó con un ruido sordo contra la nave. Usando el panel superior deslizó la nave y la torre hacia la Era 20 para darse algunos momentos de descanso.

La áspera piedra de la torre estaba aplastada sobre la abierta escotilla. Usando el desintegrador de mano hizo un agujero a través de la piedra, dejando a la vista una esquina de la negra cripta. Agrandó el agujero, cogió la cripta con el enfocado rayo del atractor, la hizo entrar a través de la escotilla. Ignorando los restos de piedra que habían caído dentro, cerró la escotilla e intentó huir.

La nave no se movió. Gritó y luchó contra los controles. Sus manos volaban sobre los controles mientras intentaba combinaciones. El sutil quejido de las pantallas de la nave se elevó de tono mientras luchaba contra la fuerza que la tenían cogida. Aplicó toda la potencia derecha hacia una pista SL, sintiendo que el calor iba aumentando dentro de la nave. La nave comenzó a calentarse y ella esperó, sus mandíbulas apretadas, hasta que pudo sentir el olor acre de sus chamuscados cabellos. Entonces, con un solo movimiento muy rápido, apagó todo lo que había en la nave. Los perseguidores estaban en la posición de un hombre que corre para romper una puerta y en el momento en que está a punto de tocarla con el hombro la puerta se abre. La nave de Calna osciló brevemente y ella estaba pronta para sacar ventaja de ello. Se deslizó a la Era 1, e inmediatamente hacia la Era 25, y en el momento en que entraba en la nueva estructura aplicó la pista SL a toda marcha.

La nave salió rápidamente hacia la libertad; ella rió en voz alta con una nota de histeria. Usó un modelo de deslizamiento y de dirección elegido al azar, trabajó sin descanso durante largas horas en ambos paneles hasta que supo que la persecución era imposible. Conocía el peligro de despertar a Andro en un ambiente demasiado extraño. El riesgo de enloquecerle era demasiado grande.

En la Era 11, una de las más atrasadas, encontró el planeta que buscaba. En otras estructuras de probabilidad, se habría convertido en un planeta de descanso para los agentes. Estaba deshabitado en todas las estructuras, excepto en la Básica tres. El mejor aspecto que brindaba era que no era el último lugar en el que la buscarían. Anticipando su reacción, la buscarían primero en el último lugar. No era ni el mejor ni el peor, era una oportunidad media entre varios millones.

Voló bajo a través de la cara primaveral del planeta y eligió un lugar en el que un cristalino arroyo bajaba a través de las rocas para formar un estanque al lado de un lozano declive de verde césped. Recogió la nave entre las gigantescas raíces de un árbol que parecía salido de un cuento de hadas; era tan alto que las nubes se frotaban contra su copa. Este era un planeta en el que uno se sentía como un duende. Pequeño, salvaje y libre. La inmensidad de los árboles y de las rocas y el absoluto silencio eran los creadores de esta magia.

Abrió la robada cripta y posó sus dedos sobre la frialdad marmórea de la mejilla de Andro. Todas las funciones vitales estaban suspendidas. Se movió rápida y suavemente mientras preparaba la doble inyección que haría resurgir la vida lentamente en él. Los extremos de las agujas debían ser calentados antes de que pudiera inyectarlas en las venas de su brazo.

Le inyectó y luego puso su cabeza sobre el ancho pecho de él. Era como estar oyendo a una roca. Era la frialdad de la muerte y se sintió pequeña y asustada. Sin circulación de la sangre, con la misma sangre quieta y dura como las rojas venas en el mármol, el efecto tardó un largo rato en desparramarse desde el punto de inoculación.

El corazón, al fin, dio un lento golpe. El intervalo entre un golpe y otro decrecía en casi un segundo completo. La tibieza del cuerpo comenzó a retornar. Cuando él tomó su

Librodot

primera vacilante y somera bocanada de aire, ella se levantó y le miró sonriente. El color había vuelto a las mejillas de él.

Con la ayuda del pequeño artefacto de atracción, que sacó de su cinturón, lo levantó sin esfuerzo y lo llevó, a través de la escotilla, hacia el borde del azul y profundo estanque, a un lugar en el que el césped estaba fresco.

Entonces, llevada por una fuerza que le era extraña, usó la habitación de aseo de la nave y se vistió con un fresco vestido de un brillante color que antes nunca había usado.

III
REBELIÓN EN SIMPARL

Las torres de deslizamiento resplandecieron, se volvieron nebulosas y confusas. La Ciudad de Transición encogió delicadamente sus hombros de frambuesa y se deslizó de la Era 6 a la Era 4. El riesgo de aumentar la desviación de la proyectada línea de cultura era grande. Pero el director pensaba que se obtendría una mejor coordinación desde la propia era que desde fuera, ya que aún no había sido inventado un método de comunicación directa entre las eras. Los informes de los Equipos de Campo podían ser recibidos en Transición y las órdenes emitidas únicamente en el caso de que la ciudad estuviera en la era que la ex agente Calna había convertido en tan crítica.

Sarrz se sintió perdido. El director había saltado por encima de él para hacerse cargo personalmente de la coordinación de los Equipos de Campo. Sarrz se quedó sin ninguna función que cumplir. Aunque esto le aburría, a su vez le permitía tener una visión de conjunto de la situación. Como todas las cabezas que dirigían en Socionética, Sarrz tenía buenos antecedentes en Probabilidad Simbólica. Con el sentimiento de tener su mente ociosa y vagando sin motivo, decidió comprobar el índice de probabilidad de pérdida de otras estructuras espacio-temporales.

Cogió la pequeña mesa que contenía el computador y la acercó para tenerla a su alcance. La puso en escala alfabética e ignoró, mientras alimentaba los datos, el brillo de la luz de «datos insuficientes». Tenía la pérdida directa de una era, la pérdida pendiente de otra, más áreas de disturbios en otras tres.

Leyó los resultados y éstos le hicieron estremecerse. Limpió el computador y lo intentó nuevamente. Idéntico resultado. Se sentó y escuchó el agitado latido de su corazón. Los índices de probabilidad de pérdida de todas las estructuras espacio-temporales hermanas eran grotescamente altos, tan altos que los datos completos tendrían que ser en sí mismos improbables para poder nivelar los resultados basados en datos incompletos.

Lo que se infería era que algún factor extraño estaba actuando, algún factor inadecuado. Había un paralelo en astronomía. Encuentra la desviación y luego busca la causa.

Repentinamente, Sarrz se dio cuenta que el asunto revestía la mayor importancia. Debía informar al director al instante.

Se acercó al interruptor que le permitiría comunicarse con el director.

Y así fue como le encontraron. Su corazón se había detenido cuando las puntas de sus dedos alcanzaban el interruptor.

La precaución animal no desapareció de Andro cuando recobró la conciencia. No se movió ni abrió los ojos. Se quedó quieto y concentrado en la tarea de despertar todos sus sentidos y ponerlos en correcto funcionamiento. Oído: el suave murmullo y barboteo

del agua, un crujiente movimiento, como de viento en las hojas. Olor: el fragante olor de la hojarasca, del bosque y de los lugares salvajes. Tacto: el roce del césped sobre su brazo. Aire caliente sobre su cuerpo. Recordó la profundidad de las quemantes heridas. Concentró su atención sensorial sobre las áreas heridas y no pudo percibir mensaje alguno de dolor desde las abrasadas puntas nerviosas. Aumentó la profundidad de su respiración y no pudo detectar los rápidos cuchillos que le habían estado atormentando a cada bocanada de aire mientras había estado en las azules sombras de la callejuela.

Recordó a aquellos que habían estado junto con él, y a los que había perdido. La pena era honda y lenta y quieta. Daylya y todos los otros. Por su culpa. Todo a causa de su impaciencia. Si hubiese esperado hasta haber crecido un poco más, hacerse un poco más fuerte, haberlo planeado todo más cuidadosamente...

Su oído oyó el chasquido del césped que se doblaba bajo un pie que se acercaba. Unos dedos tocaron su pecho sobre su corazón. Abrió los ojos sólo lo suficiente para ver la figura dibujada contra el cielo, arrodillada sobre él. La ecuación era simple.

Una vez que todos tus aliados han muerto, todo lo que queda son enemigos.

Andro se debatió con los puños apretados, con un giro que concentró los pesados músculos de la espalda y de los hombros en el puñetazo. Rodó sobre rodillas y manos y se levantó de un salto, tambaleándose un poco a causa de la debilidad. Estaba de pie bajo un cielo extraño cerca del árbol más grande que jamás viera; miró hacia abajo a la contraída figura de la mujer inconsciente. Ella llevaba un vestido que parecía una toga de un amarillo lima, un ancho cinturón del cual pendían pequeños y desconocidos ingenios. Su cabello tenía la claridad y la pureza de la blanca caída de agua en el estanque tan profundamente azul que se hallaba a unos metros. En un ángulo de su mejilla, la mancha que había dejado el puñetazo. Estuvo de pie, esperando atento a la llegada de otros. No había otro sonido excepto el del agua y el viento. Se arrodilló sobre ella y movió su mandíbula groseramente. No parecía que el hueso sonara a desencajado o roto bajo sus dedos.

Fue entonces cuando recordó sus heridas. Miró su costado y se sobresaltó. La piel estaba clara, firme y saludable sobre las heridas, y podía haber pensado que había soñado que estaba herido a no ser por la palidez y falta de bronceado de la piel nueva. Miró nuevamente a la mujer y frunció el ceño. El suelo de la callejuela había cedido bajo sus pies y había caído en la oscuridad. La mujer estaba conectada a ese fenómeno de alguna forma. Por el momento, ella estaba fuera de combate. Aunque los ingenios que colgaban de su cinturón eran una promesa de que ella no estaría siempre inutilizada. La hizo girar buscando un lugar en el cual poder desabrochar el cinturón. Parecía que no tenía ningún lugar desde el cual poder desengancharlo y se le ceñía demasiado como para intentar deslizarlo sobre sus caderas. Se contentó con desenganchar los pequeños ingenios. No podía adivinar sus usos. Aun que tenían un brillo que hablaba de eficiencia y utilidad. Había seis de ellos. Los elevó cuidadosamente en el hueco de sus manos y los escondió detrás de una roca. Probó su fuerza al cortar una tira del borde de la toga amarillo lima. Con la tira ató las manos de ella a la espalda, muy apretadas, situando el nudo fuera del alcance de sus dedos. Cuando apretaba el nudo, su brazo derecho se extendió y vio que el tatuaje había desaparecido de su brazo. Había sido sustituido por un trozo de esa pálida y saludable piel.

Andro se sentó a unos pasos de distancia de la mujer y esperó que volviera a recobrar la conciencia. Trató de adivinar lo que había sucedido. Aún tenía puesto el faldón de cuero y metal de batalla; pero no su capa. Recordó que la había roto cuando comenzó a arder, tirándola a un lado cuando cogía a la moribunda chica y la llevaba a través del lugar destrozado en el casco de su nave. El faldón de batalla tenía señales de haber sido chamuscado. Las correas que ceñían sus sandalias estaban ennegrecidas y crispadas, y el

Librodot

pelo había sido quemado en sus tobillos y pantorrillas. La pistolera en su lado derecho estaba vacía.

La cara de la mujer estaba hacia él cuando abrió los ojos. Los ojos de ella eran de un gris claro y no veían nada. Los enfocó hacia él y a él no le gustó la mirada de inteligencia que reflejaban. Encontraba que la cara y el cuerpo de ella eran agradables, pero sus ojos le alarmaban. Hablaban muy claramente de que tenía conocimientos por encima de los suyos, conocimientos que le hacían sentir como un chiquillo. Vio que probaba la fuerza de la tira que ataba sus muñecas, luego se sentó desgarbadamente, echó su cabeza hacía atrás para alejar un pesado mechón de sus cabellos que caía sobre su cara. Le sonrió como un conspirador podría sonreír.

—¿Quién eres? —preguntó él, pesadamente.

Ella movió la parte inferior de su mandíbula de lado a lado e hizo una mueca.

—Eres fuerte, Andro.

—¿Quién eres?

—Tu amiga. Una buena amiga. Mi nombre es Calna.

—Calna —dijo, saboreando la palabra cuidadosamente—. Estaba muriendo. Ahora estoy otra vez entero. Estaba atrapado y ahora estoy libre. Si has hecho eso es evidente que eres una amiga. Pero los motivos que te llevaron a hacerlo pueden convertirte más en una enemiga que en una amiga.

Ella miró hacia su cinturón.

—Desátame, Andro. Las ataduras están muy apretadas.

La desató. Ella se levantó flexionando sus manos, frotando sus muñecas. La parte superior de su brillante cabeza estaba al nivel de los ojos de él. Ella le sonrió y hubo algo en esa sonrisa que a él no le gustó.

Ella dijo:

—¿Estoy desvalida porque me has quitado las cosas que tenía en mi cinturón?

—Por supuesto.

Ella puso sus manos sobre él y él trató de golpearla nuevamente. El gritó en una repentina agonía cuando los dedos de ella encontraron puntos de presión. Ella no dejó de sonreír. Ella le tocó los codos en lo que podía haber sido un gesto de ternura y ambos brazos colgaron fláccidos e inútiles. Su mano barrió un lado de su garganta y él cayó pesadamente. Trató de moverse y aunque el esfuerzo provocó arroyos de sudor en su cara, no se pudo mover.

Ella se sentó a su lado y dijo suavemente:

—Pasará en unos momentos, Andro. Y no dejes que tu orgullo se resienta. Esos son métodos en los que he sido cuidadosamente entrenada. —Se levantó y echó una ojeada a los alrededores. Se dirigió sin dudar a la piedra detrás de la cual él había escondido los brillantes objetos. Los cogió y los enganchó a su cinturón.

Algo de la debilidad había desaparecido de él. Se sentó y la miró echando fuego por los ojos. Ella se rió.

—No me mires tan fieramente, Andro. Como ves, te conozco muy bien. He estado conociéndote durante cuatro largos años. Hubo otras cinco huidas antes de esta última. Probablemente has pensado que ha sido buena suerte, o incluso buen juicio. Yo te estaba ayudando, Andro. Seis veces deberías haber muerto, y yo te ayudé. La séptima vez estabas inconsciente y no supiste qué ocurrió, y fue la peor de todas, la más peligrosa.

—¿Por qué me has ayudado?

—No soy de tu mundo, Andro.

—He adivinado eso.

—Mi mundo estaba interesado en tu rebelión contra Shain. Era nuestra conveniencia el que tú vencieras. Hemos ayudado de muchas maneras, pero no lo suficiente. Yo estaba siguiendo órdenes. Cuando vimos que nuestra ayuda no era suficiente, me ordenaron que te dejara morir en Zeran. He desobedecido esas órdenes.

—¿Por qué? Calna frunció el ceño.

—Yo... yo realmente no lo sé. Supe que me estaba interesando emocionalmente en ti, pero eso por sí mismo no podría ser suficientemente fuerte como para inhibir mi entrenamiento. Se convirtió en algo que yo... que yo tenía que hacer, Andro. Ahora estoy perseguida por mi mundo.

—¿Al igual que yo lo estoy por el mío?

—No. Tu mundo piensa que estás muerto.

El se levantó cuando el último resto de sus fuerzas le llegó nuevamente. Miró a los alrededores.

—¿Es éste tu mundo o el mío?

—Ninguno de los dos.

La miró fijamente.

—¿Qué haremos? ¿Cómo hemos llegado aquí? Desearía volver a mi mundo. He dejado muchas cosas sin terminar.

—No puedes volver. No hay forma.

Andro la miró atentamente durante unos momentos.

—Hasta este momento, creía que decías la verdad. ¿Por qué ahora comienzas a mentir?

—Escucha cuidadosamente y entiende, si puedes. Intentaré decirlo tan simplemente como pueda, Andro. Intentamos ayudar a tu mundo sin que nuestra presencia sea notada. Si lo hacemos demasiado obviamente, tu mundo se alejará cada vez más de nuestro alcance y no podremos volver a visitarlo. Si tú volvieras ahora, el mero hecho de volver de entre los muertos pondría a tu mundo lejos de nuestro alcance. Por lo tanto, no debo permitir eso.

El la estudió.

—Es curioso, Calna. Has dicho que estás siendo perseguida por tu mundo. ¿Pueden encontrarte aquí?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué no regresar a mi mundo? Has dicho que eso pondría a mi mundo lejos del alcance del tuyo. Entonces, ¿eso no significaría seguridad para ti en mi mundo?

—Sí, pero eso va en contra de todo mi entrenamiento, todo en lo que creo, y...

El vio su indecisión y por vez primera sintió que su fuerza igualaba la de ella. Puso sus manos suavemente sobre los hombros de ella, la sintió tensa bajo sus manos. La miró profundamente en sus grises ojos hasta que su mirada vaciló y se apartó. Ella cayó en sus brazos con un pequeño grito en su garganta que era lo mismo que una confesión de

debilidad, era el signo de la transferencia a él de la autoridad por cualquier camino que tomaran en el incierto futuro.

—Iremos a mi mundo —dijo él. Sintió que ella asentía—. Y antes de que regresemos me enseñarás cómo se usan esos pequeños ingenios en tu mundo. Cuando regrese debo ser más fuerte que Shain y Larrent y Masec, aunque no tenga ningún seguidor.

Ella se apartó de él en ese momento, su cabeza baja.

—Mi gente nos buscará en tu mundo. Querrán detenernos antes de que los efectos de tu regreso hayan cambiado lo suficiente a tu mundo como para que se aleje fuera de nuestro alcance.

En un lugar que era la esencia del no-lugar, y en un tiempo que, en éxtasis, era el no-tiempo, hubo un registro de progresión en el análisis de la paradoja, en donde el pensamiento dirigido mantenía el registro, en donde un millón de eras movían el registro medio escalón más cerca del punto en que al final todos los infinitos se convertirían en finitos. No podía hacerse en base a un experimento controlado, ya que había una imperfección en esa teoría. El mero hecho de un factor de control es un factor extraño, una novedad añadida a los otros componentes. Sin control todas las cosas deben ser sopesadas y todos los factores considerados. La medida de los cálculos de los infinitos de mayor significación sólo puede ser realizada en el no-tiempo, y sólo el no-lugar es lo suficientemente vasto como para contener los registros.

Un niño se despierta y llora en la noche. En su sentido más simple el impacto de este hecho puede ser medido a través de mil generaciones, dando todos los factores para sopesarlo. Lo que complica el hecho es que causa y efecto son expresiones de un mismo factor. Es más delicado trazar el despertar del niño hacia atrás durante mil generaciones, pero no obstante, las operaciones son finitas y posibles, dando suficiente tiempo y suficiente espacio para retener los registros. Donde se convierte en paradójico es cuando los mundos están entrelazados y todas las probabilidades asumen igual significación, y en diez mil campos coexistentes de probabilidad en donde el niño se despierta en el mismo momento, la misma huella puede ser trazada hacia atrás durante mil generaciones y puede ser idéntica en novecientas noventa y nueve probabilidades, sólo para diferir en la anterior a la última generación en la última de las diez mil tramas coexistentes en la matriz. Por lo tanto, vayamos hacia atrás y hagamos la última similar, y el resultado sería un incremento de divergencia, lo cual resulta, más probablemente, en que no hay niño a fin de cuentas, y menos probable, en una noche de sueño ininterrumpido para el niño.

La tarea implicada hace esencial que las computaciones sean hechas en el no-tiempo, y los registros contenidos en el no-espacio.

Y una faceta de la interminable computación puede ser cuando un orden de probabilidades comienza a ganar mutuos accesos; ¿qué ocurre si tal acceso es denegado? La computación finita de los infinitos es posible porque el infinito es meramente una función del tiempo y del espacio. Sólo la nada se convierte en interminable.

Desde la temida audiencia con Shain en la que había sido tan milagrosamente salvado del desastre, Deralan estaba oscuramente preocupado. Estaba en su naturaleza y en su profesión el descubrir los antecedentes de todos los hechos e incidentes. La larga búsqueda de la niña que le había puesto en las manos el objeto con el cual había salvado su seguridad fue infructuosa. Estaba casi complacido de no haber encontrado a la niña. Habían regresado a Rael desde Zeran a la mayor velocidad posible. O el objeto había sido traído en las naves que iban en la persecución, o había llegado a Rael por otros medios

Librodot

más rápidos. Y Deralan no veía la forma en que el objeto podía haber sido introducido de contrabando en alguna de las naves. En lo que atañía a medios más rápidos de transporte..., no los había.

Cuando trató de retomar el hilo de sus responsabilidades, que habían sido interrumpidas por la

Librodot

rebelión de Andro, tercer hijo de Shain, se encontró sufriendo de una incapacidad para concentrar su atención en sus deberes. La capital era muy parecida a una jaula de animales salvajes. Los animales detectaban la lánguida desatención del entrenador y se agachaban un poco más, listos para dar el salto. Cuando dos de sus más fieles asistentes fueron hechos pedazos por un tumulto, Deralan no sintió la vieja y brutal furia con la que había castigado previos incidentes similares. La identificación, captura y ejecución de los líderes del tumulto fue rápida y efectiva, pero sin calor. Su villa, protegida casi tan bien como los mismos palacios de Shain, dejó de ser un lugar de juergas nocturnas. Dejó de entretener a los allegados a Shain, y sabía que haciendo esto perjudicaría su influencia en la corte. Cada vez estaba más y más tiempo solo, y sus pensamientos eran oscuros. Muchas veces había temor en él, pero temor de algo no completamente entendido.

Sentía que en algún lugar en la ciudad podría encontrar una respuesta a lo que le preocupaba. Comenzó a escuchar más cuidadosamente los rumores sobre extraños sucesos del Imperio. Parecía que era un tiempo de extraños acontecimientos que bordeaban lo sobrenatural.

En una sofocante tarde, cuando la mayor parte de la ciudad dormía, Deralan interrogaba a una asustada chica que le habían traído sus agentes. Estaba sucia y era una criatura semisalvaje. Su oscuro cabello rojo estaba falto de brillo a causa de la suciedad, y los bordes oblicuos de sus ojos eran del característico color lavanda de la mujer de Vereen. Sus harapos apenas le cubrían el cuerpo. En su axila izquierda había una señal que indicaba el lugar en el cual había estado la marca de la esclavitud y que había sido recientemente extirpada. Muy recientemente extirpada.

Aunque estaba asustada hasta el extremo de la inconsciencia no hablaría. Y tal era su extenuación

que fue inmediatamente obvio para Deralan que moriría si se usaba la fuerza. Lo que le intrigaba era la frescura de las ampollas que había en la pantorrilla de su pierna izquierda. Eran las ampollas características que llevaban los que habían viajado en una de las viejas naves con su defectuosa protección.

Muchos trozos aislados de información se situaron en su lugar en la mente de Deralan y le convencieron de que aquella chica significaba una pista que llevaba al motivo de su confusión. El número cada vez mayor de esclavos huidos en Rael, las ampollas frescas, el miedo evidente de la chica, la demora de dos meses en enviar los informes rutinarios de los mercados de esclavos..., todo esto señalaba hacia Simparl.

Los dientes de la chica eran pequeños, firmes y puntiagudos.

—¡Matadme y veréis cómo puede morir una mujer de Vereen! —le murmuró.

—¿Qué fue lo que te convirtió en esclava? —preguntó, forzando un tono gentil en su voz.

—Maté a mi marido. La corte me sentenció. Dijeron que era sin motivo. Fui enviada a Simparl con cientos de personas.

—Y te has escapado. ¿Cómo? Ella se movió impaciente entre las cuerdas que la ataban y alejó su cabeza de él, afectando casualidad, aunque las cuerdas se tensaban como alambres sobre su ladeada garganta.

—Cómo debe ser —sugirió suavemente— el estar limpia otra vez. Ser lavada y perfumada. Sentir el tacto de la seda. Reclinarse al lado de una olorosa fuente y que traigan buenas comidas. Fruta fina de Vereen. Vinos de Lell.

Ella no se movió. El vio una lágrima que trazaba un canal de blancura a través de la suciedad de su cara.

Llamó a los aburridos asistentes y les dijo que la liberaran y que la llevaran a su villa. Dio la espalda a las conocidas miradas de desprecio de ellos y partió. En el momento en que la chica llegaba a través de las puertas más profundas de la villa, iodo estaba preparado para ella. Las doncellas la tomaron en sus manos. Estaba oscuro en los inmensos jardines cuando se la trajeron. Estaba de pie con un nuevo orgullo, alta y silenciosa y bastante adorable.

El la miró comer con la precisa y casi viciosa hambre de un animal a punto de morirse. Trajeron los vinos. Ella estaba discreta, pero después de un tiempo perdió toda prudencia y sus labios se entumecieron y sus ojos se tornaron vagos, y vaciaba el vaso cada vez que él lo llenaba de una botella. La noche llegó y él se sentó a su lado. Ella se rió con un vacío sonido cuando él la acarició.

—No fue difícil huir, ¿no es así? —preguntó él.

—No. No fue difícil. No con las puertas abiertas y con los guardias muertos y con las naves esperando. No fue difícil.

—¿Quién rompió las puertas y mató a los guardias? Ella rió sin motivo.

—Oh, pero se supone que yo no debo contar eso a nadie todavía. No hasta que él esté listo. No hasta que seamos avisados.

"—Me lo puedes contar, Leesha. Te quedarás aquí conmigo con comodidades y en paz. No habrá secretos entre nosotros. Me lo puedes contar. —Su tono era acariciador.

Ella volvió a reír nuevamente sin motivo. Los ojos de ella se entornaron y se deslizó fuera del círculo de sus brazos. La cogió fuertemente de los hombros y la sacudió violentamente.

—¡Dímelo! —gritó.

La cabeza de ella se tambaleó perdidamente. El la dejó caer al borde de la fuente. Ella yacía de espaldas y su respiración era fuerte entre sus labios separados.

Al mediodía del próximo día, fuertemente custodiado, Deralan subió arrastrando los pies la rampa y traspasó la escotilla de la nave que le esperaba. Su rostro estaba picado de viruela y tenía profundas cicatrices; estaba irreconocible. A su alrededor los nuevos esclavos se lamentaban. La puerta interior se cerró. En el estrecho espacio de confinamiento la nariz de Deralar se frunció con disgusto. No hubo ningún aviso de despegue. Se deslizaron en confuso montón hacia un lado de la oscura habitación. Deralan se preguntó qué sería de él si en Simparl no pudiera probar su verdadera identidad.

Una vez que Calna se entregó al plan de Andro, se olvidó resueltamente de cuan lejos se hallaba de los pasos de su entrenamiento. La única indicación que le quedaba de la extensión del conflicto eran los resquebrajadores dolores de cabeza que de vez en cuando la asaltaban sin previo aviso.

Andro había demostrado una asombrosa aptitud como alumno. A veces le parecía que él había tomado todo su conocimiento y lo había combinado con el suyo para crear una fuerza por encima de todo lo que ella había experimentado anteriormente. Había sido él el que había elegido Simparl como símbolo de todo lo que detestaba del Imperio.

Habían conducido la dorada nave profundamente en la corteza del planeta y esperado allí el golpe de la energía dirigida que les podría haber revelado que habían sido detectados. Andro, usando el ingenio que hacía derrumbarse a los electrones orbitales de la materia sin desprender la energía, había abierto el largo corredor inclinado hacia la superficie. La nave, completamente protegida, quedaba detrás de ellos, en las profundidades de la piel de Símparl, completamente indetectable.

Juntos, disfrazados bajo sugerencia de él de compradores de esclavos provenientes de Lell, habían visitado las pocilgas y los bloques de subasta. Aunque acostumbrada a través del entrenamiento a la miseria de los planetas salvajes, Calna se sintió emocionalmente desconcertada por el mero peso del sufrimiento a su alrededor.

Andro, su cara alterada por la cuidadosa cirugía que ella le había aplicado, anduvo con paso majestuoso a través de los abiertos mercados de esclavos con un horror que no perdonaría en los ojos, y con las mandíbulas apretadas. Sabían el peligro que corrían. Si anunciaban su presencia demasiado rápidamente, serían copados por los Equipos de Campo antes de que su influencia fuera posible difundirla para causar una desviación de probabilidad.

Calna notaba que Simparl, al igual que otros planetas importantes del Imperio, estaba bajo constante y discreta vigilancia. Ella se lo explicó a Andro, diciéndole:

—Debemos libertarles de forma que parezca una rebelión natural. Yo he sido entrenada para tal cosa. Aunque si lo hago demasiado inteligentemente, sospecharán de mi presencia aquí.

El pensó acerca de ello.

—Entonces, ¿por qué no lo hacemos de esta forma? Cuando los liberemos, les daremos naves y les enviaremos a otros planetas. Y cuando vayan saliendo, les diremos que Andro de Calvan les ha libertado, y que mantengan la información en secreto hasta que se les avise. Esto dará la influencia de la que tú hablas, la más grande ocasión posible de operar.

El director recibió el informe en persona. Inmediatamente emitió a todos los Equipos de Campo que operaban en Era 4, diciendo:

—Rebelión de los esclavos en Simparl indica que la ex agente Calna está brindando ayuda. Se requiere inmediata concentración de Equipos en Simpar.

Dentro de las veinte horas la sospecha fue confirmada por un informe directo de Simparl. El Equipo de Campo informó:

—Ex agente Calna y Andro pueden ser eliminados inmediatamente. De todas maneras, esclavos huidos a otros planetas llevan información de Andro. Requiero verificación de los índices de probabilidad presentes, mientras el poder de la nave es menos sensible que antes.

—índice cediendo. Acercándose al punto de peligro. Ordenada inmediata eliminación. Verifiquen. Verifiquen.

No hubo verificación. El director esperó hasta el último momento posible antes de ordenar el deslizamiento hacia atrás a una era estable. La ciudad se deslizó hacia atrás y la comunicación con los Equipos de Campo fue de esta forma cortada.

Era de noche en Simparl. Las tres lunas, de rojo sangre, describían un arco a través del cielo nocturno. No había más naves. Los esclavos liberados, los ojos abiertos y salvajes a la luz de las antorchas, corrían a través de las saqueadas calles. De un extremo a otro de Solom —capital de Simparl—, Andro y Calna pudieron oír lejanos ruidos, desmayados gritos, ya que los últimos traficantes y compradores eran buscados y asesinados. Habían subestimado la furia irrazonable de los esclavos y se encontraron a sí mismos en peligro. Los esclavos vestidos con las finas telas de los traficantes y compradores eran muertos por sus propios compañeros.

Tres veces Andro tuvo que pararse y pelear y matar para limpiar su camino a través de la ciudad. Las primeras rebeliones esparcidas en el planeta habían sido ordenadas, y los esclavos liberados habían huido sin incidentes en las naves capturadas. Pero esta noche

pasada, cuando los últimos mercados fortificados y pocilgas y las mansiones de los traficantes y del gobierno habían caído completamente, todo se convirtió en una pesadilla.

Para Andro fue grotesco el tener que hacer frente y pelear con esclavos que morían gritando su nombre, como si fuera un mágico encantamiento.

Al fin estaban fuera de la ciudad. Numerosos fuegos ardían sin control. En un lugar las llamas se elevaban a decenas de metros sobre el suelo. La oscura planicie estaba frente a ellos, y en la oscuridad tenían que encontrar el inclinado túnel que les llevara hacia la nave escondida.

—¿Ahora habremos ganado? —preguntó Andro, mientras se apresuraba al lado de ella.

—Lo sabremos cuando lleguemos a la nave. Sí hemos ganado, no podremos alcanzar ninguna era conocida.

La escondida entrada al túnel estaba a cosa de un kilómetro más adelante. Corrían y la noche parecía interminable como el clamor de la ciudad que se desvanecía detrás de ellos.

La nave de Solin, en la que iba la otra agente que había sustituido a Calna, colgaba invisible a unos quince metros sobre la boca del túnel. Las pantallas estaban ajustadas de tal forma que la planicie que se extendía hacia la ciudad fuera tan clara y brillante como si estuviera bañada por el sol.

Observó las pequeñas figuras que se aproximaban. Sabía quiénes eran los dos que se acercaban primero. El tercero, el que les seguía, era desconocido para él.

Solin sintió un pequeño estremecimiento y se volvió casi enojado hacia Arla, la mujer agente que había reemplazado a Calna.

—Es inútil seguir intentándolo —dijo—. estamos más allá del punto del que podríamos retornar.

La mujer quitó sus manos del panel y se giró hacia él. La expresión de ella era sombría y sin esperanza. Sus hombros se doblegaron. Miró hacia la pantalla.

—Pronto estarán lo suficientemente cerca.

—Parece que no hay necesidad de matarles ahora —dijo Solin..

Arla se sorprendió.

—¡Pero era una orden! Tu servicio con Calna ha hecho de ti un pobre agente, Solin. Has oído la orden.

—Estamos aquí atrapados en Cuatro. Ellos no nos pueden alcanzar ni nosotros a ellos. Entonces, ¿por qué matarles? El daño ya está hecho.

—Era una orden —dijo la mujer.

Solin suspiró. Algunas veces se preguntaba si los equipos hombre-mujer eran correctos. De acuerdo a la teoría de los Equipos de Campo, esto hacía una unidad más flexible. Pero daba lugar a una gran cantidad de molestas irritaciones.

—Nos llevó tanto tiempo encontrar el túnel... —dijo la mujer—. Esto ha sido lo que nos ha atrapado aquí. Podemos hacer que merezca la pena el habernos quedado siguiendo las órdenes.

IV
EL PODER DE DERALAN

Deralan, al arribar a Símparl, había sido empujado junto con otros dentro de los rediles de alimentación para engordarlos. Escuchó rumores que hacían brillar los ojos de uno que había estado en los rediles antes de que su embarque hubiera llegado. Rumores de libertad. Rumores de rebelión. Escucharon violencia en la ciudad durante muchos días y noches y al final fueron liberados. Los guardias habían sido asesinados y las paredes rotas y las puertas destrozadas y la gran casa en la que vivía el traficante y el dueño del redil estaba ardiendo por los cuatro costados.

Deralan trotó adentrándose en la ciudad con el resto de ellos y oyó la palabra que tanto había sospechado, en la que no había querido creer.

—¡Andro! —gritaban ellos—. ¡Andro de Calvan! —Era un grito de unión, un grito de batalla, un chillido de sangre—. ¡Andro!

Con un nudo en la garganta, Deralan se escondió en la boca de una callejuela y esperó hasta que las pisadas que corrían se perdieran en la distancia. El crepúsculo se había convertido lentamente en la noche antes de que él pudiera encontrar un esclavo solo al que poder dominar.

—¿Qué hay acerca de ese Andro? ¡Rápido, por tu vida!

—¡Por favor! Dicen que está en la ciudad. Ha regresado. Su cara está cambiada, pero ha regresado.

—¿Dónde le puedo encontrar?

—¡No lo sé! ¡Créame, no lo sé!

Deralan hizo un gesto rápido y hábil y Juego arrojó el cuerpo lejos de él. Se unió a otra manada de lobos, encendió una antorcha, la puso en alto y buscó infructuosamente a un hombre con el inmenso y fuerte cuerpo de Andro de Calvan.

Encontró un cuchillo con una hoja que le venía bien. Saqueó e incendió y gritó como los otros, pero siempre buscaba a Andro. Perdió noción de las horas. Y al fin encontró un gran hombre que estaba en pie con una chica de cabellos rubios detrás de él, y el hombre peleaba bien, peleaba con la valentía que se esperaba de cualquier noble de la Casa de Calvan. Parecía que estaba a punto de ser vencido cuando la chica se puso a un lado y algo brilló en su mano. Los tres que aún hacían frente al gran hombre se doblaron y cayeron convertidos en pequeños montones en las piedras del pavimento.

Cuando el gran hombre se giró, la antorcha iluminó la parte superior de su brazo. Deralan tragó saliva cuando vio el pequeño rectángulo pálido. Mientras se alejaban, Deralan miró a los tres hombres caídos. Tragó saliva. Algo les había barrido, algo que la chica había usado había eliminado aparentemente secciones enteras de los torsos de los hombres. Era por eso que los amontonados cuerpos parecían tan pequeños.

Tiró la antorcha a un lado para apagarla y poder seguir al hombre y a la chica a través de las espirales de humo que partían de los árboles; sus dedos empuñaban fuerte y duramente al cuchillo.

Deralan los siguió hacia las afueras de la ciudad y a través de la oscura planicie. Las tres oscuras lunas proyectaban tres vagas sombras de su encogido cuerpo mientras les seguía. Cuando el terreno se volvía más y más desigual, acortó la distancia entre ellos. Giró al cuchillo en la empuñadura. Tenía un buen equilibrio. La espalda de Andro era ancha. Deralan levantó el cuchillo. Lo equilibró. Lo arrojó con toda su fuerza. En la fracción de segundo antes de que lo arrojara, una gran luz bañó la planicie entera de una brillantez blanca verdosa. Durante los últimos centímetros del balanceo de su brazo, Deralan sintió que una gran fuerza exterior cogía su brazo, le daba un golpe como de

Librodot

látigo y le brindaba un poder mayor que el que cualquier ser humano pudiera tener. El extraño poder hizo estallar los huesos de su brazo y lo arrojó gritando en la oscuridad.

Solin estaba sentado con su mano en el control de la escotilla, completamente helado por un azoramiento tan inmenso que le impedía cualquier movimiento. Arla había pedido llevar a cabo personalmente la ejecución. Solin se había sentido más tranquilo de no tener que hacerlo él, ya que no tenía corazón para ello. Le abrió la escotilla, y cuando ella tenía el arma de mano a punto, él iluminó el área de disparo para ella. Andro y Calna eran un blanco perfecto, a unos cien metros de distancia y a quince por debajo. En el instante de encender la luz, él había visto a la tercera figura en el acto de arrojar algo que parecía un cuchillo hacia el par que le precedía. El desconocido había arrojado el cuchillo. Había habido un sutilísimo silbido indicador deja alta velocidad y un ronco grito que partía de una garganta. Arla había caído muerta con la hoja del cuchillo clavada en su cerebro, el puño de protección aplastado contra su frente.

Ningún ser humano podía arrojar un cuchillo de esa forma. Y aun así lo habían hecho. El lo había visto. El que había arrojado el cuchillo yacía en el suelo, con Andro y Calna mirándole.

Solin bajó la nave hasta el nivel del suelo al lado de la escondida entrada del túnel. Pasó por encima del cadáver de Arla y salió a la restringida área de luz blanco-verdosa.

Transición estaba en la Era 3 al lado del interminable rugir del puerto espacial.

El Consejo Socionético había comenzado una investigación a gran escala de las circunstancias que rodeaban la pérdida de la Era 4, y la pérdida de treinta Equipos de Campo que habían sido atrapados allí cuando el índice de probabilidad descendió por debajo del punto en el que las naves de los agentes podían realizar el regreso.

El Consejo estaba ejerciendo sus prerrogativas de interrogar uno por uno a todos los miembros de la plantilla. El Consejo se reunió en la inmensa sala central con el luminiscente mural que representaba la eventual unión de veintiséis mundos coexistentes. Aunque ahora, por supuesto, sólo había veinticuatro, y por lo tanto, el mural era, en este sentido, una especie de perversa broma.

Después de tres semanas de revisión y deliberación, el director fue llamado para oír la decisión del Consejo.

La decisión era muy simple y muy directa. Le fue dada en la forma de una orden. Controles inapropiados y un relajamiento culpable habían hecho perder dos esferas completas de eventual expansión cultural. No se haría en el futuro un continuado esfuerzo para acelerar el modelo cultural extrapolarizado de todas las eras atrasadas simultáneamente. Todos los Equipos de Campo estarían ubicados en una era. Todo el equipamiento debería ser inmediatamente alterado para hacer sólo una era, más la básica tres, asequible para las naves de agentes. La Era 20 es la más cercana al estado de unificación. Todo el esfuerzo debe ser concentrado allí. Si por cualquier casualidad, la Era 20 está a punto de ser perdida, toda actividad de los Equipos de Campo debe ser cancelada. No se intentará ninguna otra aceleración de culturas. Todo el equipamiento debe ser alterado, excepto una sola nave maestra, de tal forma que sólo permita el deslizamiento entre las eras básicas. Se efectuarán supervisiones periódicas con la nave maestra. Cuando cada cultura periférica haya alcanzado el apropiado status de probabilidad, la unificación sería llevada a cabo, pero llegaría a ese status a su manera y a su tiempo.

—¿Y si la unificación con la Era 20 se logra sin problemas? —preguntó el director, en voz baja.

—Entonces, todo el esfuerzo se concentraría en la era más próxima al status de unificación.

Se permitió retirarse al director. Dio las órdenes que había recibido. Y dio una orden adicional de su propia cosecha. Llamó a todos los Equipos de Campo que restaban para una completa adoctrinación acerca de la Era 20, para un reentrenamiento, y para un reanálisis.

Treinta y tres Equipos de Campo atrapados en la Era 4. Contando a Andro y Calna y sustrayendo a Arla: sesenta y siete personas. Tan pocos. Tan extremadamente pocos.

Las doradas naves piramidales formaban un cerrado círculo, de forma que los escudos combinados formaban un cono de silencio. El cono se elevaba negro y alto cerca de los palacios de Rael.

En las calles se decía, en tonos apagados:

—Los Grandes hablan otra vez entre ellos.

Andro había madurado en los últimos meses. La autoridad se estampaba en su cara, y la dignidad imprimía cada uno de sus movimientos.

—Es tiempo de hablar —dijo después de un largo silencio—. No pretendo saber por qué están atrapados aquí. Me ha sido explicado. Se me ha dicho que mis actividades causaron que esta era se apartara de otro modelo. Dicen que esta era se ha vuelto menos probable, en relación a vuestras eras básicas. Sea como fuere, el daño está hecho. Han sido atrapados. A través de las peticiones de Solin y Calna, han consentido en ayudarme a imponer mi voluntad en lo que ha quedado del Imperio. Esto ha sido hecho. Ya no hay más resistencia. Somos objeto de supersticiosa veneración en cada planeta habitado del Imperio. Ahora pueden pensar que vuestra tarea ha acabado. Pero yo les digo que no es así. Con vuestro consentimiento deseo hacerles mis agentes, dar a cada uno de ustedes un área para gobernar hasta el momento en que esa área esté apta para autogobernarse. Saben las cosas en las que creo. No necesitan órdenes específicas. No es fácil ser considerado un dios, como yo lo soy ahora. Si ustedes realizan sus tareas correctamente, vendrá un tiempo en el que yo ya no seré considerado un dios. Ese tiempo vendrá mucho después de que hayamos muerto. Me urge solucionar este punto porque me parece que de esta forma esta era puede ser conducida suavemente hacia un punto en el que eventualmente vuestra propia gente podrá, una vez más, retomar contacto con nosotros.

Los agentes atrapados no demostraron gran entusiasmo.

Calna tomó el lugar de Andro y habló: —Os apremio para que aceptéis. A través del incidente de la muerte de Arla, tenemos una parcela de conocimiento que no poseen en Transición. Sabemos ahora que mientras nosotros estamos intentando construir el camino para que las eras atrasadas lleguen al punto de unificación, una fuerza más poderosa está intentando que las estructuras diverjan. No sabemos de qué fuerza se trata. En mi propio caso, sé que fui guiada cuando puse todo este modelo en movimiento. Lo sospeché entonces. Ahora lo sé. Una cosa es desconcertante. ¿Por qué fue Deralan el agente encargado de salvar a Andro y a mí misma de una muerte segura? La divergencia ya se había realizado. ¿Por qué fue hecho de manera que nosotros nos enteráramos de esta fuerza que interfiere en el perfeccionamiento de la unificación de nuestras eras coexistentes? Sólo hay una respuesta posible. Fuimos salvados para que podamos ser el punto focal de este esfuerzo satisfactorio de los últimos meses. Fuimos avisados de esta interferencia exterior para que seamos capaces de contentarnos con nuestras nuevas limitaciones.

Solin habló:

—¿Contentarnos a nosotros mismos? ¿Qué significa eso?

—A través del conocimiento de que somos parte de un plan maestro guiado por alguna raza, alguna civilización cuyas capacidades hacen parecer a las nuestras meros esfuerzos infantiles —contestó Calna.

—¿Qué clase de plan maestro es ese que dificulta a las eras básicas el perfeccionar la unificación con sus estructuras de probabilidad hermanas? Eso parece progreso en la dirección errónea —dijo otro agente, con una nota de enojo.

—Digo —dijo Solin— que ahora que le hemos brindado a Andro la ayuda que pidió, debemos concentrarnos y usar toda nuestra capacidad y talento para descubrir una fuente de poder lo suficientemente amplia para permitirnos el deslizamiento hacia atrás, hacia nuestra propia era.

Hubo un murmullo de asentimiento. Andro se volvió hacia Calna y se encogió de hombros.

Les dijo a todos:

—Veo que la sugerencia de Solin es el deseo general. Háganlo. —Miró a Calna—. ¿Trabajarás con ellos?

—Hice mi elección hace ya bastante tiempo —dijo ella.

Juntos regresaron a los palacios en los cuales nuevas leyes estaban siendo legisladas para una raza galáctica.

Deralan supo que al fin la locura le estaba dejando. Comenzó a dejarle cuando comenzó a admitir que había estado loco. Algo había barrido su cerebro, moviéndolo, convulsionándolo. Al fin reconoció su ambiente, supo con una sensación de golpe que estaba en una profunda celda debajo del palacio principal, una celda que él había llenado y vaciado muchas veces en lo que ahora parecía una previa encarnación.

Mezclada con su cansancio y letargo había una nueva, extraña sensación de poder mental, como si la fuerza que le había movido también hubiese liberado áreas de su cerebro que previamente habían estado dormidas. A través de los incontables días de tormento había oído un constante y estridente coro de finas voces, como si yaciera en medio de una vasta ronda de niños jugando. Ahora él podía traer las voces cuando deseara, meramente acercándose a oírlas.

Cuando le trajeron la comida, una de las estridentes voces se separó de las otras y se convirtió en tan distinta que pudo oír algunas frases diseminadas: ...deberá ser ejecutado... Andro decidirá..., tantas cosas han cambiado..., los Grandes...

Y lentamente, Deralan se dio cuenta que estaba escuchando los pensamientos de los que estaban a su alrededor. Escuchó durante un largo tiempo. Con la práctica se volvió cada vez más agudo, más confiado en su nuevo poder. Una vez, cuando le trajeron la comida en una vasija de barro, deseó hacer el movimiento de apertura de los dedos de su mano derecha, no abriéndolos, pero deseando el movimiento de abrirlos con toda su fuerza. El guardia miraba estúpidamente hacia la estrellada vasija y la desparramada comida. Masajeó sus dedos durante unos momentos.

Con este comienzo, Deralan comenzó a practicar con gran cuidado, asegurándose de que lo que estaba haciendo permanecería oculto. Descubrió que podía hacer caer a aquellos que caminaban cerca de su celda. A veces se preguntaba si no sería meramente locura, pero ahí estaba la evidencia de sus ojos y oídos.

Cuando estuvo seguro de sí mismo hizo que un guardia dejara la puerta de la celda abierta. Deralan salió. Fue la simplicidad misma el hacer que todos los guardias miraran hacia otro lado. Caminó por en medio de ellos como si fuera invisible. Subió

Librodot

los peldaños de las escaleras" hasta el nivel de la calle y salió por las puertas hacia las calles de la ciudad. Encontró un hombre de su misma constitución física y le obligó a que se desnudara y le diera sus ropas. El hombre obedeció con una expresión absolutamente en blanco, sin ningún signo de confusión o temor.

Repentinamente, Delaran comprendió cuan sin sentido era su tentativa de huir. El inexplicable regalo que se le había hecho en el momento de arrojar el cuchillo era demasiado poderoso como para ser usado en un asunto tan sin importancia como el huir. Se giró soberbiamente y caminó hacia el palacio principal.

Encontró a Andro y a la chica de cabellos rubios de la oscura planicie en los aposentos que alguna vez habían pertenecido a Shain. Envió a los guardias a grandes zancadas corredor abajo y penetró a través de la puerta en forma de arco.

Andro le miró fijamente, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Deralan! —se sorprendió.

—¿Dónde está Shain?

—Shain se ha matado por su propia mano. Larrent y Marsec están en el exilio.

—¿Eres Emperador?

—El último, Deralan. ¿Cómo has pasado a través de los guardias?

—¿Qué piensas hacer de mí?

—Recibirás justicia, mediante un juicio.

Se quedó quieto y escuchó los pensamientos de ellos, primero los que salían de Andro, luego los de la mujer. Andro sólo estaba confundido, no tenía temor. La mujer le intrigó. Parecía que venían dos voces de ella. Una de aquí y ahora. Otra anterior que hablaba de lejanos lugares y maravillosas cosas e ingenios inimaginables, de otros como ella que estaban cerca. Lo relacionó inmediatamente con los pensamientos de los guardias que habían hablado de los Grandes. Cambió sus planes inmediatamente. Había tenido la intención de matarlos a ambos, poniéndolos uno contra el otro para que se mataran. Pero estos dos no eran realmente la verdadera oposición.

—Llévame con tu gente —dijo en voz alta a la mujer.

Ella intentó coger un brillante objeto que pendía de su cinturón. El recordó a los tres que habían muerto tan rápida y extrañamente en Simparl. Hizo que arrojara el brillante objeto a una esquina. Los ojos de ella se abrieron temerosamente y luego asumieron la familiar expresión en blanco. Ella le siguió en cuanto él lo deseó así. Andro emitió un ronco grito de alarma y Deralan le forzó hacia una de las esquinas alejadas y le dejó allí de pie,

La mujer le guió a un lugar justo fuera de la ciudad en el que un anillo de dorados objetos piramidales rodeaban un edificio nuevo que estaba extrañamente construido, cubierto de sombreretes de chimenea entrelazados con pantallas de alambre.

La mujer le llevó dentro del edificio en el cual había grupos de gente trabajando. Le miraron extrañamente. Estos eran el enemigo.

En el centro del suelo había un cubo en el que estaban trabajando. Cables tan grandes como el muslo de un hombre salían retorcidos desde el cubo. Una brillante columna de metal se elevaba desde el cubo hacia el techo, que estaba alto sobre las cabezas.

Deralan miró el cubo y se sintió confuso. Tenía un sentimiento de falsedad. Lo miró fijamente y vio falsedad, y una oscura torpeza, y una infantil ineficacia. Se acercó a él y en su mente vio la imagen de cómo debía ser. Se olvidó de la gente. Sólo

el cubo de energía era importante. Apartó a aquellos que intentaban cerrarle el paso y llegó al cubo en el cual pequeños tubos brillaban y los relés crujían. Lentamente al principio, y luego con mayor destreza, empezó a sacar circuitos. Cuando trataron de apartarle, se giró con impaciencia y los empujó hacia atrás con un fácil y descuidado poder de la mente que les envió desparramándose. Pronto notó que le estaban ayudando, y oyó su propia voz dando instrucciones que sonaban sin sentido, aunque con un sonido de rectitud opuesto a la falsedad que estaba eliminando.

Después de cincuenta horas de trabajo sin descanso, el trabajo estaba terminado. El cubo azul no se parecía en nada a lo que los exiliados agentes hubieran visto nunca antes. Utilizaba sólo una parte fraccional de la energía que habían conectado para guiarlo al principio. Había dejado de ser un cubo para transformarse en una forma geométrica que les aturdía cuanto más la miraban. Tenía nueve caras, aunque sólo diez aristas. El efecto era levemente hipnótico, y el intento de acudir la evidencia visual para identificar las formas geométricas producía la sensación de estar en constante movimiento.

Deralan tuvo un colapso en el momento en que el trabajo estuvo terminado. Lo llevaron a una cama. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, parloteaba incesantemente y chupaba sus dedos.

Los cables llevaban hasta una de las naves de los agentes, que había sido traída lo más cerca posible de la entrada principal del edificio.

Calna les miró a todos enojadamente.

—¿Seremos niños supersticiosos? ¿Le tendremos miedo a esto? El fue usado antes por «ellos». Ahora ha sido vuelto a usar. Una vez que ha cumplido su propósito ha sido descartado.

—¿Qué es lo que haría? —preguntó Solin.

—Os diré lo que ha intentado hacer siguiendo un plan. Llevarnos de nuevo a nuestra era —dijo ella.

La indecisión desapareció gradualmente. Dos agentes subieron a la nave y la escotilla se cerró tras ellos. Los otros observaban, esperando la nebulosidad que indicaría que la nave se había deslizado correctamente. En cambio, la nave sólo se... fue. Los gruesos cables cayeron al suelo y al aire, hacia el lugar en el que la nave había estado, produciendo un sonido como de un gran latigazo.

Uno por uno fueron partiendo. Solin era el último. Estaba solo en la nave que había compartido con Arla. Quedaba una nave dorada dejada. Y Calna. Andro había venido. La observaba pensativamente.

—Puedes irte —dijo él.

—Me quedaré aquí, Andro. Ahora pertenezco a esto.

Volvió al palacio con él.

Pasaron largos días. A menudo ella iba hacia una alta ventana desde la cual podía ver el edificio en el cual el cubo palpitaba y se movía. Muchas veces caminaba hacia el lugar y observaba el cubo y tocaba muy suavemente con las yemas de los dedos los lados de la pequeña nave dorada.

Andro sentía el descontento de ella. Estaba muy ocupado con la estructuración del nuevo tipo de gobierno que estaba construyendo cuidadosamente. Había poco que pudieran compartir.

Librodot

Ella recordaba otros días y otros tiempos v comprendía día a día cuan salvaje y primitiva era esta era.

En un lugar que era el no-lugar y en un tiempo que era el no-tiempo, el registro de pensamiento se detuvo y esperó. Esperó, no en el sentido del transcurso del tiempo, sino en el sentido de una interrupción interminable. La impaciencia era algo desconocido para la inteligencia que dirigía el registro. Otras computaciones interminables continuaron. Pero la inteligencia directriz, la cual existía en el finito, aunque variable, espacio tiempo, sintió una sutil irritación.

Esta fase particular de este problema particular había sido completada. Las preguntas básicas habían sido contestadas. Una mano no vista había alcanzado el pasado remoto, había movido las probabilidades hasta el último grado de distorsión. En su sentido más simple, falsos mundos habían sido creados. Las derivaciones históricas habían sido sopesadas. Las causas-electos habían sido medidas en todas las direcciones temporales.

Y ahora, el último escalón en el problema se mantenía en suspenso, meramente a causa del impredecible capricho, de una mujer que, siendo una porción estructural de un experimento con la improbabilidad, era en sí misma improbable..,

El vino hacia ella cuando estaba al lado de la alta ventana, y le dijo:

—Debes regresar. Lo sé. Regresa, si ése es tu deseo. No te puedo mantener prisionera durante más tiempo.

—No soy una prisionera, Andro.

—Debes regresar.

—Regresaré si puedo. Pero tienes razón.

Fueron hacia la dorada nave en la cual los cables ya estaban unidos, esperando.

Se giró cuando entraba por la escotilla, y levantó su mano lentamente. Sus ojos estaban nublados. Sí, giró rápidamente hacía los controles. La escotilla se cerró.

Y así, con el chasquido de látigo de su partida, el universo mismo, el tiempo de Andro y el lugar y las ciudades y los soles y los planetas y las guerras y la historia... desaparecieron como si un rápido dedo hubiese tocado el interruptor de la luz, dejando la habitación a oscuras. La trama de probabilidad había sido estirada, retorcida. Y ahora la presión se había aflojado. El registro había sido mantenido. El experimento había acabado.

La probabilidad es como un plástico formado de una «memoria» molecular. Puede ser distorsionado, pero, una vez liberado, retrocederá.

El retroceso será una función del tiempo más que del espacio. Mundos tangenciales pueden ser creados artificialmente. Mientras que la presión artificial sea mantenida, parecerá que «existen». Pero una vez liberada esa presión...

La nave de los agentes se había enterrado en la costra de Zeran en la Era 4, impotente para salvar la única nave restante, la nave capitana de la flota de Andro. La maltratada nave capitana osciló cada vez más bajo, fuera de control. Solin, en los controles, tomó la maltrecha astronave en sus pantallas y osciló hacia arriba a través de la costra planetaria para poder estar cerca en el caso de que se pudiera hacer algo. Detuvo su propia nave a seis metros por debajo del nivel del suelo, al mismo tiempo que la maltrecha astronave aterrizaba con un tremendo estallido discorde.

Calna se movió y observó la pantalla sobre el hombro de Solin. Un poderoso hombre se tambaleaba a través del inmenso boquete que había en la piel de la nave,

Librodot

portando a una inconsciente chica de cabellos negros. Vieron que echaba una mirada a los oscuros cielos, con la cara contorsionada por la furia y el enojo. Buscó afanosamente el pulso de la chica en su garganta, luego se mantuvo en silencio, los hombros caídos, en estoica pena. Otra vez buscó en la oscuridad sobre su cabeza, y corrió hacia la ciudad. Sus heridas lo habían debilitado. Se tambaleaba mientras corría, pero arrancó un arma de su pistolera.

—¿Podemos salvarle una vez más? —preguntó Calna, calmadamente.

—Esta vez, no. Ellos le han visto correr hacia la ciudad.

—Por lo menos podemos seguirle. Informar del final.

Tomaron la pantalla portátil del bastidor, dejaron la nave allí, se deslizaron a través de las profundidades de la ciudad, siguiendo a Andro en su enloquecida carrera. Vieron que se refugiaba en una callejuela cerrada, sombreada por el eterno crepúsculo azul. Vieron que apoyaba sus espaldas sobre la pared, esperando que le encontraran.

Calna y Solía esperaron directamente debajo de éL

Pronto fue encontrado el moribundo. Usó bien el arma. Su último disparo fue hecho desde el mismo límite de la muerte, los dedos apretados en la última convulsión. Deralan se acercó e inspeccionó el cuerpo cuidadosamente. Le hizo señas a los demás de que se lo llevaran.

Solin comenzó a regresar a través del túnel recién abierto, pero Calna no le siguió. El se giró y la miró fijamente.

—¿Qué sucede?

—No... no lo sé. Un sentimiento muy extraño. Como si de alguna manera hubiésemos cometido un error que no podíamos predecir. Deberíamos haber llegado hasta él y salvarle.

—¿Y convertir una rebelión decente en una resurrección seudorreligiosa? —dijo él.

—Sé todo eso. Era sólo un extraño sentimiento. Pero fuerte, Solin. Muy fuerte.

Sarrz, director delegado del Consejo de Socionética, se dio la vuelta en la silla de tal forma que no tuviera que mirar a la agente que había pedido hablar con él después de que ella y Solin habían hecho un bastante desalentador, pero inevitable, informe acerca de la muerte de un tal Andro, rebelde en la Era 4.

—Ha dicho que estaba preocupada.

Ella eligió sus palabras cuidadosamente.

—Deseo pedir el EC, director delegado. Tengo extraños sueños. Posiblemente el cansancio de los últimos meses en la Era 4.

—¿Le molestaría describirme alguno de ellos? Ella se encogió de hombros.

—Son un poco ridículos. Parece como si en alguna otra existencia hubiésemos salvado a Andro en lugar de permitir que le mataran. Sé lo desgraciado y erróneo que hubiese sido el salvarle. También me encuentro pensando en que hemos perdido algunas de las eras, permitiendo una divergencia de probabilidad demasiado grande a partir de nuestras eras básicas. Y durante el último sueño creí que temamos una fuente de energía que nos permitiría el deslizamiento a cualquier era, sin importar cuan divergente fuera.

—Esos son ejemplos concretos. Pero ¿cuál es su actitud con respecto a ellos?

—Asombro, diría. Presentimiento. Y un sentimiento de haber llevado otras existencias.

Librodot

Sarrz dijo:

—Todos tenemos sueños. Soñé que moría en este escritorio. Soñé que perdíamos todos los mundos.

—¿Y ha sentido miedo?

—Tensión. Duda. Creo que son el resultado de nuestra herencia primitiva. Está en nuestra sangre y en nuestros huesos el pensar en sólo un espacio y un tiempo. Ahora sabemos que hay veintiséis espacio-tiempos disponibles contiguos al nuestro, a los cuales podemos llegar, y un infinito número de otros a los que aún no podemos llegar. Yo no me preocuparía demasiado, agente Calna. Vivimos días singulares, de nuevas evaluaciones filosóficas, de puertas invisibles que se han abierto para que podamos penetrarlas. Los primeros perros salvajes que se unieron al hombre primitivo en sus cuevas deben de haber tenido inquietos sueños al lado de los fuegos nocturnos. Y quizá, agente Calna, nosotros no estemos en un estado más elevado en nuestra posible escala evolutiva que esos perros en relación con los hombres a los cuales ellos se unieron. Aun ahora, en este momento, alguna inconcebible inteligencia de nuestro remoto futuro puede estar entrometiéndose con nuestros actos y con la consecuencia de ellos. Esta interferencia puede dejar vagas huellas en su mente o en la mía. Posiblemente cada vez que entramos a una habitación desconocida y sentimos que hemos estado allí antes, es porque realmente hemos estado en esa habitación, en alguna parte fragmentaria de un vasto experimento que más tarde fue abandonado. Nuestras acciones presentes, esta misma conversación, esta habitación... puede ser todo parte de un ambiente artificialmente inducido meramente para probar su reacción y la mía. De hecho, usted puede incluso no existir en el sentido ordinario de la palabra, sino sólo como una entidad construida y arrojada en mi ecuación personal como alguna parte de un examen en busca de una solución.

La chica sonrió desconcertada.

—Esto comienza a parecerse a una de esas conversaciones planeadas para desestimar la existencia de todo, excepto la mente del portador.

—Probaré su EC, si insiste.

—Pienso que debo insistir.

—Puede presentarse en EC al momento, si así lo desea. Reasignaré a Solin y le daré a usted un nuevo compañero cuando regrese.

La chica se fue. Sarrz se mantuvo en una expresiva quietud durante largo tiempo. La petición de la chica había cristalizado algunas de sus propias y abrumadoras dudas, como por ejemplo, la rectitud del programa entero en el cual ellos se habían embarcado.

Se sentó y sintió un ácido anhelo de los días pasados, de los días en que el hombre sólo se preocupaba de un solo ambiente... de regreso en la funcional simplicidad de la tercera era atómica.

Escondite

A. E. Van Vogt

Estaba deseando volarse a sí mismo y su extraña estación meteorológica —que observaba el movimiento de tormentas milenarias en el espacio interestelar— en átomos que ocultaran el secreto de su gente. Ellos estaban seguros, escondidos en el almiar de cien trillones de estrellas.., ¡a menos de que él diera una pista!

La nave de la Tierra llegó tan velozmente a los alrededores del solitario sol Gisser que el sistema de alarma de la estación de control de meteoritos no tuvo tiempo de reaccionar. La gran máquina era ya visible cuando el observador se percató de su presencia.

Las alarmas también debían de haber sonado en la nave, ya que detuvo el ritmo de su marcha notablemente, y aun frenando, desapareció. Ahora estaba regresando, arrastrándose, tratando obviamente de localizar al pequeño objeto que había afectado sus pantallas de energía.

Relucía, inmenso en el brillo del distante sol blanco-amarillento, más grande, aun a esta distancia, que cualquier otra cosa vista en los Cincuenta Soles, una nave infernal de un espacio remoto, un monstruo de un mundo semimítico, instantáneamente reconocible a través de las descripciones de los libros de historia como una nave de batalla de la Tierra Imperial. Crueles habían sido las advertencias en los relatos de lo que pudiera suceder algún día... y aquí estaba.

Conocía su tarea. Había una advertencia, la temerosa y antigua advertencia que enviar a los Cincuenta Soles mediante la radio subespacial no-direccional; y tenía que estar seguro de no dejar ningún indicio de la estación.

No hubo ningún fuego. Cuando los sobrecargados motores atómicos se disolvieron, el sólido edificio que había sido una subestación meteorológica simplemente se deshizo en sus elementos componentes.

El observador no hizo ninguna tentativa de huir. Su cerebro, con sus conocimientos, no debía ser descubierto. Sintió un breve y ciego espasmo de dolor cuando la energía lo redujo a átomos.

Ella no se molestó en acompañarlos en la expedición que aterrizó en el meteorito. Pero les observó con ojos atentos a través de la astroplaca.

Desde el mismo momento en que los rayos espía habían mostrado una figura humana en una estación meteorológica —una estación meteorológica allí fuera—, ella había comprendido la enorme importancia que tenía él descubrimiento. Su mente saltó instantáneamente sobre las diversas posibilidades.

Estaciones meteorológicas significaban viajes interestelares. Seres humanos significaban origen terrestre. Se imaginó cómo podía haber sucedido: una expedición hace mucho tiempo; debía de haber sido hace mucho tiempo porque ahora tenían viajes interestelares y eso significaba grandes poblaciones en muchos planetas.

Su Majestad, pensó, se sentiría complacida. También lo estaba ella. En un brote de generosidad llamó al cuarto de energía.

—Su pronta acción, capitán Glone —dijo cálidamente—, de incluir todo el meteorito en una esfera de energía protectora, es loable, y será debidamente recompensada.

El hombre cuya imagen mostraba la astroplaca

hizo una reverencia.

—Gracias, noble dama. —Añadió—: Creo que salvamos los componentes electrónicos y atómicos de la estación entera. Desafortunadamente, a causa de la interferencia de la energía atómica de la estación misma, entiendo que el departamento de fotografía no ha tenido éxito en obtener imágenes claras. La mujer sonrió severamente, y dijo: —El hombre será suficiente, y ésa es una matriz para la que no necesitamos imágenes.

Interrumpió la conexión, aún sonriendo, y volvió su mirada a la escena del meteorito. Mientras observaba los absorbedores de materia en su brillante avidez, pensó:

Había habido varias tormentas en el mapa de esa estación meteorológica. Ella los había visto con el rayo espía; y una de las tormentas había sido muy grande. Su gran nave no podía arriesgarse a ir demasiado rápido, mientras la situación de esa tormenta no estuviese clara.

Parecía bastante atractivo el hombre joven que había visto en la rápida ojeada del rayo espía, de fuerte voluntad, valiente. Podría ser interesante.

Primero, por supuesto, tendría que ser condicionado, habría que sacarle toda la información relevante. Incluso ahora un error podría hacer necesario comenzar una larga y laboriosa búsqueda. Podrían desperdiciarse siglos en estas cortas distancias de unos pocos años-luz, en donde una nave no podía aumentar la aceleración, y donde tampoco podía mantener la velocidad, una vez lograda, sin una información meteorológica exacta.

Vio que los hombres estaban abandonando el meteorito. Decididamente, cerró el comunicador interior de la nave, hizo un ajuste y se dirigió a través de un transmisor hacia el cuarto de recepción.

El oficial que estaba a cargo se acercó y la saludó. Tenía el ceño fruncido:

—Acabo de recibir las pruebas del departamento fotográfico. La mancha de niebla energética sobre el mapa es particularmente descorazonadora. Diría que debemos, en primer lugar, intentar reconstruir el edificio y su contenido, dejando al hombre para el final.

Pareció sentir la desaprobación de ella, y continuó con rapidez:

—Después de todo, él responde a la matriz de un hombre común. Su reconstrucción, aunque básicamente un poco más difícil, cae en la misma categoría que vuestra venida a este cuarto a través del transmisor. En ambos casos, hay disolución de elementos, que deben de ser devueltos a la estructura

original.

—Pero, ¿por qué dejarlo para el final?

—Hay razones técnicas que tienen que ver con la mayor complejidad de los objetos inanimados. La materia orgánica, como usted sabe, es poco más que un compuesto hidrocarbónico, fácilmente reconstruible.

—Muy bien. —No estaba tan segura de que un hombre y su cerebro, con el conocimiento con el que había realizado el mapa, era menos importante que el mapa en sí mismo. Pero si ambos podían ser obtenidos... Asintió con decisión—: Proceda.

Vio cómo el edificio tomaba forma dentro de la gran sala de recepción. Se deslizó fuera finalmente en alas de la falta de gravedad, y fue depositado en el centro del inmenso piso de metal.

El técnico bajó de su cámara de control moviendo su cabeza. Guió a la mujer y a media docena de metros de otros que habían llegado, a través de la reconstruida estación meteorológica, apuntando, los defectos.

—Sólo se ven en el mapa veintisiete puntos solares —dijo—. Eso es ridículamente bajo, aun asumiendo que esta gente esté organizada en una pequeña área del espacio. Y, además, tome nota de que se ven muchas tormentas, algunas de ellas más allá del área de los soles indicados y...

Se detuvo, su mirada fija en tina sombra en el suelo que había detrás de una máquina a unos veinte pasos de distancia.

Los ojos de la mujer siguieron su mirada. Un hombre yacía allí, moviéndose débilmente.

—Pensé —dijo, frunciendo el ceño— que el hombre iba a ser dejado para el final.

El científico intentó disculparse.

—Mi asistente debe de haber entendido mal. Ellos...

La mujer le cortó:

—No se preocupe. Haga que le envíen al momento a la Casa de Psicología, y dígale al teniente Neslor que estaré allí en seguida.

—Al momento, noble dama.

—¡Espere! Preséntele mis saludos al meteorólogo mayor y pídale que baje a examinar el mapa y que me mantenga informada de lo que vaya encontrando.

Se giró rápidamente en medio del grupo que la rodeaba, riendo entre sus finos y blancos dientes.

—Por el espacio, aquí hay acción, después de diez insípidos años de supervisión.

La excitación ardía dentro de ella como una fuerza viva.

Lo extraño para el observador fue que supo, antes de despertarse, por qué aún estaba vivo. No mucho antes.

Sintió la cercanía de la consciencia. Instintivamente comenzó a hacer sus normales ejercicios Dellian de músculos, nervios y mente, indicados para antes del despertar. A mitad del curioso sistema rítmico, su cerebro se detuvo con una terrorífica conjetura.

¿Regresando a la consciencia? ¡El!

Fue en ese punto, cuando su cerebro amenazaba con hacer estallar su cabeza con la sorpresa, cuando el conocimiento de cómo había sido hecho le llegó.

Se quedó quieto y pensativo. Miró fijamente a la joven mujer que estaba reclinada en una *chaise longue* cerca de su cama. Ella tenía un rostro fino y ovalado y una apariencia muy distinguida, a pesar de su juventud. Le estaba estudiando con sus rutilantes ojos grises.

El pensó finalmente:

«He sido condicionado para un fácil despertar. ¿Qué me han hecho ellos? »El pensamiento crecía hasta que parecía que su cerebro se hinchaba.

¿QUE MAS? Vio que la mujer le sonreía, con una lánguida y distraída sonrisa. Era como un tónico. Se calmó aún más cuando la mujer dijo con una voz argentina;

—No se alarme. Eso es. ¿Cuál es su nombré? El observador separó los labios, luego los volvió a cerrar nuevamente, y movió la cabeza con una mueca. Había tenido el impulso de explicarle que aun respondiendo a una sola pregunta rompería la servidumbre de la inercia mental Dellian, que redundaría en la alteración de valiosa información.

Pero la explicación podía haber constituido una distinta clase de derrota. La suprimió, y otra vez movió la cabeza.

Vio que la joven mujer fruncía el ceño, diciendo:

—¿No responderá a una pregunta tan sencilla? Seguramente que sí, su nombre no hará ningún daño.

Su nombre, pensó el observador; luego vendría el planeta del cual procedía, qué relación tenía el planeta con el sol Gisser, qué había acerca de las tormentas interpuestas. Y así continuarían descendiendo en la línea. Nunca llegarían al final.

Cada día que pudiera mantener a estas personas alejadas de la información que buscaban, le daría la oportunidad a los Cincuenta Soles de organizarse mejor contra la máquina más grande que se había visto en esta parte del espacio.

Su pensamiento rastreó. La mujer se estaba sentando, mirándole con ojos que se habían vuelto acerados. La voz de ella tenía una resonancia metálica cuando dijo:

—Sepa, quienquiera que sea, que está a bordo de la Imperial Nave de Batalla Star Cluster, con la Gran Capitana Laurr a su mando. Sepa, también, que es nuestro inalterable deseo que usted nos prepare una órbita que lleve a nuestra nave a salvo hacia su planeta principal.

Continuó vibrantemente:

—Es mi firme creencia que usted sabe ya que la Tierra no reconoce gobiernos separados. El espacio es indivisible. El universo no debe ser un área de incontables pueblos soberanos discutiendo y peleando por el poder. Esa es la ley. Todos los que se opongan a esto están fuera de la ley, y están sujetos a cualquier castigo que pueda ser decidido acerca de su caso en especial. Está advertido.

Sin esperar una contestación, giró su cabeza.

—Teniente Neslor —dijo a la pared que estaba de cara al observador—, ¿ha hecho algún progreso? Una voz de mujer le respondió;

—Sí, noble dama. He establecido un total basado en los estudios Muir-Grayson acerca de las gentes de colonias que han estado aisladas de la corriente principal de la vida galáctica. No hay ningún precedente histórico para un tan largo aislamiento como el que parece haberse dado aquí, por lo que he llegado a la conclusión de que ellos ya han pasado del período estático y han hecho algunos progresos por su cuenta. De todas formas, pienso que debemos empezar muy sencillamente. Unas pocas preguntas abrirán su cerebro para mayores presiones, y podremos sacar valiosas conclusiones mientras tanto de la forma en que él ajusta su resistencia a la máquina cerebral. ¿Debo proceder? La mujer en la chaise longue asintió. Hubo una llamarada de luz proveniente de la pared que estaba enfrente del observador. El trató de evadirse, y descubrió por vez primera que algo le tenía cogido a la cama, ni cuerdas, ni cadenas, nada visible. Pero algo tan palpable como acero gomoso.

Librodot

Antes de que pudiera seguir pensando, la luz estaba en sus ojos, en su mente, una deslumbrante furia. Voces que parecían empujar a través de él, voces que danzaban y cantaban, y hablaban dentro de su cerebro, voces que decían:

«Una pregunta tan sencilla como ésa..., por supuesto que la responderé .., por supuesto, por supuesto, por supuesto... Mi nombre es Gisser, observador. Nací en el planeta Kaider III, de padres Dellian. Hay setenta planetas habitados, cincuenta soles, treinta mil millones de personas, cuatrocientas tormentas importantes, la mayor en la latitud 473. El Gobierno Central está en el planeta Cassidor VIL». Con un desconcertado horror por lo que estaba diciendo, el observador sujetó su rugiente mente en un nudo Dellian, y detuvo ese devastador brote de revelaciones. Supo que nunca volvería a ser cogido de esta manera; pero era demasiado tarde, pensó, demasiado tarde.

La mujer no estaba tan segura. Salió fuera del dormitorio y se encaminó hacia el lugar en el cual la teniente Neslor, de mediana edad, estaba clasificando sus resultados en carretes de grabación.

La psicóloga levantó la mirada de su trabajo, y dijo, con voz asombrada:

—Noble dama, su resistencia durante el momento de interrupción registró un equivalente de 800 IQ. Ahora bien, eso es absolutamente imposible, sobre todo teniendo en cuenta que comenzó a hablar a un punto de presión equivalente a 167 IQ, lo que está de acuerdo con su apariencia general, y que, como usted sabe, es el promedio. Debe de haber un sistema de entrenamiento de la mente detrás de su resistencia. Y creo haber encontrado una pista en su referencia a su descendencia Dellian. Su gráfico demuestra un aumento de intensidad cuando usa la palabra. Esto es muy serio, y puede causar una gran demora..., a menos que estemos preparados para romper su mente.

La gran capitana movió la cabeza. Dijo solamente :

—Infórmeme de lo que vaya descubriendo.

En el camino hacia el transmisor, se detuvo para comprobar la posición de la nave de batalla. Una sombría sonrisa se dibujó en sus labios, cuando vio en el reflector la sombra de una nave que circundaba la más brillante sombra de un sol.

Marcación de tiempo, pensó, y sintió un estremecimiento de premonición. ¿Sería posible de que un solo hombre detuviera a una nave capaz de conquistar una galaxia entera? El meteorólogo mayor de la nave, teniente Cannons, se levantó de la silla cuando vio que ella se le acercaba a través del vasto suelo del cuarto de recepción de transmisión, en el cual aún se encontraba la estación meteorológica de los Cincuenta Soles. Tenía el cabello grisáceo, y era muy viejo, recordó, muy viejo. Caminando hacia él, pensó:

Hay un lento pulso de vida en estos hombres que observan las grandes tormentas del espacio. Deben de tener un sentido de futilidad acerca de todo, una falta de sentido del tiempo. Tormentas que tardan un siglo o más en llegar a toda su madurez... Tales tormentas y los hombres que las catalogan deben de adquirir un tipo de afinidad de espíritu.

La lenta dignidad estaba en su voz también, cuando hizo una reverencia llena de gracia, y dijo:

—Gran Capitana, Excelentísima Gloria Cecily, Dama Laurr de los Nobles Laurr, me siento honrado por vuestra presencia.

Ella agradeció el saludo, y luego pasó el carrete para él. El escuchó, frunciendo el ceño, y dijo finalmente :

—La latitud que dio para la tormenta es un número sin sentido para nosotros. Esta gente increíble ha construido un sistema de referencia, en la Nube Magallánica Menor, en el

Librodot

cual el centro es arbitrario y no tiene una conexión reconocible con el centro magnético de la Nube. Probablemente, tomaron algún sol como centro, y construyeron toda la geografía espacial alrededor de él.

El anciano se giró repentinamente, alejándose de ella, y guió el camino hacia la estación meteorológica, hacia el borde del foso en el que descansaba el reconstruido mapa meteorológico.

—El mapa es absolutamente inútil para nosotros —dijo él, sucintamente.

—¿Qué? Ella vio que él la estaba mirando fijamente, sus ojos de azul china pensativos.

—Decidme, ¿cuál es vuestra idea acerca de este mapa? La mujer estaba en silencio; no deseaba cometer errores ante una pregunta tan precisa. Entonces frunció el ceño y dijo:

—Mi impresión se parece mucho a la que usted ha descrito. Ellos tienen un sistema propio aquí, y lo que tenemos que hacer es encontrar la clave.

Y terminó, más confidencialmente:

—Nuestros problemas principales, me parece, son los de determinar en qué dirección debemos ir a partir de este meteorito que hemos descubierto que es una estación meteorológica. Si escogemos la dirección incorrecta, habrá una fastidiosa demora, contando, además, que nuestro obstáculo principal será el que no podremos ir demasiado rápido a causa de posibles tormentas.

Cuando terminó lo miró interrogativamente. Y vio que él estaba moviendo su cabeza, gravemente.

—Me temo —dijo él— que no es tan simple como eso. Esos brillantes puntos que son la réplica de los soles parecen de la medida de guisantes debido a la distorsión de la luz; pero cuando son examinados a través de un metroscopio muestran sólo unas pocas moléculas de diámetro. Si ésa es la proporción de acuerdo a los soles que representan...

Ella había aprendido en auténticas crisis a esconder sus sentimientos a sus subordinados. Se mantuvo ahora, interiormente aturdida, exteriormente fría, pensativa, calma. Dijo finalmente:

—¿Usted quiere decir que cada uno de esos soles, los soles de ellos, están enterrados entre miles de otros soles?

—Peor que eso. Diría que sólo han habitado un sistema en diez mil. No debemos olvidar que la Nube Magallánica Menor es un universo de cincuenta millones de estrellas. Eso significa un montón de brillo solar.

El anciano concluyó, quedamente:

—Si lo desea, prepararé órbitas que tengan velocidades máximas de diez días luz por minuto hacia las estrellas más cercanas. Podemos probar suerte.

La mujer movió la cabeza enérgicamente.

—Uno en diez mil. No sea tonto. Conozco las leyes de la probabilidad. Tendríamos que visitar un mínimo de dos mil quinientos soles si tenemos suerte; de treinta y cinco mil a cincuenta mil si no tenemos suerte. No, no. —Una severa sonrisa comprimió sus finos labios—. No vamos a desperdiciar quinientos años buscando una aguja en un pajar. Confiaré en la psicología antes de intentar otra cosa. Tenemos al hombre que entiende el mapa, y aunque nos lleve tiempo, al final hablará.

Ella comenzó a alejarse; de pronto, se detuvo.

—¿Qué hay acerca del edificio en sí mismo? ¿Ha sacado algunas conclusiones de su diseño? —preguntó.

El asintió:

—Es el tipo usado en la galaxia hace aproximadamente unos quince mil años.

—¿Alguna mejora, cambios?

—Ninguno que yo vea. Un observador, que hace todo el trabajo. Simple, primitivo.

Ella se mantuvo pensativa, moviendo la cabeza como si estuviera intentando alejar de sí una neblina.

—Parece extraño. Seguramente, después de quince mil años podrían haber agregado algo. Las colonias son usualmente estáticas, pero no tanto.

Ella estaba examinando informes de rutina tres horas más tarde cuando su astroplaza sonó dos veces, suavemente. Dos mensajes.

El primero era de la Casa de Psicología, una simple pregunta:

—¿Tenemos permiso para romper la mente del prisionero?

—¡No! —dijo la Gran Capitana Laurr.

El segundo mensaje hizo que echara una mirada al tablero de órbita. El tablero estaba cubierto de símbolos de órbitas. Ese tonto anciano, desobedeciendo su orden de NO preparar órbitas.

Sonriendo torcidamente, caminó y estudió los brillantes diagramas; finalmente, envió una orden a los Motores Centrales. Observó, mientras su gran nave se hundía en la noche.

Después de todo, pensó, era algo así como jugar dos juegos al mismo tiempo. El contrapunto era más viejo en las relaciones humanas que en música.

El primer día miró hacia el planeta exterior de un sol blanco-azulado. Flotaba en la oscuridad debajo de la nave, una masa de rocas y metal, sin aire, monótono y terrible como cualquier meteorito, un mundo de primitivos cañones y montañas intocados por el soplo fermentador de vida.

Los rayos-espía mostraban sólo roca, roca sin fin, ningún signo de movimiento o de un movimiento pasado.

Había otros tres planetas, uno de ellos un caliente y verde mundo en el cual los vientos se lamentaban a través de bosques vírgenes y los animales pastaban en las praderas.

No se veía ni una sola casa, ninguna erecta figura de hombre.

Severamente, la mujer dijo a través del comunicador interior de la nave:

—Exactamente, ¿en qué profundidad pueden penetrar los rayos-espía en la tierra?

—Treinta metros.

—¿Hay algún metal que pueda simular treinta metros de tierra?

—Muchos, noble dama.

Cortó la comunicación con expresión insatisfecha. Ese día no hubo ninguna llamada de la Casa de Psicología.

El segundo día, un gigantesco sol rojo apareció al alcance de su impaciente vista. Noventa y cuatro planetas giraban en sus grandes órbitas alrededor de su inmenso padre.

Librodot

Dos de ellos eran habitables, pero otra vez había la profusión de soledad y de animales usualmente encontrados en los planetas no tocados por la mano y el metal de la civilización.

El oficial jefe de zoología informó del hecho con su precisa voz:

—El porcentaje de animales es paralelo al implicado en mundos no habitados por seres inteligentes.

La mujer dijo, bruscamente:

—¿Se le ha ocurrido que puede haber habido una política de mantener la vida animal abundante y leyes de protección de la tierra, aunque sólo sea por placer? Ella no esperó, ni tampoco recibió, una respuesta. Y una vez más, no se oyó una palabra de la teniente Neslor, la psicóloga jefe.

El tercer sol estaba más lejos. Elevó la velocidad a veinte días luz por minuto, y recibió un golpe de advertencia cuando la nave se internó en una pequeña tormenta. Debió de ser pequeña porque el temblor del metal acababa de comenzar cuando terminó.

—Se ha estado hablando —dijo ella más tarde a los treinta capitanes reunidos en la sala de asambleas de los capitanes— de que regresemos a la galaxia y pidamos una expedición que se ocupe de encontrar a estos escondidos bribones. Uno de los más quejumbrosos informes que han llegado a mis oídos es el de que, después de todo, estábamos en el camino a casa cuando hemos hecho el descubrimiento, y que nuestros diez años en la Nube nos han ganado un descanso.

Sus ojos grises relampaguearon; su voz se enfrió.

—Vosotros podéis estar seguros que quienes hacen gala de este derrotismo no son los mismos que tendrán que hacer el informe personal de fracaso al gobierno de su majestad. Por lo tanto, dejadme que asegure a los pusilánimes y a los nostálgicos que nos quedaremos otros diez años, si es necesario. Decid a los oficiales y a la tripulación que deben actuar en consecuencia. Eso es todo.

De regreso en el puente principal, tomó nota de que aún no había ninguna llamada de la Casa de Psicología. Había ira e impaciencia en ella mientras marcaba el número. Pero se controló inmediatamente cuando la distinguida cara de la teniente Neslor apareció en la pantalla. Dijo entonces:

—¿Qué te sucede, teniente Neslor? Espero ansiosamente más información acerca del prisionero.

La psicóloga movió la cabeza.

—Nada que informar.

—¡Nada! —El asombro daba un tono áspero a su voz.

—He pedido dos veces —fue la respuesta— autorización para romper su mente. Usted debería saber que no sugeriría una medida tan drástica sin motivos justificados.

—¡Oh! —Ella lo sabía, pero la desaprobación de los superiores, la necesidad de dar cuentas de cualquier acción inmoral contra los individuos, había hecho de su negativa una acción automática.

Antes de que pudiera hablar, la psicóloga continuó:

—He hecho algunas tentativas de condicionarlo en el sueño insistiendo sobre el hecho de lo inútil de resistir a la Tierra cuando el descubrimiento es inminente. Pero lo

único que he logrado con ello es convencerle aún más de que sus primeras revelaciones no tienen ningún significado para nosotros.

La capitana reaccionó lentamente.

—¿Realmente quiere decir, teniente Neslor, que no tiene otro plan que la violencia? ¿Nada? En la astroplaca, la imagen de la cabeza hizo un movimiento negativo. La psicóloga dijo simplemente:

—Una resistencia 800IQ en un cerebro 167 IQ es algo completamente nuevo en mi experiencia.

La mujer sintió un gran desconcierto.

—No puedo entenderlo —se quejó—. Tengo la sensación de que hemos olvidado una pista vital. Algo como que irrumpimos en una estación meteorológica en un sistema de cincuenta millones de soles, una estación en la cual hay un ser humano, que contrariando todas las leyes de autoconservación, inmediatamente se suicida para prevenir el posible hecho de caer en nuestras manos. La estación meteorológica en sí misma es un viejo modelo galáctico, que no muestra ninguna mejora después de quince mil años; y dada la vastedad del lapso de tiempo, el calibre de los cerebros implicados sugiere que deberían haber efectuado todos los cambios oportunos. Y el nombre del hombre, Observador, es tan típico del antiguo método de la Tierra de llamar a la gente, anterior a la era espacial, de acuerdo a la tarea que desempeñan. Es posible que incluso el sol en donde él estaba observando, sea un servicio heredado de su familia. Hay algo... depresivo... aquí en alguna parte que...

Ella le cortó, frunciendo el ceño:

—¿Cuál es su plan?

—Después de un minuto movió la cabeza—. Ya veo... muy bien, traedlo a uno de los dormitorios del puente principal. Y olvide esa parte del plan que sugiere la idea de maquillar a una de nuestras chicas para que se parezca a mí. Haré todo lo que sea necesario. Mañana. Correcto.

Se sentó fríamente observando la imagen del prisionero en la astroplaca. El hombre, el observador, yacía en la cama, una figura casi inmóvil, los ojos cerrados, pero con la cara curiosamente tensa. Parecía, pensó ella, como si estuviera descubriendo que por primera vez en esos cuatro días, las invisibles líneas de fuerzas que le habían mantenido atado hubiesen sido eliminadas.

Al lado de ella, la psicóloga siseó:

—El aún recela, y lo seguirá haciendo hasta que usted relaje su mente parcialmente, sus reacciones generales se volverán más y más concentradas. Cada minuto que pase incrementará su convicción de que tendrá sólo una oportunidad de destruir la nave, y que deberá ser decisivamente despiadado e indiferente frente al peligro.

—Le he estado condicionando durante las pasadas diez horas para que nos resista de una forma muy sutil. Lo verá en un momento... ¡Ah!...

El observador se estaba sentando en la cama. Asomó una pierna por debajo de las sábanas, luego se deslizó hacia adelante y se levantó. Era un movimiento curiosamente poderoso.

Se quedó quieto por un momento, una alta figura en pijama gris. Había estado planeando cuidadosamente sus primeras acciones porque, después de una rápida mirada hacia la puerta, caminó hacia uno de los armarios empotrados en una pared, tiró de ellos

Librodot

probándolos, y luego los sacudió abriéndolos sin esfuerzo, rompiendo los cerrojos uno por uno.

El suspiro de ella fue sólo un eco del suspiro de la teniente Neslor.

—¡Espacio! —dijo la psicóloga finalmente—. No me pregunte cómo es que está rompiendo esos cerrojos de metal. La fuerza debe de ser un producto accesorio de su entrenamiento Dellian. Noble dama...

Su tono era ansioso, y la gran capitana la miró.

—¿Sí?

—¿Piensa, bajo estas circunstancias, que aún deba usted jugar un rol tan personal en su sometimiento? Su fuerza es obviamente tal, que puede destrozar el cuerpo de cualquiera de a bordo...

Fue cortada por un gesto imperioso.

—No puedo —dijo la Excelentísima Gloria Cecily— arriesgarme a que un tonto cometa un error. Tomaré una píldora contra el dolor. Dígame cuándo es el momento de entrar.

El observador se sentía frío y tenso cuando entró en el cuarto de instrumentos del puente principal. Había encontrado sus ropas en alguno de los armarios cerrados. No sabía que estaban allí, pero los armarios habían despertado su curiosidad. Había hecho los movimientos preliminares Dellian de extraenergía; y las cerraduras saltaron bajo su superfuerza.

Se detuvo en el umbral, su mirada fue de un lado a otro de la gran habitación de techo abovedado. Y después de un momento, su terrible miedo de que él y su linaje estaban perdidos, sufrió otra transfusión de esperanza. Estaba libre.

Esta gente no debía tener ni la más ligera sospecha de la verdad. El gran genio, Joseph H. Dell, debía de ser un hombre olvidado en la Tierra. Su liberación debía encerrar algún plan, por supuesto, pero...

«Muerte —pensó ferozmente—. Muerte a todos ellos, como una vez la infligieron ellos, y como lo harían otra vez.»Estaba examinando la serie de tableros de control y por el rabillo del ojo vio a la mujer entrar proveniente de una de las paredes cercanas.

Miró hacia arriba; pensó con un goce salvaje: ¡la líder! Tendrían armas que la estarían protegiendo, naturalmente, pero no podrían saber que él había estado pensando frenéticamente cómo podía forzarlos a que usaran las armas contra él.

Seguramente, ellos no podían estar preparados para unir sus elementos componentes otra vez. El mismo acto de liberarlo mostraba intenciones psicológicas.

Antes de que él pudiera hablar, la mujer dijo, sonriente:

—Yo realmente no debería dejar que tocara esos controles. Pero hemos decidido emplear una nueva táctica con usted. Libertad dentro de la nave, uña oportunidad de hablar con la tripulación. Queremos convencerle... convencerle...

Algo de la desolación y de la implacabilidad de él debía de haberla tocado. Se tambaleó, se agitó y apartó su invisible molestia; luego sonrió más firmemente, y continuó en un tono más persuasivo:

—Queremos que se dé cuenta de que no somos ogros. Queremos que cese su alarma de que deseamos dañar a su gente. Debe saber, ahora que le hemos encontrado, que el descubrimiento es una cuestión de tiempo. La Tierra no es cruel, o dominante, por lo menos lo

ha dejado de ser. Se exige un mínimo de alianza, y eso sólo por la idea de una unidad común, la indivisibilidad del espacio. También se pide que las leyes criminales sean uniformes, y que un elevado mínimo de salario para los trabajadores sea mantenido. En contrapartida, las guerras de todas clases están absolutamente prohibidas. Exceptuando esto, cada planeta o grupo de planetas puede tener la forma de gobierno que más les plazca, comerciar con quienes quieran, vivir su propia vida. Seguramente, no hay nada tan terrible en esto como rara justificar la curiosa tentativa de suicidio que M cometido cuando descubrimos la estación meteorológica.

Podía, pensó, mientras la estaba oyendo, romper su cabeza primero. El mejor método sería el de cogerla por los pies y estrellarla contra la pared metálica o el suelo. Los huesos se romperían fácilmente y el acto serviría a dos propósitos vitales: Sería una terrible y saludable advertencia a los otros oficiales de la nave, y precipitaría sobre él el fuego mortal de sus guardias.

Caminó un paso hacia ella. Y comenzó los apenas visibles movimientos de músculos y nervios necesarios para preparar el cuerpo Dellian a un golpe de capacidad superhumana. La mujer estaba diciendo: —Usted había dicho antes que su gente habitaba cincuenta soles en este espacio. ¿Por qué sólo cincuenta? En doce mil o más años, una población de doce billones no sería imposible.

El dio otro paso. Y otro. Entonces supo que debía continuar hablando sí esperaba que ella no sospechara durante esos segundos vitales en los que él se estaba acercando cada vez más. Dijo:

—Cerca de dos tercios de nuestros matrimonios son estériles. Ha sido muy lamentable, pero es que hay dos tipos de nosotros, y cuando hay matrimonios entre esos dos tipos, pues no hay obstáculos que los impidan...

Estaba muy cerca; oyó que ella decía: —¿Quiere decir que ha ocurrido una mutación y que los dos tipos no se mezclan? No tuvo necesidad de responder a eso. Estaba a unos tres metros de distancia de ella y se abalanzó como un tigre.

El primer brillo de energía rozó su cuerpo demasiado bajo como para ser fatal, pero trajo una caliente náuseas y una espantosa pesadez. Oyó a la gran capitana gritar:

—¿Qué está haciendo, teniente Neslor? Entonces la cogió. Sus dedos estaban cogiéndola muy fuerte por el brazo, cuando el segundo golpe le pegó alto en las costillas y la boca se le llenó de espumeante sangre. A despecho de todos sus deseos, sintió que sus manos se deslizaban sobre el brazo de la mujer. Oh, espacio, cómo hubiese deseado arrastrarla con él al reino de la muerte... Una vez más, la mujer gritó: —¿Se ha vuelto loca, teniente Neslor? ¡Deje de disparar!

Justo antes de que el tercer disparo le quemara con su indescriptible violencia, pensó con una final y tremenda mueca sardónica:

«Ella aún no sospecha. Pero alguien lo ha hecho, alguien que en el último momento ha adivinado la verdad. Demasiado tarde. ¡Demasiado tarde, tontos! Continuad la búsqueda. Ellos ya han sido avisados, tienen tiempo para esconderse aún más. Y los Cincuenta Soles están desparramados, desparramados entre un millón de estrellas, entre...». La muerte interrumpió su pensamiento.

La mujer se levantó del suelo y se esforzó vertiginosamente para que sus maltratados sentidos volvieran a su cerebro. Fue vagamente consciente de que la teniente Neslor entraba a través de un transmisor, se detenía frente al cuerpo muerto del Gisser Observador y luego se apresuraba a llegar a su lado.

—¿Está bien, querida? Fue tan difícil disparar a través de una astroplaca que...

Librodot

—¡Loca! —La gran capitana tomó aliento—. ¿Se da cuenta de que un cuerpo no puede ser reconstituido una vez que los órganos vitales han sido destruidos? La reconstitución no puede hacerse a partir de trozos. Tendremos que volver a casa sin...

Se detuvo. Vio que la psicóloga la estaba mirando fijamente. La teniente Neslor dijo:

—Su intención de atacar era innegable y era demasiado pronto según mis gráficos. A través de todas las pruebas, él nunca había encajado en nada parecido a la psicología humana.

—En el último momento recordé a Joseph Dell y la masacre de los superhombres Dell hace quince mil años. Es fantástico pensar que algunos de ellos pudieran escapar y establecer una civilización en esta remota parte del espacio.

—¿Lo ve ahora? : «Dellian»... Joseph M. Dell..., el inventor del robot perfecto Dellian.

Librodot

Civilizar

Algis Budrys

Después de tantos años, de tantas generaciones, los terráqueos estaban volviendo al hogar, pacíficamente, sometiéndose a la orden de exilio. ¿Cuál era el significado de todo ello? ¿Por qué dejaban los terráqueos que les expulsaran?

No había luna, no había estrellas; el cielo estaba sombrío. Las luces del espaciopuerto elevaban hacia el cielo un paraguas amarillo-blancuzco, atravesado por los plateados reflejos arrojados por la nave en el sitio de despegue. Los grandes montacargas situados en las compuertas de carga de la nave hacían crujir sus cables, con un ruido desproporcionado. Exceptuando el constante rumor de fondo del ruido provocado por el esfuerzo del metal, el campo estaba tranquilo.

¿Está realmente tan tranquilo?, pensó Deric. ¿Era el silencio que se esconde en la vanguardia de una tormenta, a punto de ser rasgado en jirones cuando el viento repentinamente comienza a aullar? ¿Es así como va a terminar? Deric descansó su peso contra el raíl de la plataforma de observación, su ágil cuerpo extendido como una tensa cinta. Veía brillar las luces del campo desde la pulida oscuridad de su escondite, destellando en los cortados y plateados folículos de su cresta. ¿Es ésta la forma de actuar de los terráqueos? Exceptuando los gráciles cuerpos de su propia gente, que operaban en los silenciosos transportadores de carga que fluían de la nave, no había vida en el campo. Ni siquiera detrás de las grandes puertas de carga había ningún signo de movimiento. Debajo de él, al nivel del suelo, los Galácticos esperaban en su gran habitación que terminara la operación de carga. Luego habría una procesión de figuras, cargadas con su equipaje personal, caminando a través del campo hacia la nave. Habría mujeres llevando o guiando a ¡os niños, y hombres caminando al lado de ellas.

En el comienzo, cuando la orden había sido publicada, Deric había pensado que habría problemas, los Galácticos no eran mansos. Cuando eran lo suficientemente independientes en sus asuntos cotidianos, y aunque ocasionalmente discutían entre ellos, los había visto en emergencias unirse en un hermético y compacto grupo que operaba con una elevada y tranquila eficiencia. Había todas las razones para esperar algún tipo de demostración por parte de ellos.

Nada había sucedido. Los Galácticos habían vendido sus pertenencias al gobierno sin un murmullo, y dispusieron de sus otras pertenencias no esenciales rápida y silenciosamente. Sus hijos habían sido borrados de todas las clases o grupos especiales a los que estuvieran atendiendo; se habían efectuado las despedidas, y ahora, un escaso mes GST después de la publicación de la orden dada por el Voroseii, los Galácticos estaban abandonando Voroseith, para no volver nunca.

¿Nunca? Incluso ahora, a Deric le resultaba casi imposible creerlo. La orden era específica, e impuesta, pero él había visto otras leyes relajadas o evadidas con el paso del tiempo.

O, por ese motivo, superadas.

¿Era ésta igual? Deric había oído muchas historias acerca de los GSN y sus grandes y verdes naves que derramaban el fuego de un sol desde sus innumerables armas. ¿Estaban los terráqueos abandonando Voroseith de tal forma que el planeta quedaría

desprotegido frente a los bombardeos del espacio exterior? No, esa posibilidad había sido considerada antes, y rechazada. Verdaderamente, ningún planeta solo podía enfrentarse a la Federación. Ni siquiera un grupo de sistemas solares podía hacerlo. La lección de la Secesión Ardan aún estaba fresca, y era terrible. Pero la protección de Voroseith residía en el mismo hecho de que era un solo planeta, y relativamente sin importancia para la Federación como un todo. Comparado con la flota de la GSN, su propia flota era un insignificante grupo de naves. Pero, nave a nave, era igual de mortal, y el precio de la conquista sería alto; demasiado alto para la ganancia que se obtendría. No habría ninguna guerra.

Aun así, ¿por qué no había ninguna protesta? Los Galácticos tenían hogar y propiedades en Voroseith. Los nietos de los pioneros habían crecido en este mundo. Había centenares de amistades, relaciones de negocios, lazos de mucho tipo. Como un amante de un extraño arte de composición como era la ópera, Deric sentiría la pérdida de los nuevos libretos Berkeley, porque nadie podía trabajar tan bien con Marto Lihh.

La Federación misma no había hecho más que enviar las naves de transporte. Toda referencia a la orden había sido repentina, casual, como una cosa que existe sin preguntas.

El no dejaría que los Galácticos partieran y lo dejaran sin una respuesta. Se bajó del raíl y se deslizó rápidamente por la rampa hacia la habitación en la que estaban los terráqueos.

Aquí también había silencio; incluso los niños estaban callados. Los Galácticos se sentaban en hileras de bancos, dándose la cara los unos a los otros a través de los angostos pasillos. No había conversación, pero grupos de amigos se habían sentado juntos y ocasionalmente había una sonrisa o un movimiento de cabeza a través del pasillo.

Cuando Deric entró, algunas cabezas se giraron en su dirección. En cada caso, hubo una sonrisa amistosa en cuanto fue reconocido; algunas personas se separaron del grupo al que pertenecían y vinieron hacia él.

—¡Deric! —Era Morris, uno de los hombres que había trabajado con él en el museo.

El Galáctico se dirigió hacia él rápidamente, y posó su mano detrás de la cabeza de Deric con un firme y amistoso golpecillo de bienvenida. Deric chocó gentilmente su mano derecha con la del terrícola.

—Pensé que bajarías —dijo Morris. Su cara estaba pesarosa ante el pensamiento de la partida.

Ahora que estaba aquí, entre ellos, Deric sintió la extrañeza de la situación con más fuerza que antes. Nunca antes había visto un grupo de Galácticos sin ver su propia gente entre ellos. Parecía extraño darse cuenta de repente que ésta era la selección de Galácticos de Voroseith, que la mayor parte de esta frente se conocía menos entre sí que lo que conocían a los individuos Voroseii, entre los cuales habían trabajado y vivido; pero, de todas formas, ahora eran un grupo homogéneo y segregado por el mero hecho de que todos ellos eran Galácticos.

Era posible considerar el problema entero como una especie de rompecabezas intelectual, para ser evaluado a la luz de los factores económicos que habían hecho necesaria la orden. Pero Morris era su amigo v su compañero de trabajo, por lo tanto la situación se convertía en la de perder un buen amigo, no volver a ver a su familia, y aprender a recordar que el Día 184, GST, no era ya el cumpleaños de Susan Morris.

—Quería verte —dijo Deric—. No estoy seguro de que debería estar aquí, pero... —Se detuvo, vacilante—. Bueno...

Morris sonrió.

—Gracias, Deric.

Librodot

Los otros Galácticos que habían venido intercambiaron saludos con él. Cada uno de ellos, como Morris, reflejaban una pena tan grande como la de Deric.

Vio a Berkeley, sentado solo al final de un banco; sus ojos estaban sombríos. ¿Cómo se siente él?, se preguntó Deric. Se volvió hacia Morris.

—Yo..., si es posible, ¿podría hablar con él? Sabes cuánto admiro su trabajo.

—Eso es fácil —dijo Morris—. Ven.

Deric siguió a su amigo a través del suelo de la sala de espera. Mientras pasaba entre los demás Galácticos que estaban sentados, pudo ver las mismas huellas de tristeza en sus ojos, tristeza, pero no protesta, no rebelión.

Berkeley miró hacia arriba cuando oyó las palabras de Morris.

—¿Deric Liss?

—Volvió los ojos hacia Deric—. Por supuesto. —Se acercó y tocó el cuello de Deric cálidamente—. He leído su Historia cultural. Uno de los textos más valiosos que nunca he visto.

—Gracias —dijo Deric, brillándole los ojos. Completamente turbado, sintió que su cuerpo temblaba torpemente—. Siempre he admirado su trabajo —dijo impulsivamente, consciente del convencionalismo de la situación. Habiendo contestado al cumplido de Berkeley de la forma que lo había hecho, sonaba como un intercambio de ellos más que el sincero aprecio que quería demostrar.

Pero Berkeley sonrió, sus ojos arrugándose en las esquinas.

—Nunca tendré un compositor como Marto Lihh para trabajar —dijo.

Un rastro de su anterior expresión melancólica regresó a su rostro.

Deric no pudo seguir ocultando su turbación durante más tiempo. Miró a Morris y Berkeley.

—No puedo entender esto —dijo, su voz llena de desconcierto—. ¿Por qué se van? O si deben marcharse, ¿por qué no...? Dejó que la frase muriera. Uno no puede preguntarle a un hombre por qué no está resentido por la injusticia que uno ha cometido con él.

—¿Por qué no hacemos una demostración de nuestra famosa agresividad terrestre? —preguntó Berkeley, sonriendo.

—Sí. —Completamente desconcertado, añadió—: Y usted..., un hombre que está dejando todo lo que ama y por lo que trabaja... ¿No está usted, por lo menos, resentido por lo que nosotros hemos hecho? Berkeley movió la cabeza.

—¿Resentido? Su planeta está superpoblado. No hay otros planetas habitables en este sistema, y nosotros estamos compitiendo con ustedes por el poco lugar que hay. Es lo más natural que su gobierno tenga que considerar el bienestar de ustedes. Después de todo, somos una raza extranjera; éste es su planeta, para hacer con él lo que deseen. Considero que la orden ha sido una medida muy sabia, desde el punto de vista de su gente. Estoy seguro que el resto de nosotros piensa de la misma forma.

Morris asintió.

—Pero la Federación...

—La Federación es exactamente eso..., no es un imperio. Ustedes tienen los privilegios de sus miembros... y los derechos, también —puntualizó Berkeley.

Si él personalmente sentía una pérdida personal, la mantuvo dentro de sí.

Librodot

—Aún sigo sin comprender. Cuando el grupo Ardan se separó, el resto de la Federación se negó a admitirlo —dijo Deric.

El rostro de Berkeley se nubló.

—La Secesión Ardan era una insurrección armada, nacida de la ambición frustrada y de un deseo de poder. Fue motivada únicamente por el deseo de los árdanos de volver a tener el control de la Federación.

—Pero ellos estaban tan justificados ante sus ojos como nosotros ante los nuestros —protestó Deric.

Berkeley irguió su cabeza.

—Quizá, pero ¿y los disolucionistas de Ardan? ¿Era ése un signo de que todos los árdanos estaban de acuerdo con la política de su gobierno?

—Yo tampoco apruebo nuestra acción —replicó Deric.

Berkeley sonrió.

—Usted quiere decir que le duele porque es de alguna manera perentoria; y este sentimiento se ve aumentado por el hecho de que nosotros nos estamos sometiendo a ella sin acciones que la hagan parecer emocionalmente justificada. Si hubiésemos luchado, ustedes al menos podían haber sentido que quizá el hecho de quitar de en medio a los pendencieros terrícolas era algo necesario.

—Sí —admitió Deric, lentamente, abatido. Nunca había llevado su pensamiento tan lejos.

—Pero ustedes no están activamente enojados ante la orden —continuó Berkeley—. Simpatizan con nosotros, pero no piensan que sea una situación ultrajante.

El Galáctico tenía razón. Deric podía sentir moviéndose con embarazo otra vez.

—No sé qué decir —musitó.

El libretista sonrió otra vez.

—No hace falta que diga nada —dijo cálidamente—. Nosotros hemos sabido desde el principio que esto ocurriría algún día. Lo habíamos aceptado, por lo que no nos ha venido como un choque demasiado fuerte.

Deric sintió que otra vez sentía su desconcierto como una cosa viviente.

—Pero si lo sabían, ¿por qué vinieron? Recuerden la historia de las tres últimas generaciones. Después que fuimos contactados por la nave de exploración, su gente vino, se instaló en nuestra cultura, y comenzaron a vivir a nuestro lado. Más que a nuestro lado. Ustedes trabajaron para el mismo fin que nosotros: el progreso de la cultura y la civilización en Voroseith. Hablan nuestro idioma. Nunca han hecho nada para el beneficio de la Federación o de la misma Tierra. Era como si... como si fueran voroseiis, no extranjeros. Fue difícil de creer. Esperamos impuestos de algún tipo. Esperamos que trajeran sus artes y su ciencia, que mezclaran su cultura con la nuestra. Pero nada de eso ha sucedido. Y ahora, aunque sean Galácticos, no obstante son voroseiis. Si sabían que algún día tendrían que marcharse, ¿por qué han hecho de Voroseith un hogar más verdadero que el que cualquier planeta puede serlo? Berkeley, que había escrito poesía como un voroseii lo hubiera hecho, pensando en términos de una escala de seis tonos, dejó que una sombra de pesar cruzara por su rostro.

—Sí, imaginé que eso sería lo que ustedes esperarían. Fue lo que los árdanos hicieron, cuando dirigían la Federación. Está en lo cierto, y también está equivocado.

Sonrió, casi pensativamente.

—Sí, Voroseith es un hogar para nosotros, y lo echaremos de menos. Pero de todas formas, estábamos trabajando para el beneficio de la Federación. Hemos tenido que actuar como si siempre hubiésemos vivido aquí... más que actuar teníamos que creer que siempre hubiésemos vivido aquí. Teníamos que dedicar todas nuestras sinceras energías a trabajar para Voroseith. Fue... —Dudó, y por un momento hubo una mirada perdida en su rostro—. Cuando nos dimos cuenta de que nuestro trabajo estaba hecho sentimos una conmoción. Voroseith está listo para el viaje interestelar.

—¿Espacio interestelar? —Deric sintió que su espalda se arqueaba desconcertada.

Morris asintió.

—Está a punto. Ese es el motivo por el que ahora tienen su armada. Han estado trabajando en las técnicas necesarias.

—Pero la Federación gobierna la galaxia. ¿Por qué nos van a permitir que nos metamos en su territorio? Berkeley volvió a hablar.

—La Federación no gobierna nada; no se puede imponer la civilización por la fuerza. Es vuestro turno, como miembros de un movimiento civilizado, de salir y transmitirle lo que poseéis a otras gentes. El espacio está lleno de mundos, y de gente. La Tierra guía la Federación, es cierto, pero no la dirige; nadie lo hace. Trabajamos con el común denominador de la civilización entre nosotros; pero es «civilización» como un concepto abstracto, no como un rígido patrón universal de algún tipo, dentro del cual cada cultura debe ser encajada y forzada, apretada dentro de un molde para el que nunca ha estado preparada.

—¿Hemos intentado alguna vez que hicierais las cosas a nuestra manera? —preguntó Morris.

Deric movió su mano en señal de negación.

—No, no lo habéis hecho. Habéis aprendido de nosotros, y luego os habéis convertido en la mayor parte en individuos que trabajaban para elevar nuestra cultura. Habéis traído un enfoque nuevo a muchos problemas; pero era un acercamiento basado en las raíces de nuestra cultura, no de la vuestra.

Se detuvo.

El anunciador crujió.

—Toda la carga está ya a bordo. Los pasajeros pueden embarcar. —La voz del anunciador perdió su impersonalidad. Otro voroseii estaba despidiendo a sus amigos—. Buena suerte, terrícolas.

Las filas de sentados Galácticos se levantaron, aún silenciosos, a pesar de la confusión de pies, del ruido de los equipajes cuando eran levantados.

—O sea, que ahora estaremos en el espacio a vuestro lado —afirmó Deric a Berkeley.

El Galáctico asintió.

—Cuando grupos como el nuestro dejan un mundo, es la señal histórica de que otra raza está yendo hacia las estrellas, civilizada, para civilizar.

Deric sintió que una oleada de orgullo le atravesaba.

—Entonces, esto era un estadio, como el tiempo de la nave exploradora durante el cual hemos sido entrenados.

Morris movió la cabeza.

Librodot

—No entrenados. La nave exploradora era una prueba, de verdad, pero una prueba diseñada para medir nada más que vuestra habilidad para concebir otras razas por debajo de la vuestra, y vuestra presteza para aceptar el hecho de que el viaje interestelar era una realidad. ¿Por qué debíamos entrenaros? Nuestra cultura no es superior a la vuestra en ningún aspecto, y hay demasiada diversidad de razas en el espacio, y demasiados pocos terrícolas como para justificar, aun remotamente, cualquier intento de obligaros a hacer las cosas como se hacen en la Tierra. No, hemos sido enviados para el único motivo de acostumbraros a trabajar al lado de otras razas. No éramos instructores sino compañeros de trabajo.

La mayor parte de los Galácticos estaban ya atravesando la puerta que les llevaría hacia el campo. Morris y Berkeley tocaron el cuello de Deric otra vez.

—Adiós, Deric —dijo Morris. Deric miró al comienzo de la hoja. —Pero... ¡es el manuscrito original de la Epopeya de Llersthein! Berkeley asintió.

—Cójalo. Lo recordaré, y además nadie podrá entenderlo realmente donde voy.

Deric miró al Galáctico. Sus ojos volvían a estar sombríos, y aunque no era realmente uno de los suyos —teóricamente, las expresiones faciales de una raza eran incomprensibles para la otra—, Deric pudo leer lo que yacía en la mente, detrás de los ojos, y no se le ocurrió que había algo importante debajo del hecho de que pudiera interpretar su expresión.

—Gracias —dijo, y dejó que la posición de sus manos y el movimiento de su cuerpo le indicara a Berkeley cuáles eran sus sentimientos.

Los dos Galácticos cogieron su equipaje y lo equilibraron sobre sus hombros, y se unieron a los grupos de sus respectivas familias, que les estaban esperando.

Deric se quedó donde estaba, observándolos marchar, aun intentando aferrar lo que había vislumbrado, semicomprendido. También era importante, lo sabía. Explicaba, más que la tristeza, el silencio que se había cernido sobre la sala de espera, el extraño sentimiento por el que los Galácticos se habían unido en numerosos grupos pequeños, cada uno de ellos volviéndose hacia su familia y hacia sus amigos más inmediatos.

Como si estuvieran en peligro...

¡Miedo! ¡Estaban asustados! Morris, Berkeley..., todos ellos.

Los vio llegar a la puerta y esperar a sus familias, que les precedieron. Enroscó sus músculos y se deslizó hacia adelante con un rápido movimiento.

—¡Esperad!

Berkeley y Morris se giraron hacia él, interrogándole con la mirada.

—¿Adonde vais? —preguntó Deric—. ¿Qué vais a hacer?

—No lo sé —dijo Berkeley—. No lo sé —repitió lentamente—. Nos llevan a la Tierra.

Y ahora pudo ver Deric plenamente la desnuda incertidumbre en sus ojos, la ansiedad, el viscoso matiz del miedo.

—Tenemos que seguir yendo de un sitio a otro —dijo Morris, con una repentina brusquedad, la brusquedad de los nervios tirantes hasta el punto en que cantaban y vibraban, esperando un peso nuevo para estallar y azotar con efectos mortales.

Berkeley sonrió a Deric: pero había blancas manchas a lo largo de su mandíbula. Dejó caer una mano amistosa en el cuello de Deric.

—Me gustaba esto —dijo pensativamente—. Nací aquí, al igual que mi padre.

Miró hacia arriba, a través de los cristales de la puerta de salida, y en ese momento, el cielo sombrío finalmente se abrió, y la luz de las estrellas brilló a través de las nubes.

Berkeley retrocedió como si algo le hubiese golpeado. Entonces se sacudió y sonrió ampliamente, con la amplia sonrisa de pelea que es la marca de fábrica de los terrícolas. Aun así, había algo escondido en su voz cuando dijo:

—Me pregunto cómo será la Tierra.

—¡Ven! —dijo Morris, y casi empujó a Berkeley a través de la puerta. Levantó su mano en una última despedida a Deric, y Berkeley, con la mano de Morris en su hombro, sernigirado, movió su mano disculpando el nerviosismo de su amigo.

Deric continuó mirándoles, sintiendo los primeros comienzos de un hilillo de conocimiento en su conciencia, sabiendo que el hilillo se convertiría en un vivo y saltarín torrente. Cuando viniera sería mejor que él estuviera muy, muy ocupado, en algún trabajo lo suficientemente sin importancia como para que no se malograra con las manos temblorosas, o con una visión nublada.

¿Qué era lo que había dicho el anunciador? ¿Adiós, terrícolas? Movió la cabeza en la clásica forma terrestre, se giró, se deslizó subiendo por la rampa que iba a la plataforma de observación, vio a los últimos Galácticos entrar en la nave que estaba esperando.

—Buena suerte, voroseii —dijo suavemente, cuando sus hermanos se iban, sin protestar, al exilio.

Librodot

Beep

James Blish

El Servicio Secreto de la Tierra mantenía la paz en la Galaxia eficientemente, muy eficientemente. Siempre estaba en el lugar oportuno... ¡antes de que los problemas comenzaran!

I

Josep Faber bajó su periódico levemente. Viendo que la chica sentada en el banco del parque estaba mirando en su dirección, sonrió con la agonizante y embarazada sonrisa de un hombre concienzudamente casado cogido en falta, y se zambulló en el periódico nuevamente.

Estaba razonablemente seguro de que parecía un inofensivo ciudadano de mediana edad, con empleo fijo, gozando de una escapada dominguera de la rutina de la familia y de la contabilidad. También estaba bastante seguro, a despecho de sus instrucciones oficiales, de que no habría ninguna diferencia si no asumía bien el papel encomendado. Estas tareas asignadas de chico-encuentra-chica siempre se resolvían. Jo nunca se había encontrado con ninguna que necesitara su intervención.

De hecho, el periódico, que se suponía que lo estaba usando sólo como pantalla, le interesaba mucho más que el trabajo que estaba haciendo. Había comenzado a sospechar lo obvio hacía escasamente diez años, cuando el Servicio lo reclutó; ahora, después de una década como agente, aún estaba fascinado al ver cómo las situaciones realmente importantes se resolvían con tanta suavidad. Las situaciones peligrosas —no los chico-encuentra-chica.

Este asunto de la Nebulosa del Caballo Negro, por ejemplo. Hacía algunos días los diarios y los comentaristas habían comenzado a mencionar informes de disturbios en esa área, y el entrenado ojo de Jo había captado la mención. Algo grande se estaba cocinando.

Hoy había hervido: la Nebulosa del Caballo Negro, repentinamente, había arrojado naves por cientos, una armada compacta que debía de haber llevado más de un siglo de esfuerzo en alguna parte de un cúmulo de estrellas, una producción llevada a cabo en el más estricto y fanático tipo de secreto.

Y, por supuesto, el Servicio había estado en el lugar con suficiente antelación. Con tres veces la cantidad de naves, dispuestas con precisión matemática como para enfilar a la armada entera en el momento en que saliera de la Nebulosa. La batalla había sido una masacre, el ataque estalló antes de que el ciudadano medio pudiera siquiera comenzar a hacerse la idea de contra qué había apuntado; y el bien había triunfado, una vez más, sobre el mal.

Por supuesto.

Un furtivo arrastrar de pies sobre la grava llamó su atención brevemente. Miró su reloj, que marcaba: 14:58:03. Ese era el tiempo en el que, de acuerdo con sus instrucciones, debía verificarse el encuentro chica-chico.

Le habían sido dadas las más estrictas órdenes para que nada interfiriera con este encuentro; eran las órdenes normalmente dadas en las tareas de chico-encuentra-chica. Pero, como de costumbre, no tuvo otra cosa que hacer más que observar. El encuentro se estaba efectuando en el punto exacto sin ningún aguijoneo por parte de Jo. Siempre sucedía igual.

Por supuesto.

Con un suspiro, dobló el periódico, sonriendo otra vez a la pareja —sí, también era el hombre correcto— y se alejó, como si fuera a regañadientes. Se preguntó qué sucedería si él se quitara el falso mostacho, arrojara el diario al césped, y diera un brinco alejándose con un alegre chillido. Sospechaba que el curso de la historia no hubiera variado ni un ápice, pero no deseaba hacer el experimento.

El parque resultaba agradable. Los soles gemelos calentaban el sendero y los árboles sin el ardiente calor que traería más tarde en el verano, Randolph era, sin lugar a dudas, el planeta más confortable que había visitado en años. Un poco atrasado, quizá, pero descansado también.

Estaba ligeramente más allá de los cien años luz de la Tierra. Sería interesante saber cómo los cuarteles generales del Servicio, allá en la Tierra, habían sabido, con anterioridad, que el chico encontraría a la chica en un cierto lugar de Randolph, precisamente a las 14:58:03.

O cómo los cuarteles generales del Servicio podían haber tendido una emboscada con micrométrica precisión a una flota interestelar mayor, sin más preparación que unos cuantos días para montarlo, como se evidenciaba en los diarios y en el vídeo.

La prensa era libre en Randolph, como en todas partes. Informaba de todas las noticias que poseía. Cualquier concentración de emergencia de las naves del Servicio en el área del Caballo Negro, o en cualquier otro lugar, debería haber sido descubierta y notificada al instante. El Servicio no prohibía esos informes por razones de «seguridad» o por cualquier otra razón. Aun así, no había habido nada que informar, excepto que a) una flota de impresionantes dimensiones había irrumpido sin ninguna advertencia previa, procedente de la Nebulosa del Caballo Negro, y que b) el Servicio había estado preparado.

En estos momentos, era un lugar común que el Servicio siempre estaba listo. No había tenido un defecto o un fallo en más de dos siglos. Ni siquiera había tenido un fiasco, la alarmante palabra técnica con que se refería a la posibilidad de que una tarea asignada de chico-encuentra-chica no se hubiese efectuado.

Jo detuvo un taxi. Una vez dentro se quitó e! mostacho, la calva, las arrugas de la parte superior de la cabeza: el maquillaje que le había dado toda su apariencia de amistosa inocuidad.

El conductor observaba el proceso a través del espejo delantero. Jo levantó la vista y se encontró con su mirada.

—Perdóneme, señor, pero supuse que no le molestaría que le mirara. Usted debe de ser un hombre del Servicio.

—Correcto. ¿Me llevará al Servicio HO?

—Por supuesto. —El conductor aceleró el motor. Se elevó suavemente al nivel de expreso—. Es la primera vez que estoy tan cerca de un hombre del Servicio. No lo imaginé siquiera cuando le vi con su otra cara. Parecía completamente diferente.

—Tenemos que hacerlo algunas veces —dijo Jo, preocupado.

—Lo supongo. Me pregunto cómo saben todo antes de que ocurra. Deben de tener mil caras cada uno, su propia madre no les reconocería, ¿eh? ¿No (e molesta que yo sepa que anda por aquí disfrazado? Jo hizo una mueca. La mueca creó una pequeña sensación de tirantez a lo largo de una curva de su mejilla, justo cerca de su nariz. Se pasó el pañuelo y lo examinó críticamente.

—Por supuesto que no. El disfraz es una parte elemental del trabajo del Servicio. Cualquiera puede adivinarlo. No los usamos a menudo; sólo en tareas muy simples.

—Oh. —El conductor parecía levemente desilusionado, viendo que el melodrama no era tal. Condujo en silencio cerca de un minuto. Entonces dijo especulativamente—: Algunas veces pienso que el Servicio puede viajar por el tiempo; las cosas que averiguan... Bien, hemos llegado. Buena suerte, señor.

—Gracias.

Jo fue directamente a la oficina de Krasna. Krasna era un nativo de Randolph, entrenado en la Tierra, y respondía a la oficina de la Tierra, y sin embargo era muy suyo. Su pesada y robusta cara tenía la misma expresión de serena confianza que era una característica de los oficiales del Servicio en cualquier lugar, incluso aquellos que, técnicamente hablando, no tenían ningún rostro propiamente dicho.

—Chico-encuentra-chica —dijo Jo, brevemente.

—Buen trabajo, Jo. ¿Un cigarrillo? —Krasna empujó la caja a través de su escritorio.

—No, ahora no. Me gustaría hablar con usted, si tiene tiempo.

Krasna apretó un botón, y una silla en forma de seta apareció en el piso justo detrás de Jo.

—¿Qué sucede?

—Bien —dijo Jo, cuidadosamente—. Me pregunto por qué me felicita por no haber hecho ningún trabajo.

—Ha hecho un trabajo.

—No he hecho nada —dijo Jo, llanamente—. El chico hubiese encontrado a la chica aunque yo hubiese estado aquí o de regreso en la Tierra. El curso del amor verdadero siempre corre suavemente. Ha sido así en todos mis casos de chico-encuentra-chica, y ha sido así en todos los casos de chico-encuentra-chica de todos los otros agentes con los que he comparado notas.

—Bien, bueno... —dijo Krasna, sonriendo—. Esa es la forma en que nos gusta que corra. Y ésa es la forma en que esperamos que corra. Pero, Jo, nos gusta tener a alguien en el lugar, alguien con reputación de tener buenos recursos, sólo para el caso

de que ocurriera algo. Casi nunca ocurre, como usted ha observado. Pero ¿y si sucediera? Jo resopló.

—Si lo que están tratando de hacer es establecer precondiciones para el futuro, ninguna interferencia de un agente del Servicio podría desviar los resultados eventuales muy lejos de la pauta. Sé lo suficiente acerca de las leyes de la probabilidad.

—¿Y qué es lo que le hace pensar que estamos tratando de controlar el futuro?

—Es obvio incluso para los taxistas de este planeta; el que me trajo aquí me contó que pensaba que el Servicio controlaba el viaje en el tiempo. Es especialmente obvio para todos los individuos y gobiernos y poblaciones que el Servicio ha salido adelante de líos serios durante siglos sin un solo fallo. —Jo se encogió de hombros—. A un hombre se le puede pedir que vigile sólo un pequeño número de casos de chico-encuentra-chica antes de que se dé cuenta, como agente, de que lo que el Servicio está vigilando son los niños futuros

de esos encuentros. Ergo, el Servicio sabe qué serán esos niños, y tiene razones para querer que su existencia futura esté garantizada. ¿Hay alguna otra conclusión posible? Krasna cogió un cigarrillo y lo encendió cuidadosamente; era obvio que estaba usando el trabajo manual para disimular su respuesta.

—Ninguna —admitió al fin—. Tenemos algún conocimiento de antemano, por supuesto. No podríamos haber construido nuestra reputación tan sólo con el espionaje. Pero obviamente tenemos otros recursos : genéticos, por ejemplo, y operaciones de búsqueda, la teoría del azar, el transmisor Dirac... es un gran arsenal, y por supuesto hay una gran parte de predicción envuelta en todas estas cosas.

—Lo veo —dijo Jo. Se movió en su silla, dispuesto a formular todo lo que deseaba saber. Cambió de idea con respecto al cigarrillo y se estiró para coger uno—. Pero estas cosas no garantizan la infalibilidad y ésa es una diferencia cualitativa, Kras. Tomemos el asunto de la flota del Caballo Negro. En el momento en que apareció, la Tierra la percibió a través del transmisor Dirac, y comenzó a reunir una flota contraria. Pero eso lleva un tiempo, el juntar una concentración de naves y hombres, aunque el sistema de comunicación sea instantáneo.

»La armada contraria del Servicio estaba ya al alcance de la mano. Se había estado construyendo durante tanto tiempo y con tan poco movimiento que nadie observó su concentración hasta un día o dos antes de la batalla. Entonces los planetas del área comenzaron a tomar nota de lo que estaba ocurriendo y a sentirse preocupados esperando lo que iba a estallar. Pero no se sentían demasiado preocupados; el Servicio siempre gana; ése ha sido un factor estadístico durante siglos. Siglos, Kras. ¡Buen Dios, casi ese mismo tiempo lleva preparar alguna de las estratagemas que nosotros llevamos adelante! El Dirac nos da una ventaja de diez a veinticinco años en casos realmente extremos en el borde de la Galaxia, pero no más de eso.

Se dio cuenta de que había estado fumando un cigarrillo cuando el extremo llegó a su boca y se la quemó, y lo despreció enojadamente.

—Esto es una cosa distinta —continuó— que saber de una forma general la manera en que se comportará el enemigo, o qué clase de niños dicen las leyes de Mendel que una pareja habrá de tener. Significa que tenemos posibilidad de leer el futuro al detalle de minutos. Esto está en franca contradicción con todo lo que me han enseñado acerca de la probabilidad, pero tengo que creer en lo que veo.

Krasna se rió.

—Es una exposición muy inteligente —dijo. Parecía verdaderamente complacido—. Pienso que recordará que fue reclutado en el Servicio cuando comenzó a preguntarse por qué las noticias eran siempre buenas. Cada vez menos y menos gente se pregunta eso; eso se ha convertido en parte del comportamiento esperado. —Se levantó y pasó una mano por sus cabellos—. Ahora ha pasado usted a un nuevo estado. Felicitaciones, Jo. Acaba de ser ascendido.

—¿Sí? —dijo Jo, incrédulamente—. Vine aquí con la impresión de que iba a ser despedido.

—No. Venga a este lado del escritorio y le contaré una pequeña historia. —Krasna quitó la parte superior de su escritorio y dejó a la vista una pequeña pantalla visera. Jo se levantó, dio la vuelta al escritorio y se situó en un lugar desde el que podía ver la pantalla en blanco—. Se me envió una cinta de adoctrinación la semana pasada, esperando que usted estuviera listo para verla. Observe.

Krasna tocó el panel. Un pequeño punto de luz apareció en el .centro de la pantalla y se fue. Al mismo tiempo, hubo un pequeño sonido: beep. Luego la cinta comenzó a pasar y apareció en la pantalla una lámina.

Librodot

—Como usted sospecha, el Servicio es infalible —dijo Krasna, en tono convencional—. Cómo se llegó a este punto es una historia que comenzó hace varios siglos. Esta cinta posee todos los datos. Usted debería ser capaz de imaginar lo que realmente ocurrió...

II

Dana Lje —su padre era holandés y su madre nacida en la Célebes— se sentó en la silla que el capitán Robín Weinbaum le había indicado, cruzó las piernas y esperó; su cabello negro-azulado brillaba bajo las luces.

Weinbaum la miró divertido. Desde luego, el hombre que había dado a la chica su nombre enteramente europeo no había estado muy acertado, pues la belleza de su hija no tenía nada de rubio ni de holandés. Para el ojo del observador, Dana Lje parecía una delicada virgen de Bali, a despecho de su nombre occidental, su ropa y su seguridad. La combinación ya se había mostrado picante para los millones de personas que observaban su columna televisiva, y Weinbaum no encontraba que el original fuera menos atractivo.

—Como una de sus más recientes víctimas —dijo él—, no estoy seguro de sentirme honrado con su visita, señorita Lje. Algunas de mis heridas aún sangran. Pero estoy muy desconcertado por su visita de hoy. ¿No teme que pueda responder al ataque?

—Yo no tenía intención de atacarle a usted personalmente, y no creo que lo hiciera —dijo seriamente la columnista de vídeo—. Era justo decir que nuestro servicio de inteligencia había llevado mal el asunto Erskine. Era mi trabajo decir eso. Obviamente, usted iba a salir perjudicado, ya que es el jefe de la oficina; pero no había malicia en ello.

—Triste consuelo —dijo Weinbaum, secamente—. Pero gracias de todas formas.

La chica euroasiática se encogió de hombros.

—Pero no es ése el motivo por el que he venido. Dígame, capitán Weinbaum, ¿ha oído hablar alguna vez de un equipo que se hace llamar Información Interestelar? Weinbaum movió la cabeza.

—Suena como una agencia de rastreo. No es un negocio fácil hoy en día.

—Eso fue justo lo que pensé cuando vi el encabezamiento de la carta —dijo Dana—. Pero el texto que seguía no es algo que pudiera escribir un equipo privado. Déjeme que le lea una parte.

Sus delgados dedos buscaron en el bolsillo interior de su chaqueta, y salieron nuevamente provistos de una simple hoja de papel. Era una sencilla hoja mecanografiada, anotó Weinbaum automáticamente: ella había traído sólo una copia consigo, y había dejado el original en casa. La copia era probable que estuviera incompleta.

—Dice lo siguiente: «Estimada señorita Lje: Como comentadora de vídeo sindicada, con una amplia audiencia y graves responsabilidades, usted necesita la mejor fuente de información disponible. Nos agradaría que probara usted nuestro servicio, libre de todo cargo, en el deseo de demostrarle que es superior a cualquier otra fuente de noticias en la Tierra. Por lo tanto, le ofrecemos diversas predicciones concernientes a hechos en Hércules y las llamadas aéreas de los Tres Fantasmas. Si estas predicciones se cumplen en un cien por ciento —no menos—, le pedimos que nos tome como sus corresponsales en estas áreas, con comisiones a convenir más adelante. Si las predicciones son erróneas en cualquier aspecto, no necesita tomarnos en consideración.»—Hum —dijo Weinbaum, lentamente—. Esto es muy extraño. Los Tres Fantasmas forman sólo un pequeño sistema solar, mientras que el área de Hércules puede incluir el entero cúmulo de estrellas, o quizá incluso la constelación entera, lo cual significa un montón de espacio. Este equipo parece estarle diciendo que tiene miles de

corresponsales de campo, quizá tantos como el mismo gobierno. Si es así, le garantizo que están fanfarroneando.

—Quizá sea así. Pero antes de que se haga una idea déjeme que le lea alguna de las predicciones. —La carta sonó en manos de Dana Lje—: «A las 03:16:10, en el Día del Año 2090, el navío de línea interestelar Brindisi, del tipo Hess, será atacado en las cercanías de los Tres Fantasmas por cuatro...»

Weinbaum se enderezó como una flecha en su silla giratoria.

—¡Déjeme ver esa carta! —dijo él, con la voz áspera de alarma reprimida.

—En seguida —dijo la chica, arreglándose la falda compuestamente—. Evidentemente estaba en lo correcto al seguir mi corazonada. Permítame que continúe leyendo: «...Por cuatro navíos fuertemente armados con las luces de la flota de Hammersmith II. La posición del navío en ese momento será el de las coordenadas codificadas de 88-A-theta-88-alfa-D-y-per-se-y. Será...»

—Señorita Lje —dijo Weinbaum—, lamento interrumpirla otra vez, pero lo que ha dicho hasta este momento justifica que la encierre en prisión al momento, no me importa lo alto que griten sus patrocinadores. No sé nada acerca de este equipo de Información Interestelar, o si usted ha recibido o no tal carta, la cual pretende usted estar citando. Pero le puedo decir que ha demostrado estar en posesión de información que sólo este su servidor y otros cuatro hombres se supone que poseen. Es demasiado tarde para decirle que todo lo que usted diga puede ser tomado en su contra.

—Tal como suponía —dijo ella, al parecer sin alarmarse—. Entonces esa nave está programada para llegar a esas coordenadas, y el tiempo coordenado codificado corresponde con el predecido Tiempo Universal. ¿Es cierto también que el Brindisi llevará comunicaciones de un proyecto de alto secreto?

—¿Está buscando deliberadamente que la detenga? —dijo Weinbaum, rechinando los dientes—. ¿O es esto un montaje hecho para demostrarme que mi oficina está llena de espías?

—Podría ser eso —admitió Dana—. Pero creo que aún no. Robin, he sido tan honesta con usted como soy capaz de serlo. Usted no ha tenido otra cosa de mí que detalles hasta ahora. Yo no voy a utilizarlo en su contra, y usted lo sabe. Si este equipo desconocido tiene esta información, puede haberla tomado del lugar que insinúa: del campo.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque la información en cuestión aún no ha llegado siquiera a mis propios agentes en el campo... No hay ninguna posibilidad de que se haya deslizado tan lejos como hasta Hammersmith II o ningún otro lugar. Las cartas deben ser llevadas en naves. Usted sabe eso. Si tuviese que enviar mis órdenes por ultraonda a mi agente de los Tres Fantasmas, él tendría que esperar trescientos veinticuatro años para tenerlas. En una nave, las podrá tener en poco más de dos meses. Estas órdenes, en particular, sólo hace cinco días que están en camino. Incluso si alguien las ha leído a bordo de la nave que las está llevando, no pueden haber sido enviadas a los Tres Fantasmas más rápido de lo que están viajando en este momento.

Dana movió su oscura cabeza.

—Muy bien. Entonces, ¿qué nos queda, excepto un traidor, en vuestros cuarteles generales aquí?

—Buena pregunta —dijo Weinbaum, seriamente—. Será mejor que me diga quién firma esa carta.

Librodot

—La firma es de J. Shelby Stevens.

Weinbaum abrió el interruptor del intercomunicador.

—Margaret, mire en el registro de negocios por una empresa llamada Informaciones Interestelares y encuentre a quién pertenece.

Dana Lje dijo:

—¿No está interesado en el resto de la predicción?

—Puede apostar a que lo estoy. ¿Le dice el nombre del objetivo de la comunicación?

—Sí —dijo Dana.

—¿Cuál es?

—El comunicador Dirac.

Weinbaum gruñó y se giró hacia el intercomunicador otra vez.

—Margaret, haga pasar al doctor Wald. Dígale que lo deje todo y venga al instante. ¿Algún resultado con lo anterior?

—Sí, señor —dijo el intercomunicador—. La empresa es de un solo hombre; pertenece a un tal J. Shelby Stevens, en Rico City. Fue registrada este año.

—Arrestadle, bajo sospecha de espionaje.

La puerta se balanceó al abrirse y el doctor Wald entró; medía uno noventa, era extremadamente rubio y parecía torpe, amable y poco inteligente

—Thor, esta joven dama es nuestra némesis de la prensa, Dana Lje. Dana, el doctor Wald es el inventor del comunicador Dirac, acerca del cual usted desgraciadamente tiene tanta información.

—¿Es público ya? —dijo el doctor Wald, mirando escasamente a la chica con grave deliberación.

—Ya lo es, y mucho más que eso, mucho más. Dana, usted es una buena chica, y por alguna razón confío en usted, aunque es estúpido confiar en alguien en este trabajo. Deberé retenerla hasta el Día del Año, con trabajo o no en el vídeo. A cambio, le pido que mantenga el secreto, y le voy a explicar por qué.

—Le escucho.

—Ya he mencionado cuan lenta es la comunicación entre estrella y estrella. Tenemos que llevar nuestras cartas en naves, justo como hacíamos antes, localmente, antes de la invención del telégrafo. La sobrepropulsión nos permite superar la velocidad de la luz, pero eso no nos da un margen realmente grande. ¿Entiende esto?

—Ciertamente —dijo Dana. Ella parecía estar un poco picada, y Weinbaum decidió darle la información completa a un paso más rápido. Después de todo, ella debería de estar mejor informada que el promedio de los legos.

—Entonces lo que hemos necesitado durante largo tiempo —dijo él— es algún método prácticamente instantáneo para llevar un mensaje de un lugar a otro. Cualquier tiempo mínimo, no importa cuan pequeño sea al principio, se convierte en grande cuando las distancias son más y más largas. Más tarde o más temprano tendremos que tener este método instantáneo, o no seremos capaces de enviar mensajes de un sistema a otro lo suficientemente aprisa como para mantener nuestra jurisdicción en las regiones más alejadas del espacio.

—Espere un minuto —dijo Dana—. Siempre he creído que las ultraondas son más rápidas que la luz.

—Efectivamente, lo son; físicamente, no. ¿Entiende esto? Ella movió su morena cabeza.

—En pocas palabras —dijo Weinbaum—, las ultraondas son radiación, y toda la radiación en el espacio libre está limitada a la velocidad de la luz. La forma en que aumentamos .la velocidad de las ultraondas es usando una vieja aplicación de la teoría de la onda, en la cual la transmisión real de energía es a la velocidad de la luz, pero una cosa imaginaria llamada velocidad de fase va más rápido. Pero lo que ganamos en la velocidad de la transmisión no es gran cosa; por ultraonda, por ejemplo, podemos enviar un mensaje a Alfa Centauro en un año en lugar de que tarde casi cuatro. Sobre largas distancias, eso no es una gran diferencia de velocidad extra.

—¿Puede ser más elevada la velocidad? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—No. Piense en el rayo de ultraonda entre aquí y Centauro como una oruga. La oruga por sí misma se mueve muy lentamente, justo a la velocidad de la luz. Pero las pulsaciones que pasan por su cuerpo van más aprisa de lo que ella se mueve... y si alguna vez ha observado una oruga, sabrá que eso es verdad. Pero hay un límite físico para el número de pulsaciones que pueden viajar a través de la oruga, y nosotros ya hemos llegado a ese límite. Hemos llevado la velocidad de fase a lo máximo que puede dar. Ese es el motivo por que necesitamos algo más rápido. Durante un largo tiempo las teorías de la relatividad nos quitaban toda esperanza de algo más rápido; incluso la alta velocidad de fase de una onda guiada no contradice esas teorías; sólo encontró un límite, una salida matemáticamente imaginaria en ellas. Pero cuando Thor comenzó a mirar la cuestión de la velocidad de la propagación del impulso Dirac, encontró la respuesta. El comunicador que él ha descubierto parece actuar sobre largas distancias, cualquier distancia, instantáneamente, y puede ser que haga volar en pedazos la relatividad.

La cara de la chica manifestaba desconcierto.

—No estoy segura de haberlo cogido en sus ángulos técnicos —dijo ella—. Pero si hubiese tenido alguna noción de la dinamita política que esto contenía...

—...Se hubiera mantenido alejada de mi oficina —concluyó Weinbaum, severamente—. Una buena cosa que no ha hecho. El Brindisi transporta un modelo del comunicador Dirac hacia la periferia para una prueba final; la nave se supone que se pondrá en contacto conmigo desde fuera a un tiempo terrestre dado, el cual hemos calculado muy elaboradamente estimando las transformaciones residuales Lorentz y Milne implicadas en un vuelo como éste, y una cantidad más de fenómenos del tiempo que no significarían nada para usted. Si esa señal llega aquí a la Tierra en el tiempo terrestre dado, entonces, dejando de lado los estragos que causará entre los físicos teóricos que decidamos hacer partícipes de ello, tendremos realmente nuestro comunicador instantáneo, y podremos incluir todo el espacio ocupado en una misma zona temporal. Y tendremos una terrible ventaja sobre cualquier persona que esté fuera de la ley, que tendrá que recurrir a las ultra-ondas localmente y a las cartas llevadas por naves en las distancias más grandes.

—No —dijo el doctor Wald, ásperamente— si ya se ha propagado la información.

—Queda por saber cuánto se sabe del asunto —dijo Weinbaum—. El principio es raramente oscuro, Thor, y sólo el nombre no significará mucho incluso para un científico avezado. Supongo que el misterioso informador de Dana no habrá entrado en detalles técnicos... ¿O sí?

—No —dijo Dana.

—Diga la verdad, Dana. Sé que está suprimiendo algo de esa carta.

Librodot

La chica comenzó levemente.

—Muy bien, sí, es cierto. Pero nada técnico. Hay otra parte de la carta que cita el número y la clase de naves que ustedes enviarán para proteger al Brindisi. Además, la predicción dice que serán suficientes; me guardo este dato para ver si en verdad se convierte en realidad. Si es así, creo que he conseguido un corresponsal.

—Si es verdad —dijo Weinbaum—, habrá conseguido un pájaro enjaulado. Veremos si puede leer la mente J. lo que sea Stevens en una subcelda de Fuerte Yaphank.

Abruptamente, cortó la conversación y urgió a Dana para que saliera con una controlada cortesía.

III

Weinbaum entró a la celda de Stevens, cerrando la puerta tras él y pasándole las llaves al guardia. Se sentó pesadamente en el más cercano de los taburetes.

Stevens le sonrió con la débil y benevolente sonrisa de los muy ancianos y dejó el libro a un lado en la litera. El libro, sabía Weinbaum, desde que su oficial se lo había aclarado, era sólo un volumen de poesías agradables e inofensivas de un poeta de una Nueva Dinastía llamado Nims.

—¿Eran nuestras predicciones correctas, capitán? —dijo Stevens.

Su voz era alta y musical, muy parecida a la de un chico.

Weinbaum asintió.

—¿Aún no quiere decirnos cómo lo ha logrado?

—Pero si ya lo he hecho —protestó Stevens—. Nuestra red de inteligencia es la mejor en el Universo, capitán. Es superior incluso a vuestra excelente organización, como muestran los hechos.

—Sus resultados son superiores, eso lo garantizo —dijo Weinbaum, hoscamente—. Si Dana Lje hubiese echado su carta al incinerador, habríamos perdido el Brindisi y nuestro transmisor Dirac. Por cierto, ¿su carta original predecía correctamente el número de naves que enviaríamos? Stevens asintió con placer, su limpia y bien arreglada barba blanca se balanceaba hacia adelante levemente mientras sonreía.

—Me lo temía. —Weinbaum se inclinó hacia adelante—. Stevens, ¿tiene el transmisor Dirac?

—Por supuesto, capitán. ¿De qué otra forma mis corresponsales me podrían informar con la eficiencia que ha observado?

—Entonces, ¿por qué nuestros receptores no pueden coger las sintonías de sus agentes? El doctor Wald dice que es inherente al principio que las sintonías del Dirac sean captadas por todos los instrumentos ajustados para recibirlas, no se puede impedir. Y en este estado del juego hay tan pocas sintonías preparadas que estamos casi seguros de poder detectar cualquiera que no proviniera de nuestros equipos.

—Declino contestar esa pregunta, si usted puede disculpar esa descortesía —dijo Stevens, la voz temblándole levemente—. Soy un anciano, capitán, y esta agencia de inteligencia es mi único recurso. Le he contado cómo operamos, no tendremos en el futuro ninguna ventaja sobre vuestros propios servicios, excepto por la limitada libertad de nuestro secreto. Abogados competentes me han asegurado que tengo todo el derecho de operar en una oficina privada de investigación, con la licencia apropiada, a cualquier escala que yo

Librodot

elija: y que tengo el derecho de mantener mis métodos en secreto, como los así llamados «capitales intelectuales» de mi firma. Si usted desea usar nuestros servicios, muy bien.

Le serviremos, dándole todas las garantías sobre la información, de acuerdo con una tarifa apropiada. Pero nuestros métodos son de nuestra propiedad,

Robín Weinbaum sonrió torcidamente.

—No soy un hombre ingenuo, señor Stevens —dijo—. Mi servicio es duro en ingenuidad. Usted sabe tan bien como yo que el gobierno no puede permitirle que opere sobre una base de libertad de acción, suministrando información de alto secreto a cualquiera que pueda pagar el precio, o incluso libre de cargo a una columnista de vídeo como un tipo de prueba, aunque usted llegara a la información independientemente del espionaje..., lo cual aún no tengo demasiado claro. Si usted puede duplicar esta predicción del Brindisi a su antojo, tendremos que pedir la exclusiva de sus servicios. En poco tiempo, usted se convertirá en un brazo civil de mi propia oficina.

—¿Realmente? —dijo Stevens, devolviéndole la sonrisa de forma paternal—. Nos estamos anticipando a los hechos, por supuesto. De todas formas, tenemos que considerar los contratos con otros gobiernos: en particular con Erskine. Si vamos a trabajar en exclusiva para la Tierra, necesariamente nuestro precio incluirá una compensación por nuestra renuncia a los otros casos.

—¿Por qué ha de ser así? Los patriotas servidores públicos trabajan para sus gobiernos con pérdidas, si no pueden trabajar para él de otra forma.

—Estoy bien informado sobre eso. Estoy dispuesto a renunciar a mis oíros intereses. Pero requiero ser pagado.

—¿Cuánto? —preguntó Weinbaum, advirtiendo entonces que sus puños estaban tan fuertemente apretados que le dolían.

Stevens pareció considerar, moviendo su floreada cabeza blanca en senil deliberación.

—Mis asociados deberán ser consultados. De todas formas, como un comienzo, una suma igual a la presente asignación de su oficina, pendiente de pos tenores negociaciones.

Weinbaum se levantó de un salto, los ojos inmensamente abiertos.

—¡Usted, viejo pirata! Usted sabe condenadamente bien que no puedo utilizar mi asignación entera sólo en el servicio de un civil. ¿Alguna vez se le ha ocurrido que nuestros equipos civiles están trabajando para nosotros con contratos de menor coste, y que nuestros ejecutivos civiles sólo reciben de paga un crédito al año, por su propia elección? Usted está pidiendo cerca de los dos mil créditos por hora a su propio gobierno, y al mismo tiempo clamando por la protección legal que ese mismo gobierno le da. so pena de dejar a esos fanáticos de Erskine que paguen un precio más alto.

—El precio no es irracional —dijo Stevens—. El Servicio es superior al precio.

—¡Ahí es donde se equivoca! Tenemos al descubridor de la máquina trabajando para nosotros. Por menos de la mitad de la suma que usted está pidiendo, podemos encontrar la aplicación de la artimaña con la cual está comerciando; de eso puede estar condenadamente seguro.

—Un juego peligroso, capitán.

—¡Quizá, pronto lo veremos! —Weinbaum miró echando chispas por los ojos al plácido rostro—. Estoy obligado a decirle que es usted un hombre libre, señor Stevens, Somos incapaces de demostrar que llegó a la información por métodos ilegales. Usted tiene hechos clasificados como alto secreto en su posesión, pero no tiene documentos clasificados, y es su privilegio como ciudadano el hacer acertijos. Pero tarde o temprano le

Librodot

cogeremos. Si hubiese sido razonable, se hubiera encontrado en una muy buena posición con nosotros, sus ingresos asegurados como los ingresos de cualquier político, y su persona respetada al máximo. Ahora, de todas formas, es usted objeto de censura; no tiene usted idea de cuan humillante eso puede ser, pero me aseguraré de que se entere. No habrá nuevos golpes de noticias para Dana Lje o para cualquier otro. Quiero ver cada palabra que usted diga a sus clientes fuera de la oficina. Cada palabra que me sea de utilidad será usada, y se le pagará el establecido centavo por palabra, al mismo precio que el FBI paga a los informadores anónimos. Lo que yo encuentre que no tenga utilidad será destruido sin previa aclaración. Eventualmente tendremos la modificación del Dirac que usted está usando, y cuando eso ocurra, estará tan acabado que cualquiera podrá escupir sobre usted.

Weinbaum se detuvo un momento, asombrado de su propia furia.

La voz de clarinete de Stevens comenzó a sonar en la cavidad desprovista de ventanas.

—Capitán, no tengo ninguna duda de que podrá hacerme eso, al menos parte de ello. Pero será sin resultados. Le daré una predicción, sin cargo alguno. Está garantizada, como todas nuestras predicciones. Es la siguiente: Usted nunca encontrará esa modificación. Eventualmente, yo se la daré, en mis propios términos, pero nunca la encontrará por sus propios medios, ni tampoco me forzará a suministrársela.

—Jactancioso —dijo Weinbaum.

—Hechos. Es usted el jactancioso: habla basándose en nada más que una esperanza. Yo, por el contrario, sé de qué hablo... Pero concluyamos esta discusión; no tiene ningún fin. Usted verá mis puntos de vista en la forma más ruda. Gracias por darme mi libertad. Hablaremos nuevamente en diferentes circunstancias el... Déjeme ver... Ah, sí, el 9 de junio del año 2091. Es decir, dentro de poco.

Stevens cogió su libro nuevamente, asintiendo en dirección a Weinbaum, su expresión era inofensiva y amable, sus manos mostraban el marcado temblor de la parálysis agitans. Weinbaum se movió hacia la puerta impotentemente y le hizo una señal al carcelero. Cuando las barras se cerraban detrás de él, se oyó la voz de Stevens:

—Oh, sí, y feliz Año Nuevo, capitán.

Weinbaum voló en el camino de regreso a su propia, oficina al menos el doble de excitado que el proverbial panal de avispones, y al mismo tiempo bastante lúgubremente informado de su propio y probable futuro. Si la segunda predicción de Stevens resultaba tan fenomenalmente cierta como había sido la primera, el capitán Robín Weinbaum estaría pronto vendiendo de puerta en puerta un elegante conjunto de uniformes de segunda mano.

Miró echando chispas por los ojos a Margaret Soames, su recepcionista. Ella le devolvió la ígnea mirada; le conocía de mucho tiempo como para estar intimidada.

—¿Alguna cosa? —preguntó él.

—El doctor Wald le está esperando en su oficina. Hay algunos informes de campo, y un par de Diracs en su cinta privada. ¿Algo de suerte con el viejo chiflado?

—Eso es alto secreto —dijo él, aplastantemente.

—Puf... Eso significa que nadie conoce aún la respuesta, excepto J. Shelby Stevens.

El se derrumbó repentinamente.

—Está malditamente en lo cierto. Eso es justamente lo que significa. Pero tenemos que hacerlo fracasar tarde o temprano. Tenemos que cogerle.

—Lo harán —dijo Margaret—. ¿Alguna otra cosa para mí?

Librodot

—No. Avise al equipo clerical que hoy hay medio día libre; luego váyase a un estéreo o a donde quiera. El doctor Wald y yo tenemos unos cuantos alambres privados que mover..., y salvo que esté tristemente equivocado, tenemos que vaciar una botella privada de aquavit.

—Correcto —dijo la recepcionista—. Guárdeme algo para mí. La cerveza es la mejor bebida que se puede tomar después del aquavit; he hecho traer algunas.

—Si regresa antes de que esté convenientemente borracho —dijo Weinbaum, sintiéndose ya un poco mejor—, la besaré por su atención.

Tan pronto como cerró la puerta de su oficina, su humor se volvió abruptamente casi tan negro como antes. A pesar de su relativa juventud —tenía ahora sólo cincuenta y cinco años—, había estado en el servicio durante un largo tiempo, y no necesitaba que nadie le dijera las posibles consecuencias que podrían derivarse de la posesión privada del comunicador Dirac. Si alguna vez tuviera que haber una Federación del Hombre en la Galaxia, estaba dentro del poder de J. Shelby Stevens el arruinarla antes de haber comenzado. Y parecía que no había nada que hacer al respecto.

—Hola, Thor —dijo él hoscamente—. Pasa la botella.

—Hola, Robín. Creo que las cosas han ido mal... Cuéntame qué ha sucedido.

Weinbaum se lo contó brevemente.

—Y lo peor de iodo —finalizó— es que Stevens mismo predice que nosotros no seremos capaces de encontrar la aplicación del Dirac que él está usando, y que se la tendremos que comprar a su precio. De alguna manera le creo..., pero no puedo ver la forma en que eso sea posible. Si tuviera que decirle al Congreso que voy a gastar mi asignación entera en un solo servicio civil, estaría ya fuera de aquí en las tres sesiones siguientes.

—Quizá ése no sea su precio verdadero —sugirió el científico—. Si quiere regatear, seguramente comenzará con una cifra que esté a kilómetros de distancia de lo que realmente quiere.

—Seguro, seguro... Pero, francamente, Thor, odio tener que darle a ese viejo malvado un solo crédito si puedo sacármelo de encima. —Weinbaum suspiró—. Bien, veamos qué es lo que nos mandan del campo.

Thor Wald se alejó lentamente del escritorio de Weinbaum mientras el oficial desdoblaba y ponía en marcha la pantalla del Dirac. Apiladas limpiamente cerca del ultrateléfono —un ingenio en el cual Weinbaum había estado pensando sólo hacía unos días como pasado de moda— estaban las cintas que Margaret había mencionado. Introdujo la primera en el Dirac e hizo girar la palanca acodillada principal hasta la posición marcada como Comienzo.

Inmediatamente la pantalla entera se volvió de un blanco puro y los audiolocutores emitieron un casi instantáneo estallido de sonido terminado al final, con un beep que, como Weinbaum ya sabía, construía un espectro continuado desde cerca de los 30 ciclos por segundo hasta por encima de los 18.000. Entonces ambos, la luz y el sonido, se fueron como si nunca hubiesen estado, y fueron reemplazados por el rostro y la voz familiares del jefe local de Weinbaum en Rico City.

—No hay nada inusual en la forma de los transmisores en la oficina de Stevens aquí —dijo el agente, sin preámbulos—. Y no hay ningún equipo local de Información Interestelar, exceptuando una taquígrafa, y ella es tan muda como ellos. Todo lo que hemos podido obtener de ella es que Stevens es «un anciano muy dulce». No hay ninguna posibilidad de que ella esté actuando; es literalmente estúpida, del tipo que cree que Betelgeuse es algo que los indios usaban para oscurecerse la piel. Hemos buscado algún tipo de lista o de tabla codificada que nos pueda dar una idea acerca del equipo de campo de Stevens, pero ése ha sido otro punto

Librodot

muerto. Ahora estamos manteniendo una vigilancia de veinticuatro horas en el lugar desde un sitio que está cruzando la calle. ¿Ordenes? Weinbaum le dictó al blanco trozo de cinta que venía a continuación:

—Margaret, la próxima vez que envíe una cinta a mi despacho, corte el condenado beep del principio. Diga a los chicos en Rico City que Stevens ha sido liberado, y que estoy dando los pasos necesarios para lograr una orden en seguridad para interferir su ultrateléfono y sus líneas locales; éste es un caso en el que estoy seguro de persuadir a la corte de que la interferencia es necesaria. También, y asegúrese que esto va en código, dígales que procedan con la interferencia inmediatamente y que la mantengan aunque la corte niegue su permiso. Yo imprimiré mi pulgar en una Confesión de Plena Responsabilidad para ellos. Nos podemos permitir el jugar sucio con Stevens; el daño potencial es demasiado grande. Y, oh, sí, Margaret, envié el mensaje mediante un mensajero, y envié órdenes generales a todo el mundo implicado de que no use el Dirac, salvo en los casos en que la distancia y el tiempo deje fuera de uso los demás métodos. Stevens ha admitido que puede sintonizar todas las ondas Dirac.

Desconectó el micrófono y miró fija y morosamente durante un minuto el hermoso trabajo a base de espirales en madera hecho en Eridea, que descansaba sobre su escritorio. Wald tosió inquisitivamente y recobró el aquavit.

—Discúlpame, Robin —dijo—, pero creo que deberíamos trabajar en ambos sentidos.

—También lo pienso yo. Y el hecho es que no hemos podido captar más que un susurro acerca de Stevens o sus agentes. No sé de qué forma puede ser cogido, pero evidentemente debe de haber alguna.

—Bien, consideremos el problema, y veamos qué obtenemos —dijo Wald—. No deseaba decir esto en presencia de la joven dama, por razones obvias... Me refiero a la señorita Lje, por supuesto, no a Margaret..., pero la verdad es que el Dirac es esencialmente un mecanismo sencillo en principio. Yo, seriamente, dudo de que haya algún medio de transmitir un mensaje de forma que no pueda ser detectado..., pero un examen de la teoría con esta premisa en mente nos puede dar algo nuevo.

—¿Qué premisa? —preguntó Weinbaum.

Thor Wald le estaba dejando atrás demasiado a menudo en estos días.

—La de que una transmisión Dirac no tiene por qué ir necesariamente a todos los comunicadores capaces de recibirla. Si eso es cierto, entonces las razones de por qué es cierto deben emerger de la teoría.

—Ya veo. Bien, procedamos en esa línea. He estado mirando el dossier de Stevens y es un absoluto desierto. Anteriormente a la apertura de la oficina en Rico City, no hay nada acerca de un tal J. Shelby Stevens. El hombre me olió, la primera vez que hablé con él, a que estaba usando un seudónimo. Le pregunté qué significaba la J en su nombre, y me dijo: «Oh, dejémoslo por Jerónimo.» Pero quién es el hombre detrás del seudónimo...

—¿Es posible que esté usando sus propias iniciales?

—No —dijo Weinbaum—. Sólo los más tontos lo hacen, o trasponen sílabas, o retienen alguna conexión con sus nombres verdaderos. Esas son personas que tienen un problema emocional serio, personas que se sumergen a sí mismas en el anonimato, pero dejan huellas a todo su alrededor, esas huellas realmente están gritando por ser descubiertas. Por supuesto que estamos trabajando sobre ese punto también —no podemos descuidar nada—, pero J. Shelby Stevens no es ese tipo de caso, estoy seguro. —Weinbaum se levantó bruscamente—. Bien, Thor, ¿qué es lo primero en tu programa técnico de trabajo?

Librodot

—Bien, supongo que debemos comenzar por comprobar las frecuencias que usamos. Seguiremos con el supuesto Dirac, y trabaja muy bien y siempre lo ha hecho, de que un positrón en movimiento a través de un cristal en forma de rejilla es acompañado por las ondas Broglie, que son la transformación de las ondas de un electrón en movimiento en algún lugar del Universo. Por lo tanto, si nosotros controlamos la frecuencia y el paso del positrón, controlamos el emplazamiento del electrón; hacemos que aparezca, y por lo tanto que hable, en los circuitos de un comunicador en algún lugar. Después de esto, la recepción es sólo cuestión de amplificar los impulsos y leer la señal.

Wald adoptó un gesto de severidad y movió su rubia cabeza.

—Si Stevens está captando nuestros mensajes y otros que no podemos captar, mi primer supuesto será que él ha estado trabajando en un circuito de tono más fino y más delicado que el nuestro, y es más o menos como deslizar sus mensajes por debajo de los nuestros. El único camino por el cual puede hacerse, por lo menos por lo que puedo ver ahora, es utilizando un control realmente fantástico de la frecuencia de su emisor positrónico. Si es así, el paso lógico a dar es ir hacia el comienzo de nuestras pruebas y comprobar nuestras difracciones para ver si podemos afinar nuestras mediciones de las frecuencias de los positrones.

El científico parecía tan sombríamente inexpresivo mientras ofrecía esta solución, que un manto de desesperanza se abatió sobre Weinbaum con absoluta benevolencia.

—No pareces esperar que eso revele algo nuevo.

—No lo espero. Veamos, Robin, las cosas son diferentes en física ahora que en el siglo veinte. En esos días, siempre se presuponía que la física no tenía límites: la clásica afirmación fue hecha por Weyl, quien dijo que «es intrínseco a una cosa real el ser inagotable en su contenido». Nosotros sabemos ahora que las cosas no son así, excepto en una remota y asociacional forma de ser. Hoy en día, la física es una ciencia definida y limitada en sí misma; su extensión es aún prodigiosa, pero ya no podemos seguir pensando que no tiene límites. Esto está más claro en la física de las partículas, que en cualquier otra rama de esta ciencia. La mitad de los problemas que tenían los físicos del siglo pasado con la geometría euclidiana, y aquí está la razón de por qué ellos desarrollaban teorías muy complicadas acerca de la relatividad, es que se trata de una geometría de líneas y, por lo tanto, puede ser subdividida infinitamente. Cuando Cantor probó que realmente hay un infinito, al menos matemáticamente hablando, eso pareció confirmar la posibilidad de un universo físico realmente infinito.

Los ojos de Wald se volvieron vagos, y se detuvo para tomar un trago del aromático licor aquavit que le hubiese hecho erizarse todos los pelos a Weinbaum.

—Recuerdo —dijo Wald— al hombre que me enseñó la teoría de los conjuntos en Princeton, hace muchos años. El solía decir: «Cantor nos enseña que hay muchas clases de infinitos.» ¡Qué viejo loco!

Weinbaum recobró la botella rápidamente.

—Continúa, Thor.

—Oh. —Wald pestañeó—. Sí. Bien, lo que nosotros sabemos ahora es que la geometría que se aplica a las partículas últimas, como el positrón, no es la euclidiana. Es pitagórica: una geometría de puntos y no de líneas. Una vez que has medido uno de esos puntos y no tiene importancia qué tipo de cantidad estás midiendo, ya has llegado lo más lejos que puedes llegar. En ese punto, el Universo se vuelve discontinuo, y no es posible ningún otro refinamiento posterior. Y te digo que nuestras mediciones de la frecuencia de los positrones ya han llegado a ese límite. No hay elemento en el Universo más denso que el plutonio, y

Librodot

obtenemos los mismos valores de frecuencia de la difracción a través de los cristales de plutonio como a través de los de osmio; no hay la más mínima diferencia. Si J. Shelby Stevens está operando en términos de fracciones de esos valores, entonces está haciendo lo que un organista llamaría estar «jugando en las rendijas»..., lo que es ciertamente algo en lo que puedes pensar, pero algo que es actualmente imposible de hacer. Hoop.

—¿Hoop? —repitió Weinbaum.

—Lo lamento. Ha sido un hipo solamente.

—Oh... Bien. ¿Quizá Stevens ha reconstruido el órgano?

—Si él ha reconstruido la figura métrica del Universo para acomodarla a una firma privada de investigación —dijo Wald. firmemente—, yo no veo razón de por qué no podamos arrestarlo... hoop... por declarar el cosmos entero nulo y abolido.

—Muy bien, muy bien —dijo Weinbaum, regañando—. Yo no quise llevar tu analogía hasta sus últimas consecuencias; solamente estaba preguntando. Pero comencemos a trabajar en ello de todas formas. No podemos quedarnos aquí sentados y darle la razón a Stevens. Si este ángulo de la frecuencia se vuelve tan desesperanzador como parece, intentaremos otra cosa.

Wald miró la botella de aquavit con ojos de lechuza.

—Es un problema muy bonito —dijo—. ¿Alguna vez te he cantado una canción que tenemos en Suecia que se llama Nat-og-Dag?

—Hoop —dijo Weinbaum, para su propia sorpresa, en un alto falsete—. Excúsame. No. Oigámosla.

La computadora ocupaba un piso completo del edificio de Seguridad, sus aparentemente idénticas baterías yacían a ambos lados en el suelo, a lo largo de un avanzado estado patológico de Peano «curva que llena el espacio». Al final de la línea de corriente había un panel maestro de control con una gran pantalla de televisión en el centro, ante la cual se hallaba el doctor Wald, mientras Weinbaum miraba, silencioso pero ansiosamente, por encima de su hombro.

La pantalla mostraba un modelo que, exceptuando el hecho de que estaba dibujado en luz verde sobre un fondo de un gris oscuro, se parecía mucho a un grano en un trozo de caoba muy pulido. A la derecha del doctor Wald había apiladas sobre una pequeña mesa fotos de un modelo similar; algunas se habían desparramado por el suelo.

—Bien, aquí está —Wald suspiró profundamente—. Y no me esforzaré en evitar decir: «Ya te lo había dicho.» Lo que me has hecho hacer aquí, Robín, es volver a afirmar cerca de la mitad de los postulados de la física de las partículas; por eso ha tardado tanto, a pesar de que ha sido el primer proyecto que hemos comenzado. —Apagó la pantalla—. No hay rendijas para el señor J. Shelby Stevens. Eso es definitivo.

—Si hubieses dicho: «Esto no tiene interés», habrías hecho un chiste —dijo Weinbaum lúgubremente—. Veamos, no hay ninguna posibilidad de error. Si no por tu parte, Thor, ¿tal vez en la computadora? Después de todo, está alimentada con las unidades de carga de la física moderna; ¿no deberíamos haber desconectado las baterías que contienen esas tendencias antes de que la máquina siguiera las cargas fracciónales de instrucciones que le hemos dado?

—Desconectar, dice él —gruñó Wald, enjugándose la frente, reflexivamente—. Estas tendencias están en todos los lugares de la máquina, amigo mío, porque funcionan en todos lados de una misma uní dad de carga. No era una cuestión de ir sustrayendo cargas; hemos tenido que añadir una con toda una tendencia propia, para contracorregir las correcciones que de otra forma la computadora hubiese aplicado a las instrucciones. Los técnicos pensaron que estaba loco. Ahora, cinco meses después, se lo he corroborado.

Weinbaum hizo una mueca, a su pesar.

Librodot

—¿Qué hay acerca de los otros proyectos?

—Todos listos desde hace ya tiempo. El equipo y yo hemos comprobado todas y cada una de las cintas del Dirac que hemos recibido desde que han liberado a J. Shelby de Yaphank, en busca de algún signo de intermodulación, signos marginales, o cualquier otra cosa de ese tipo. No hay nada, Robín, nada en absoluto. Ese es nuestro resultado.

—Lo cual nos deja en el mismo lugar en el que hemos comenzado —dijo Weinbaum—. Todos los proyectos llevan al mismo punto muerto; sospecho con firmeza que Stevens no se ha arriesgado a hacer más llamadas desde su oficina central a su equipo de campo, aunque haya demostrado suficiente confianza en que nunca interceptaríamos sus llamadas..., como de hecho no hemos podido. Incluso nuestro registro local en cinta magnetofónica no ha revelado ninguna llamada hecha por la secretaria de Stevens, para arreglar citas con diversos clientes, actuales o potenciales. Cualquier información que esté vendiendo en estos días la tiene que estar pasando en persona; y tampoco en su oficina, porque hemos puesto micrófono por todos lados y tampoco han registrado nada.

—Eso debe de limitar su radio de acción enormemente —objetó Wald.

Weinbaum asintió.

—Sin lugar a dudas, pero él no muestra ningún signo de estar molesto a causa de ello. No puede haber enviado ningún informe confidencial a Erskine recientemente, por ejemplo, porque nuestro último embrollo con esa pandilla ha dado muy buenos resultados para nosotros, a pesar de que tuvimos que usar al Dirac para enviar las órdenes a nuestro escuadrón que estaba allí fuera. Si nos ha oído, ni siquiera intentó pasar el informe. Justo como dijo, está intentando suavizar las cosas para nosotros... —Weinbaum se detuvo—. Espera un momento, aquí viene Margaret. Y por la longitud de sus zancadas, diría que trae en mente algo particularmente desagradable.

—Puedo asegurar que así es —dijo Margaret Soames, vengativamente—. Y haré saltar muchas tapas aquí si no he perdido mi capacidad. La escuadra ID ha cogido finalmente a J. Shelby Stevens. Lo han hecho simplemente usando el comparador de voces.

—¿Cómo funciona eso? —dijo Wald, interesándose.

—Micrófono de reflejos —dijo Weinbaum. impaciente—. Aisla las inflexiones en simples y normales sílabas y luego las compara. Es la técnica estándar ID de búsqueda en este tipo de casos, pero lleva tanto tiempo que usualmente obtenemos resultados de forma más rápida por otros medios. Bien, no esté allí como una muda, Margaret. ¿Quién es él?

—El —dijo Margaret— es su querida amiga dé las ondas de vídeo, la señorita Dana Lje.

—¡Están locos! —exclamó Wald, mirándola fijamente.

Weinbaum volvió en sí lentamente de su primera impresión de incredulidad.

—No, Thor —dijo finalmente—. No concuerda. Si una mujer se ha de disfrazar, hay siempre dos papeles que puede asumir fuera de su propio sexo: el de un chico joven, y el de un hombre muy anciano. Y Dana es una actriz, eso no es una novedad para nosotros.

—Pero... pero ¿por qué lo ha hecho, Robín?

—Eso es lo que vamos a saber en unos momentos. Con que no podríamos encontrar la modificación del Dirac por nuestros propios medios, ¿eh? Bien, hay otros medios de conseguir respuestas aparte de la física de las partículas. Margaret, ¿ha enviado una orden de captura para esa chica?

—No —dijo la mujer—. Esta es una castaña que quería verle sacar a usted por sí mismo. Usted me da la autorización, y yo envío la orden; no antes.

Librodot

—Chica rencorosa. Envíela, entonces, y brillen mis apretados dientes. Ven, Thor, pongamos el cascanueces en esta castaña.

Mientras iban saliendo del piso de la computadora, Weinbaum se detuvo repentinamente en su camino y comenzó a murmurar, en voz casi inaudible.

Wald dijo:

—¿Cuál es el problema, Robín?

—Nada. Estoy siendo llevado por esas predicciones. ¿Qué día es hoy?

—Hum... 9 de junio. ¿Por qué?

—Es la fecha exacta en que Stevens predijo que nos volveríamos a ver, ¡maldita sea! Algo me está diciendo que no será tan fácil como parece.

Si Dana Lje tenía alguna idea de aquello en lo que estaba metida —y considerando que ella era J. Shelby Stevens se daba por sentado que lo sabía— parecía que el conocimiento no la alteraba. Estaba sentada ante el escritorio de Weinbaum tan serena como siempre, fumando su eterno cigarrillo. Una de las rodillas, que tenía un hoyuelo, apuntaba directamente al puente de la nariz del oficial.

—Dana —dijo Weinbaum—, esta vez vamos a lograr todas las respuestas, y no seremos amables. Sólo en caso de que no esté informada de ello, hay ciertas leyes relativas al hecho de suministrar información falsa a un oficial de seguridad, bajo las cuales podemos encarcelarla por un mínimo de quince años. Aplicando los estatutos acerca de usar las comunicaciones para defraudar, más varias leyes locales sobre los travestís, uso de seudónimos y similares, probablemente podríamos acumular cortas sentencias adicionales, como para mantenerla en Yaphank hasta que realmente le crezca una barba. Por lo tanto, se lo advierto para que confiese.

—Tengo toda la intención de confesar —dijo Dana—. Sé prácticamente palabra por palabra cómo se llevará a cabo esta entrevista, qué información le voy a dar, el momento en que se la voy a dar y lo que me va a pagar por ella. Sé todo esto hace muchos meses. Por lo tanto, no hay ningún punto oscuro en mi ofrecimiento.

—Lo que usted está diciendo, señorita Lje —dijo Thor Wald, con voz resignada—, es que el futuro está fijado de antemano, y que usted puede leerlo en cada uno de sus detalles.

—Correcto, doctor Wald. Ambas cosas son ciertas.

Hubo un breve silencio.

—Correcto —dijo Weinbaum, severamente—. Hable.

—Correcto, capitán Weinbaum, págueme —dijo Dana, calmadamente.

Weinbaum resopló.

—Estoy hablando muy en serio —dijo ella—. Usted aún no sabe lo que yo sé acerca del comunicador Dirac. Yo no seré forzada a decírselo, bajo amenaza de prisión o bajo cualquier otra amenaza. Veamos, yo sé que usted no me va enviar a prisión, ni me va a dar drogas, o hacer cualquier cosa de ese tipo. Yo sé, también, que usted me va a pagar..., por lo que sería muy tonta si se lo dijera antes de que me pagara. Después de todo, lo que está comprando es todo un secreto. Una vez que le diga en qué consiste, usted y el servicio entero será capaz de leer el futuro como yo lo hago, y entonces la información no tendrá ningún valor.

Weinbaum permaneció sin habla durante un momento. Finalmente, dijo:

—Dana, usted tiene un corazón de puro bronce, al igual que una rodilla con un invisible cañón visual en ella. Digo que no le voy a dar mi asignación entera, sin importarme qué es lo que el futuro diga o deje de decir acerca de ello. No se la voy a dar porque de la forma en que

Librodot

mi gobierno —y el suyo— lleva las cosas, hace que ése sea un precio imposible. ¿O no es ése su precio realmente?

—Ese es mi precio real, pero también hay una alternativa. Llámelo como mi segunda elección. Mi primera elección, que es el precio que ya he establecido, se convierte en dos partes: a) ser admitida en su servicio como oficial responsable, y b) casarme con el capitán Robín Weinbaum.

Weinbaum saltó de su silla. Se sentía como si llamas cobrizas de un palmo de largo salieran disparadas de cada uno de sus oídos.

—Por todos los... —comenzó. Aquí su voz falló por completo.

Desde detrás de él, en el lugar en el que Wald estaba de pie, vino algo .corno una larga risotada de modelo escandinavo que se intenta evitar de todas las formas posibles.

Dana misma parecía estar sonriendo.

—Como ve —dijo ella— yo no apunto mi mejor y más esmerada rodilla a cualquier hombre con el que me encuentro.

Weinbaum se sentó nuevamente, lenta y cuidadosamente.

—Camine, no corra hacia la salida más cercana —dijo él—. Las mujeres y los infantiles oficiales de seguridad primero. Señorita Lje, ¿está usted tratando de venderme la noción de que se metió en toda esta superchería, barba incluida, a causa de una ardiente pasión por mi regordeta y mal pagada persona?

—No enteramente —dijo Dana Lje—. También deseo formar parte de la oficina, como ya he dicho. Déjeme que le enfrente, capitán, con un hecho vital que parece que no se le ha ocurrido. ¿Acepta como un hecho que se pueda leer el futuro en detalle, y que eso, de ser posible, significa que el futuro está prefijado?

—Desde que Thor se siente capaz de aceptarlo, supongo que yo también... provisionalmente.

—No hay nada provisional acerca de ello —dijo Daña firmemente—. Ahora, cuando yo llegué a esto, uh, esta comedia, hace un tiempo, una de las primeras cosas que encontré era que yo me iba a ver envuelta en esta mascarada de J. Shelby Stevens, me iba a forzar a mí misma dentro del equipo de la oficina, y me iba a casar con usted, Robín. En ese momento, estaba atónita y completamente rebelde. Yo no quería estar en el equipo de la oficina; me gustaba mi vida libre como comentarista del vídeo. Yo no me quería casar con usted, aunque no me hubiese molestado vivir con usted durante un tiempo... digamos un mes o así. Y, sobre todo, la mascarada me chocaba por lo ridícula que era.

»Pero los hechos continuaron mirándome a la cara. Yo iba a hacer esas cosas. No había alternativas, ninguna fantástica "rama temporal", ningún punto de decisión que pudiera ser alterado para hacer que el futuro cambiara. Mi futuro, como el suyo, el del doctor Wald, y como el de cualquier otro, estaba prefijado. No importaba nada si había o no un motivo decente para hacer lo que estaba haciendo; lo iba a hacer de todas formas. La causa y efecto, como pude comprobar por mí misma, no existen. Un evento sigue al otro porque los eventos son tan indestructibles en el espacio-tiempo como lo son la materia y la energía.

»Fue la más amarga de las píldoras. Me llevará muchos años tragarla por completo, al igual que a usted. E! doctor Wald llegará a asimilarlo un poco antes, pienso. A cualquier precio, una vez que estuve intelectualmente convencida de que todo era así, tenía que proteger mí propia salud. Sabía que no podía alterar lo que iba a hacer, pero al menos podía protegerme abasteciéndome de motivos. O, en otras palabras, de racionalizaciones. Eso es lo más, parece, que somos libres de hacer; la conciencia del observador está sólo al lado de la cabalgata a través del tiempo, y no puede alterar los hechos; pero puede comentar, explicar, inventar. Eso es una

Librodot

suerte, porque ninguno de nosotros podría mantener mociones que estuvieran realmente desligadas de lo que nosotros pensamos como significaciones personales.

»Por lo tanto me abastecí con los motivos obvios. Puesto que me iba a casar con usted y no me podía alejar de ello, me propuse convencerme de que le amaba. Ahora le amo. Puesto que iba a entrar a formar parte del equipo de la oficina, pensé en todas las ventajas que podía tener para una comentarista de vídeo, y encontré que formaba una lista respetable. Esos son mis motivos.

»Pero yo no tenía esos motivos al principio. Realmente, nunca hay motivos detrás de las acciones. Todas las acciones están prefijadas. Lo que nosotros llamamos motivos evidentemente son racionalizaciones de la impotente conciencia observadora, que es lo suficientemente inteligente como para oler un evento que se acerca, y ya que no puede evitarlo, en cambio se construyen razones para desearlo.

—Huau —dijo el doctor Wald, falto de elegancia pero con considerable fuerza.

—O «huau» o «monsergas» parece ser lo adecuado... no puedo decidirme por cuál —asintió Weinbaum—. Sabemos que Dana Lje es una actriz, Thor, por lo tanto no nos bajemos del árbol tan rápidamente. Dana, he estado dejando la pregunta realmente ardua para el final. La pregunta es: ¿Cómo? ¿Cómo ha llegado a esta modificación del transmisor Dirac? Recuerde que conocemos su historial, lo que no sabíamos era acerca del tal J. Shelby Stevens. Usted no es una científica. Hubo algunos intelectos realmente poderosos entre sus parientes más lejanos, pero eso es lo más cerca que estamos.

—Le daré varias respuestas a esa pregunta —dijo Dana Lje—. Escoja la que le guste más. Todas son verdaderas, pero tienden a contradecirse aquí y allá.

«Para comenzar, está en lo cierto acerca de mis parientes, por supuesto. Si revisa su dossier nuevamente, descubrirá que los llamados parientes lejanos eran los últimos sobrevivientes de mi familia excepto yo. Cuando ellos murieron, aun siendo segundos, cuartos y novenos primos como eran, sus posesiones revirtieron a mí, y entre sus efectos encontré un esquema de un posible comunicador instantáneo basado en la inversión de la onda Broglie. El material estaba en una forma muy rudimentaria, y la mayor parte estaba por encima de mi comprensión, porque yo no soy, como usted ha dicho, una científica. Pero estaba interesada; pude ver, vagamente, cuan valioso sería, y no sólo en el aspecto monetario.

»Mi interés fue estimulado por dos coincidencias; el tipo de coincidencias que la causa-efecto sólo no puede permitir, pero que parecen acontecer al igual en el mundo de los eventos determinados. La mayor parte de mi vida adulta, he estado en las industrias de las comunicaciones de un tipo u otro, la mayor parte en ramas del vídeo. He tenido equipos de comunicaciones a mi alrededor constantemente, y he tomado café y donuts con ingenieros de comunicaciones cada día. Primero cogí la jerga; luego, algo de los procedimientos; y eventualmente, algo de conocimiento real. Algunas de las cosas que aprendía no podían ser obtenidas de otra forma. Y otras cosas sólo ordinariamente accesibles a la gente altamente especializada, como el doctor Wald aquí presente, llegaron a mí por accidente, en forma de chistes, entre besos, y de un ciento de otras formas, todas connaturales al ambiente del sistema de vídeo.

Weinbaum se dio cuenta, para su propio aturdimiento, de que el «entre besos» no le había sentado muy bien. Dijo con brusquedad inintencionada:

—¿Cuál es la otra coincidencia?

—Un espía en su propio equipo.

—Dana, a eso le podría poner música.

—Haga usted lo que guste.

Librodot

—No puedo hacer lo que me guste —replicó Weinbaum petulantemente—. Trabajo para el gobierno. ¿Este espía dependía directamente de usted?

—No al principio. Ese es el motivo por el cual insistí personalmente con usted en que debería existir tal espía, y porque empecé a referirme vagamente a él públicamente, en mi programa. Estaba deseando que usted fuera capaz de quitárselo de encima antes de que mi primer contacto bastante tenue con él se perdiera. Al no tener éxito en provocarle a que se defendiera, corrí el riesgo de contactar directamente con el espía, y el primer trozo de información secreta que me llegó era el punto final que necesitaba para montar mi comunicador Dirac. Cuando estaba totalmente montado, hacía más que sólo comunicar. Predecía. Y le puedo decir por qué.

Weinbaum dijo pensativamente:

—No encuentro difícil aceptar esto, hasta el momento. Recortando la filosofía, incluso le da algún sentido al asunto J. Shelby Stevens. Creo que dejando que el anciano caballero se convirtiera en alguien que sabía más que yo acerca del transmisor Dirac, y que no se oponía a negociar con nadie que tuviera dinero, usted mantuvo al espía trabajando a través de usted... antes de que transmitiera información directa a gobiernos enemigos.

—Trabajó de esa forma —convino Dana—. Pero ésa no fue la génesis o el propósito de la mascarada de Stevens. Ya le he dado la explicación completa de cómo llegué a ello.

—Bueno, será mejor que me diga el nombre del espía antes de que se escape.

—Cuando haya pagado el precio, no antes. Es demasiado tarde como para prevenir una huida, de todas formas. Mientras tanto, Robín, quiero continuar y darle la respuesta a su otra pregunta acerca de cómo he sido capaz de encontrar este secreto particular del Dirac, mientras que ustedes no lo lograron. Las respuestas que le he dado hasta ahora han sido respuestas de causa-efecto, con las cuales nos sentimos más cómodos. Pero quiero hacerle comprender que todas las aparentes relaciones causa-efecto son meros accidentes. No hay tal cosa como una causa y tal otra como efecto. Encontré el secreto porque lo encontré; las circunstancias concretas que parecen explicar el porqué lo encontré, y los antiguos términos de causa-efecto, son irrelevantes. Similarmente, con todo vuestro equipo y cerebros superiores, no lo habéis encontrado por una razón, y sólo por una razón: porque no lo habéis encontrado. La historia del futuro dice que no lo habéis hecho.

—Pago mi dinero y no hay elección, ¿eh? —dijo Weinbaum tristemente.

—Me temo que sí... y a mí no me gusta mucho más que a usted.

—Thor, ¿cuál es tu opinión acerca de todo esto?

—Es todo tan inmensamente asombroso —dijo Wald serenamente—. De todas formas, parece unido y relacionado. El universo determinista que la señorita Lje ha pintado era una figura común de las viejas teorías de la relatividad, y como una simple especulación tiene una más larga historia. Yo diría que en la larga carrera, cuanta credibilidad pongamos en la historia como un todo descansará en el método, como ella le llama, de leer en el futuro. Si es demostrable por encima de cualquier duda, entonces el resto se convierte en perfectamente creíble... filosofía y todo. Si no lo es, entonces lo que queda es un admirable trabajo de actuación, más algo de metafísica que, aunque es en sí mismo consistente, no es original de la señorita Lje.

—Eso es un resumen del caso tan bien hecho como si le hubiera contratado, doctor Wald —dijo Dana—. Me gustaría puntualizar otra cosa aún. Si yo puedo leer el futuro, entonces J. Shelby Stevens nunca tuvo necesidad de un equipo de operativos de campo, y tampoco necesitó nunca enviar mensajes Dirac que ustedes podían haber interceptado. Todo lo que él necesitaba era hacer predicciones de sus propias lecturas, las cuales sabían que eran infalibles; tampoco necesitó de una red privada de espionaje.

Librodot

—Ya veo —dijo Weinbaum secamente—. Muy bien, Dana, pongamos la proposición de esta forma: Yo no la creo.. Mucho de lo que usted dice probablemente sea verdadero, pero creo que la totalidad es falsa. Por otra parte, si está diciendo la verdad, ciertamente tiene un puesto reservado en el equipo de la oficina —sería infernalmente peligroso no tenerla con nosotros— y lo del casamiento no es muy importante, excepto para usted y para mí. Usted puede obtener eso sin necesidad de tener que atar ninguna cuerda; yo no quiero ser comprado, no más de lo que desea usted.

»Por lo tanto, si me dice quién es el espía, consideraremos esa parte de la cuestión acabada. Pongo esa condición no como un precio, sino porque no deseo verme comprometido con alguien que se descubra dentro de un mes que es una espía.

—Suficientemente claro —dijo Dana—. Robín, su espía es Margaret Soames. Ella es un agente de Erskine, y además es un técnico altamente entrenado.

—Bien, maldita sea —dijo Weinbaum atónito—. Entonces ella ya se habrá fugado... ella fue la primera que me dijo que la habíamos identificado a usted. Debe de haber escogido esa tarea para tener el tiempo suficiente para preparar la huida.

—Eso es correcto. Pero la cogerá, pasado mañana. Y ahora eres un pez cogido, Robín.

Hubo otra carcajada reprimida de Thor Wald. —Acepto ese hecho alegremente —dijo Weinbaum, mirando la rodilla que estaba a la vista—. Ahora, si me cuentas cómo manejas tu sucio truco, y si revelas todo lo que decías en la carta, como has asegurado, veré que entres en la oficina y que se volatilicen todas los cargos que hay contra ti. De otra forma, probablemente tendría que besar a la novia a través de las rejas de la celda. Dana sonrió.

—El secreto es muy simple. Está en el beep, Weinbaum se quedó boquiabierto. —¿El beep? ¿El sonido que emite el Dirac?

—Correcto. Vosotros no lo habéis encontrado porque considerasteis que el beep era una molestia, y ordenaste a la señorita Soames que lo cortara de todas las cintas antes de enviártelas. La señorita Soames, que tenía alguna idea de lo que significaba el beep, estaba más que feliz de tener que hacer eso, dejando la lectura del beep exclusivamente para J. Shelby Stevens... quien ella pensaba que iba a tomar a Erskine como cliente.

—Explíquese —dijo Thor Wald, mirándola intensamente.

—Tal como usted creía, cada mensaje enviado a través de! Dirac es cogido por cada receptor que es capaz de detectarlo. Cada receptor... incluyendo el primero que fue construido, que es el suyo, doctor Wald, en medio de los cientos de miles que habrá en la galaxia en el Siglo Veinticuatro, de los incontables millones que existirán en el Siglo Treinta, y así. El beep del Dirac es la recepción simultánea de cada uno de los mensajes Dirac que han sido enviados alguna vez o que serán enviados alguna vez. Incidentalmente, el número cardinal de la totalidad de esos mensajes es relativamente pequeño y por supuesto es un número finito; está muy por debajo de los números finitos realmente grandes, tales como el número de electrones que tiene el universo, incluso aunque se fragmente cada uno de los mensajes en pequeñas partes y se cuenten esas partes.

—Por supuesto —dijo el doctor Wald suavemente—. ¡Por supuesto! Pero, señorita Lje..., ¿cómo individualiza cada uno de los mensajes? Nosotros tratamos con las frecuencias fracciónales de los positrones, y no nos llevaron a ninguna parte.

—Yo ni siquiera sabía que existían las frecuencias fracciónales de los positrones —confesó Dana—. No, es simple... tan simple que un lego con suerte como yo puede llegar a ello. Se individualizan los mensajes a partir del beep mediante la retardación del tiempo, nada más. Todos los mensajes llegan en el mismo instante, en la más pequeña fracción de tiempo que existe, algo llamado «cronón».

Librodot

—Sí —dijo Wald—. El tiempo que tarda un electrón en moverse de un nivel cuántico a otro. Ese es el punto de vista pitagórico de medición del tiempo.

—Gracias. Obviamente, ningún receptor puede responder a un mensaje tan breve, o por lo menos es lo que yo pensé al principio. Pero como hay relés y retrasos a causa de los interruptores, varias formas de realimentación y demás en el aparato mismo, el beep llega al circuito de salida como una pulsación compleja que ha sido «desparramada» a lo largo del eje temporal durante un segundo completo o quizá más. Ese es un efecto que se puede exagerar grabando el «desparramado» beep en una cinta de alta velocidad, de la misma forma en que se puede grabar cualquier hecho que se desea estudiar a cámara lenta. Entonces se individualizan los varios fragmentos en el receptor; para exagerar uno, se minimizan los demás, y se utilizan técnicas de supresión de ruidos para eliminar el fondo.

Thor Wald frunció el ceño.

—Aún habrá que hacer un considerable trabajo de selección. Ha tenido que comprobar los mensajes. —Que es justo lo que he hecho; la pequeña lección que me dio Robín acerca de la ultraonda me dio una idea. Me propuse encontrar el motivo por el cual un canal de ultraonda lleva tantos mensajes al mismo tiempo, y descubrí que vuestra gente coge una muestra de las pulsaciones que llegan cada milésima de segundo y la seleccionan sólo cuando la onda se desvía en una cierta forma de la media. Yo realmente no creía que pudiera trabajar con el beep del Dirac, pero se volvió tan bueno como el otro: 90 % tan inteligible como la transmisión original después que pasa por el dispositivo filtrador. Yo ya había tomado suficiente del beep como para poner en movimiento mi plan, por supuesto; pero ahora cada mensaje de voz era aprovechable, y claro como el cristal: si selecciona tres puntos cada milésima de segundo, se puede incluso coger una transmisión de música inteligible, un poco confusa, pero lo suficientemente buena como para identificar los instrumentos que están tocando... y ése es un test muy bueno para probar cualquier dispositivo de comunicación.

—Aquí hay una cuestión de detalles que no es necesario proseguir —dijo Weinbaum, para quien la charla técnica se estaba convirtiendo en algo demasiado espeso como para seguirla—. Dana, has dicho que sabías qué curso iba a seguir esta conversación, aunque no está grabada en ninguna cinta de Dirac, ni tampoco veo ninguna razón por la que deba ser grabada posteriormente.

—Eso es cierto, Robín. Pero cuando me vaya de aquí, haré una grabación por mí misma, en mi propio Dirac. Obviamente lo haré... porque yo ya lo he cogido, del beep.

—En otras palabras, te vas a llamar a ti misma... meses atrás.

—Eso es —dijo Dana—. No es una técnica demasiado práctica como se puede pensar al principio, a causa de que es demasiado peligroso hacer tal emisión mientras una situación se está desarrollando. Se puede, con seguridad, «telefonear hacia atrás» detalles sólo cuando una situación dada se ha cumplimentado, como diría un químico. Una vez que se sabe, de todas formas, que cuando estás usando el Dirac está lidiando con el tiempo, se pueden obtener cosas muy extrañas con el instrumento.

Se detuvo y se sonrió.

—He oído —dijo ella en tono conversacional— la voz del Presidente de nuestra Galaxia, en el año 3480, anunciando la federación de la Vía Láctea y de las Nubes Magallánicas. He oído al comandante de un crucero de línea mundial, viajando de 8873 a 8704 a lo largo de la línea mundial de un planeta llamado Hathshepa, que circunda una estrella en el borde NGC 4725, pidiendo ayuda a través de once millones de años luz... pero qué clase de ayuda estaba pidiendo, o pediría, está más allá de mi comprensión. Y muchas otras cosas. Cuando hagáis una prueba, oiréis estas cosas también... y os preguntaréis qué significan muchas de ellas.

Librodot

»Y las escucharéis incluso con más atención de lo que yo lo he hecho, con la esperanza de saber si alguien fue capaz o no de entender con tiempo para prestar ayuda.

Weinbaum y Wald parecieron aturdidos.

La voz de ella se volvió un poco más sombría: —La mayor parte de las voces en el Dirac no son más que eso: son gritos pidiendo ayuda, que podemos oír décadas o siglos antes de que quienes los enviaran se hayan metido en problemas. Os sentiréis obligados a contestar cada uno, para tratar de suministrar la ayuda que se necesita. Y escucharéis los mensajes y diréis: ¿Habremos llegado a tiempo? ¿Hemos entendido a tiempo? »Y en mayor parte de los casos no estaréis seguros. Sabréis el futuro, pero no sabréis comprender la mayor parte de él. Cuanto más lejos viajéis en el futuro con la máquina, los mensajes se volverán más y más incomprensibles, y, por lo tanto, os reduciréis a deciros a vosotros mismos que, después de todo, el tiempo tiene que seguir su propio camino, mucho antes de que los eventos circundantes puedan emerger para convertir esos mensajes remotos en algo claro y comprensible.

»El efecto, a la larga, por lo que yo puedo ver, no será el de la omnisciencia: nuestra conciencia enteramente sustraída al flujo del tiempo y observando toda su extensión. En cambio, el efecto Dirac simplemente desliza el punto de mira de la conciencia hacia adelante desde el presente hasta una cierta distancia. Lo que aún está por ver es si esa distancia es de quinientos años o cinco mil. En el punto en que se establece la ley de retorno decreciente —o el factor interferencia comienza a oscurecer la información—, el observador es reducido a viajar en el tiempo a la vieja velocidad. Sólo está un poco por delante de sí mismo.

—Usted ha pensado mucho acerca de esto —dijo Wald, lentamente—. Me desagrada pensar lo que podría haber sucedido si una persona menos consciente se hubiese topado con el beep.

—Eso no estaba en las cartas —dijo Dana. En la quietud siguiente, Weinbaum notó una sensación irracional y aturdida de abatimiento, de algo que había prometido más de lo que en realidad había dado; algo comparable al sabor del pan fresco con respecto a su olor, o el descubrimiento de que la canción sueca de Thor Wald, «canción popular», Nat-og-Dag era solamente la canción de Colé Porter Noche y Día en otro idioma. Reconoció el sentimiento: es el sentimiento habitual del cazador cuando la caza ha terminado, la versión del detective profesional del post coitum triste. Después de mirar durante un momento a la sonriente y suave Dana, de todas formas se sintió casi contento.

—Hay otra cosa —dijo—. No quiero parecer insufriblemente escéptico acerca de esto..., pero quiero verlo funcionar. Thor, ¿podemos conseguir un dispositivo tal como el que Dana describe y hacer una pequeña prueba?

—En quince minutos —dijo el doctor Wald—, tenemos ya casi toda la unidad en nuestro receptor de ultraonda, y no llevará ningún esfuerzo el añadir una cinta de alta velocidad. Lo haré en un momento.

Se fue. Weinbaum y Dana se miraron durante un momento como gatos extraños. Entonces el oficial de seguridad se levantó, con lo que él sabía que era de alguna manera un gesto de implacable determinación, y cogió las manos de su novia, anticipando una contienda.

El primer beso fue, al menos por intención, en la mayor parte pro forma. Pero en el tiempo en que Wald golpeó la puerta de la oficina, la letra había sido concienzudamente superada por el espíritu.

El científico irrumpió y dejó su paquete en el escritorio.

—Aquí está todo lo que se necesita —dijo—. Tuve que buscar en toda la biblioteca para lograr encontrar una cinta de Dirac que aún tuviera el beep. Esperad sólo un momento mientras hago las conexiones.

Weinbaum usó ese tiempo para traer su mente otra vez al problema que tenían entre manos, aunque no lo consiguió completamente. Entonces, dos agujas de cinta comenzaron a rechinar como si fueran abejas, y el sonido final de detención del Dirac llenó toda la habitación. Wald detuvo el aparato, lo recargó y comenzó a pasar la cinta grabada en la dirección opuesta muy lentamente.

Un distante murmullo de voces salió del altavoz. Mientras que Weinbaum se inclinaba tensamente hacia adelante, una voz dijo claramente y en voz alta sobre el resto:

—Hola, oficina de la Tierra. Teniente T. L, Mathews en la Estación Hércules NGC 6341, fecha de transmisión 13-22-2091. Tenemos el último punto en la curva de la órbita de vuestros planos de información confidencial, y la curva misma apunta a un pequeño sistema que está a una distancia de cerca de veinticinco años luz desde nuestra base; el lugar no tiene nombre en nuestras cartas. Los exploradores muestran que el planeta hogar está al menos dos veces más fortificado de lo que pensamos al principio, por lo tanto necesitaremos otro crucero. Tenemos una orden vuestra de «puede hacerlo» en el beep, pero estamos esperando, como nos ha sido ordenado, tenerla en el presente. NGC 6341 Mathews fuera.

Después del primer momento de increíble aturdimiento, porque ningún tipo de deseo intelectual de aceptar el hecho lo podía haber preparado para sobrellevar el hecho en sí mismo, Weinbaum cogió un lápiz y comenzó a escribir a alta velocidad. Cuando la voz desapareció arrojó el lápiz a un lado y miró excitadamente al doctor Wald.

—Siete meses adelante —dijo, siendo consciente que estaba haciendo muecas como un idiota—. Thor, ¡tú sabes el problema que hemos tenido con esa aguja en el pajar de Hércules! Este truco de la curva de la órbita debe de ser algo que Mathews aún tiene que imaginar... Por lo menos aún no me lo ha presentado, y no hay nada en la situación tal como está en este momento que parezca indicar un tiempo de seis meses para cerrar el caso. Las computadoras han dicho que aún llevaría tres años más.

—Es un nuevo ciato —asintió el doctor Wald, solemnemente.

—Bien, no nos detengamos aquí, ¡en nombre de Dios! ¡Oigamos algo más!

El doctor Wald inició nuevamente el ritual, mucho más rápido esta vez. El altavoz dijo:

—Nausentampen. Eddettompic. Berobsilom. Aimkaksetchoc. Sanbetogmuw. Datdectamset. Domatros-min. Fuera.

—Ni palabra —dijo Wald—. ¿Qué es todo esto?

—Esto es lo que les decía —dijo Dana Lje—. Por lo menos, la mitad de lo que se coge en el beep es tan incomprensible como esto. Supongo que algo le habrá pasado al idioma inglés en el futuro.

—No, no es eso —dijo Weinbaum. Había estado resumiendo el escrito anterior, y lo había continuado haciendo, a pesar de la brevedad de la transmisión—. No este ejemplo, al menos. Eso, señoras y caballeros, es código. Ningún idioma consta exclusivamente de palabras de cuatro sílabas, de eso podéis estar seguros. Y lo que es más, es una versión de nuestro código. No lo puedo coger todo ahora,, necesita de un experto dedicándole todo su tiempo, pero he cogido la fecha y algo del sentido. Es el 12 de marzo de 3022, y está siendo llevada a cabo algún tipo de evacuación masiva. El mensaje parece ser una orden de ruta.

—Pero ¿por qué utilizan el código? —quiso saber el doctor Wald—. Eso implica que pensamos que hay alguien que nos pueda estar oyendo..., alguien con un transmisor Dirac. Eso sería muy embarazoso.

—Podría serlo —convino Weinbaum—. Pero lo encontraremos, creo. Dale otra vez, Thor.

—Lo intentaré con una imagen esta vez.

Librodot

Weinbaum asintió. Un momento después estaba mirando directamente a una verde y despellejada cara de algo que parecía una animada señal de tráfico con un casco. Aunque la criatura no tenía boca, el altavoz del Dirac dijo bastante claramente:

—Hola, jefe. Este es Thammos NGC 2287, fecha de transmisión Gor 60, 302 por mi calendario y por el vuestro 2 de julio de 2973. Este es un pequeño y astroso planeta. Todo huele mal, a oxígeno, justo como la Tierra. Pero los nativos nos han aceptado, y eso es lo importante. Hemos logrado que su genio naciera bien. Informe detallado saldrá más tarde mediante garra. NGC 2287 Thammos fuera.

—Desearía conocer mejor nuestro Nuevo Catálogo General —dijo Weinbaum—. ¿No era M 4] en Can Mayor, el que tiene la estrella roja en el centro? ¡Y usaremos personas no humanoides allí! ¿Qué sería esa criatura de todas formas? No te preocupes, pásala nuevamente.

El doctor Wald la pasó nuevamente. Weinbaum, sintiéndose ya un poco confuso, había dejado de tomar notas. Eso podría venir más tarde. Todo eso podría venir más tarde. Ahora él sólo quería escenas y voces, más y más escenas y voces del futuro. Eran mejor que el aquavit, incluso con una copita de cerveza.

IV

La cinta de adoctrinamiento terminó, y Krasna tocó un botón. La pantalla Dirac se oscureció y se enrolló nueva y silenciosamente dentro del escritorio.

—Ellos no vieron su camino hacia nosotros durante largo tiempo —dijo él—. No vieron, por ejemplo, que cuando una sección del gobierno se acerca a saberlo todo, no importa cuan pequeña fuera al principio, se convierte en todo el gobierno existente. Por lo tanto, la oficina se volcó en el Servicio y sacó a todo el mundo fuera. Por otra parte, esa gente realmente llegó a temer que un gobierno que poseyera un brazo que lo sabía todo se pudiera convertir en una rígida dictadura. Eso no podía pasar y no pasó, a causa de que cuanto más se sabe, el campo de las posibles operaciones se amplía considerablemente y de esa forma se necesita una sociedad más dinámica y fluida. ¿Cómo puede una sociedad rígida expandirse a otros sistemas de estrellas, dejar solas a otras galaxias? No puede.

—Yo creo que sí podría suceder —objetó Jo, lentamente—. Después de todo, si se sabe de antemano todo lo que la gente va a hacer...

—Pero no lo sabemos, Jo. Eso es sólo una invención popular..., o si lo desea, un arenque ahumado. Después de todo, no todos los negocios del Cosmos pasan a través del Dirac. Los únicos eventos que nosotros podremos volver a oír son los transmitidos como mensajes. ¿Usted encarga su almuerzo mediante un Dirac? Por supuesto que no. Hasta ahora, usted no ha dicho una sola palabra a través del Dirac en su vida. Y hay mucho más sobre esto. Todas las dictaduras se basan en la proposición de que el gobierno de alguna manera puede controlar las mentes de los hombres. Nosotros sabemos ahora que lo único realmente libre es la conciencia del observador en todo el Universo. ¿No pareceríamos tontos al tratar de controlar eso, cuando la física entera nos enseña que eso es imposible? Ese es el motivo de que el Servicio no sea en ningún punto una policía de pensamientos. Sólo estamos interesados en los actos. Somos una Policía de Eventos.

—Pero ¿por qué? —dijo Jo—. Si toda la historia está fijada de antemano, ¿por qué nos preocupamos de estas tareas de chico-encuentra-chica, por ejemplo? Los encuentros se llevarán a cabo de todas formas.

—Por supuesto que lo harán —asintió Krasna inmediatamente—. Pero mire, Jo. Nuestros intereses como gobierno dependen del futuro. Operamos como si el futuro fuera tan real como el pasado, y hasta ahora no hemos sido decepcionados: el Servicio tiene una media de éxito de un 100%. Pero ese mismo éxito no deja de tener sus propias advertencias. ¿Qué

Librodot

pasaría si dejáramos de supervisar esos eventos? No lo sabemos, y no queremos correr el riesgo. A pesar de la evidencia de que el futuro está prefijado, tenemos que tomar el rol de supervisores de la inevitabilidad. Creemos que posiblemente nada puede ser erróneo..., pero tenernos que actuar con la filosofía de que la historia ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

»Ese es el motivo por el cual salvaguardamos inmensos números de noviazgos hasta el contrato, e incluso más allá. Tenemos que estar seguros de que cada persona que es mencionada en el Dirac nazca. Nuestra obligación como Policía de los Eventos es hacer que los eventos del futuro sean posibles, porque esos eventos son cruciales para nuestra sociedad, incluso los más pequeños. Es una tarea inmensa, créame, y se vuelve más grande cada día. Aparentemente seguirá creciendo siempre.

—¿Siempre? —dijo Jo—, Pero ¿qué hay acerca del público? ¿No llegará a olerlo más tarde o más temprano? La evidencia está tomando cada vez más estado público.

—Sí y no —dijo Krasna—. Cantidades de personas lo están oliendo justo en este momento, tal como usted lo ha hecho. Pero el número de gente nueva que necesitamos en el Servicio crece rápidamente... y siempre está por delante del número de legos que sigue las huellas de la verdad.

Jo respiró profundamente.

—Usted se toma esto como si fuera tan sencillo como hervir un huevo, Kras —dijo—. ¿Nunca se ha preguntado acerca de algunas de las cosas que salen del beep del Dirac? Por ejemplo, ¿la emisión que cogió Dana Lje de Canes Venatici, la que trataba acerca de la nave que estaba viajando hacia atrás en el tiempo? ¿Cómo es eso posible? ¿Cuál puede ser el motivo? Es...

—Paso a paso —dijo Krasna—. No lo sé, y no me importa. Ni tampoco a usted. Ese evento está demasiado alejado de nosotros en el futuro como para preocuparse acerca de él. Nosotros no podemos de ninguna forma conocer el contexto aún, por lo tanto, no hay sentido en tratar de entenderlo. Si un inglés de cerca del 1600 hubiese podido enterarse de la revolución americana, hubiese pensado que era una tragedia; un inglés del 1950 tendría un punto de vista diferente. Nosotros estamos en el mismo caso. Los mensajes que captamos del futuro realmente lejano aún no tienen contexto.

—Creo que lo veo —dijo Jo—. Me acostumbraré a ello con el tiempo, supongo, después de que utilice el Dirac durante un tiempo. ¿Me autoriza mí nuevo rango a hacer uso de él?

—Por supuesto que sí. Pero, Jo, primero tengo que pasarle una regla de la etiqueta del Dirac que nunca debe ser rota. No se le permitirá acercarse a un Dirac en ningún lugar si antes no se ha grabado esto en su memoria más allá de cualquier olvido.

—Estoy escuchando, Kras, créame.

—Bien. Esta es la regla: La fecha de muerte de un hombre del Servicio jamás debe ser mencionada en una emisión del Dirac,

Jo parpadeó, sintiendo un escalofrío. La razón que había tras la regla era decididamente fuerte,, pero su última bondad era inmensa. Dijo:

—No me olvidaré de eso. Quiero esa misma protección para mí mismo. Muchas gracias, Kras. ¿Cuál es mi nueva tarea?

—Para comenzar —dijo Krasna, haciendo una mueca—, un trabajo tan simple como el que jamás le he dado aquí en Randolph. Inspeccione por aquí y encuéntreme a ese taxista, el que le mencionó el viaje en el tiempo. Está demasiado cerca de la verdad; mucho más cerca de lo que estaba usted en la categoría uno.

«Encuéntrelo, y tráigamelo. ¡El Servicio está a punto de tomar un nuevo recluta!

2
LA OTRA CARA DE LA MONEDA

Mack Reynolds: *Río abajo*

Avram Davidson: *El cazador de dones*

Fredric Brown: *Aún no es el fin*

Librodot

Escenas gloriosas, imperios galácticos, cuando nos identificamos con la clase dominante. Una de las delicias de la ciencia ficción es la facilidad con la que cambia puntos de vista y actitudes. En esta sección, estamos inmersos en el lado de los perdedores.

Aquí son apropiadas unas palabras de Arnold Toynbee. En su volumen Sobreviviendo al futuro, hace este comentario acerca de un estado mundial, que se puede aplicar igualmente a la unificación galáctica: «Es muy improbable, me temo, que sea establecido por el deseo, o aun con la aquiescencia de la mayoría de la humanidad. Me parece más probable que sea impuesto a la mayoría por una minoría despiadada, eficiente y fanática, inspirada en alguna ideología o religión.»Mack Reynolds tiene algunas palabras que decir al respecto.

Las contribuciones de Davidson y de Brown son las más cortas del libro. La brevedad generalmente se basa en la agudeza. Avram Davidson, que vive en una exótica parte del mundo —al igual que Mack Reynolds—, ha escrito un buen número de deliciosas historias, a menudo con aroma judío. Fredric Brown es otro escritor agudo, conocido en el campo de las narraciones espeluznantes por novelas tales como The Fábulous Clip Joint, y en el campo de la ciencia ficción por su loca y cómica novela, Universo de locos. Aún no es el fin es el más antiguo de los relatos de esta antología, pero aún mantiene su encanto.

Librodot

Río abajo

Mack Reynolds

Cuando los alienígenas llegaron, la Tierra se encontró a sí misma como un mero peón bárbaro en el juego del imperio galáctico.

La nave espacial fue detectada por e! radar del Ejército poco después de que entrara en la atmósfera sobre Norteamérica. Descendió bastante lentamente, y en el tiempo en que se detuvo sobre Connecticut mil aviones de combate estaban en el aire.

Los telegramas chirriaron histéricamente entre capitanes de la Policía del Estado y coroneles de la Guardia Nacional, entre generales del Ejército y miembros del gabinete, entre almirantes y asesores de la Casa Blanca. Pero antes de que nada pudiera decidirse sobre la forma de atacar al intruso o de defenderse contra él, la nave del espacio se había asentado gentilmente en un campo vacío de Connecticut.

Una vez que hubo aterrizado todo pensamiento de atacar dejó las mentes de todos los que estaban ocupados con la defensa de Norteamérica. La aeronave se alzaba cerca de un kilómetro y daba la inquietante impresión de ser capaz de derrotar a todas las fuerzas armadas de Estados Unidos, sí así lo deseaba, lo que al parecer no era así. De hecho, no mostró ningún signo de vida, por lo menos en las primeras horas de su visita.

El gobernador llegó cerca del mediodía, ganando al representante del Departamento de Estado por quince minutos y a los delegados de las Naciones Unidas por tres horas. Vaciló sólo brevemente en el cordón que la Policía del Estado y los Guardias Nacionales habían establecido todo alrededor del campo, y decidió que cualquier riesgo que pudiera estar corriendo tendría más valor en cuanto a la publicidad se refiere, al ser el primero en recibir a los visitantes del espacio.

Además, la televisión y las cámaras de los noticieros cinematográficos estaban ya emplazadas y apuntaban hacia él. El Honesto Harry Smith se sintió animado cuando las vio. Ordenó al chófer que se acercara a la nave.

Mientras el coche se iba acercando, escoltado cautelosamente por dos motoristas y los camiones de la televisión y de los noticieros, surgió el problema de cómo hacer saber a los visitantes la presencia de Su Excelencia. Parecía que no había indicios de entrada a la espectacular aeronave. Presentaba un suave efecto de madreperla que de tan hermoso quitaba la respiración; pero al mismo tiempo parecía frío e inasequible en apariencia.

Felizmente, el problema se resolvió cuando estaban a unos pocos metros de la nave. Lo que parecía una parte sólida de un lado de la nave se hundió hacia adentro y una figura salió levemente hacia la tierra.

La primera gran impresión del gobernador Smith fue de que era un hombre con una extraña máscara y vestidos de carnaval. El alienígena, en otros aspectos humano y bastante guapo según nuestros cánones, tenía una tez de un ligero verde. Recogió la toga de estilo romano que llevaba puesta alrededor de su ágil figura y se aproximó al coche sonriendo. Su inglés sólo tenía un ligero acento. Gramaticalmente hablando era perfecto.

Mi nombre es Grannon Tyre Ochocientos Cincuenta y Dos K —dijo el alienígena—. Creo que usted es un oficial de esta... er... nación. Los Estados Unidos de Norteamérica, ¿no es así? El gobernador se sintió abatido. El había estado, en sus adentros, ensayando una pantomima de bienvenida, pensando en los hombres de la televisión y en los de las cámaras de los noticieros. Se había imaginado a sí mismo levantando su mano derecha en lo que él creía que era el gesto universal de paz, sonriendo abiertamente y a menudo y, en general, haciendo saber a los alienígenas que eran bienvenidos en la Tierra y en los Estados

Unidos en general, y en especial en el estado de Connecticut. No había esperado que los visitantes hablaran inglés.

De todas formas, se le había pedido muy pocas veces que hablara como para no aprovechar la ocasión.

—Bien venido a la Tierra —dijo con un floreo que esperó que los chicos de la televisión hubiesen cogido—. Esta es una histórica ocasión. Sin duda alguna, las futuras generaciones de su pueblo y del mío mirarán hacia atrás hacia esta hora llena de felicidad...

Grannon Tyre 1852K sonrió nuevamente.

—Le pido disculpas, pero ¿era mi apreciación correcta? ¿Es usted un oficial del gobierno?

—¿Eh? Er... hum... sí, por supuesto. Soy el gobernador Harry Smith, de Connecticut, este próspero y feliz estado en el que habéis aterrizado. Para proseguir...

El alienígena dijo:

—Si no le molesta, tengo un mensaje del Graff Marín Sidonn Cuarenta y Ocho L. El Graff me ha encomendado que os informe que sería un placer para él que vosotros informéis a todas las naciones, razas y tribus sobre la Tierra de que cita a sus representantes exactamente dentro de uno de vuestros meses terráqueos a partir de hoy. Tiene un importante mensaje que dirigiros.

El gobernador se recompuso e intentó hacerse con la situación.

—¿Quién? —preguntó dolorosamente—. ¿Qué tipo de mensaje? Grannon Tyre 1852K aún sonreía, pero lo hacía con la paciente sonrisa que uno utiliza con los inferiores o con los niños recalcitrantes. Su voz era un poco más firme, y tenía un leve toque de orden.

—El Graff os pide que informéis a todas las naciones del mundo para que reúnan a sus representantes dentro de un mes a partir de ahora para que recibáis el mensaje. ¿Está claro?

—Yeah. Creo que sí. Quién...

—Entonces eso es todo, por el momento. Buenos días.

El verde alienígena se volvió y caminó hacia la nave del espacio. La puerta se cerró detrás de él silenciosamente.

Nunca antes había habido nada como el siguiente mes. Fue un período de júbilo y de miedo, de anticipación, y de presagios, de esperanza y de desesperación. Mientras que los delegados de toda la Tierra se reunían para oír el mensaje del visitante del espacio, la tensión creció a lo largo y a lo ancho de todo el mundo.

Científicos y salvajes, políticos y revolucionarios, banqueros y vagabundos, esperaban lo que estaban seguros que cambiaría el curso de sus vidas. Y cada uno deseaba una cosa y temía otra.

Los columnistas de los diarios, los comentaristas de radio y los vendedores de cajas de jabón especulaban interminablemente con las posibilidades del mensaje. Aunque había algunos que lo esperaban Henos de alarma, el conjunto en su totalidad creía que los alienígenas abrirían una nueva era para la Tierra.

Se esperaba que fueran revelados secretos científicos que estaban más allá de los sueños de los hombres. Las enfermedades serían barridas de la Tierra en una noche. El Hombre tomaría su lugar al lado de estas otras inteligencias para ayudar a gobernar el universo.

Se hicieron los preparativos para que los delegados se encontraran en el Madison Square Carden en Nueva York. Se había visto, en un primer momento, que los edificios de las Naciones Unidas serían inadecuados. Venían representantes de todas las razas, tribus y países que nunca

Librodot

habían soñado en enviar delegados a las conferencias internacionales tan corrientes en las últimas décadas»

El Graff Marín Sidonn 48L fue acompañado a la reunión por Grannon Tyre 1852K y por un grupo de idénticos alienígenas de tez verde y uniformados, quienes podían ser únicamente tomados por guardias, a pesar de que no llevaban armas a la vista, ni defensivas ni ofensivas.

El mismo Graff parecía un caballero bastante amable, un poco más viejo que los otros visitantes del espacio. Su paso era un poco más lento y su túnica más conservadora que la de Grannon Tyre 1852K, quien era evidentemente su ayudante.

Aunque dio todas las muestras de cortesía, el gran número de personas que le estaban enfrentando parecía irritarle, y daba la impresión de que cuanto antes terminara, mejor.

El presidente Hanford de los Estados Unidos abrió la reunión con unas pocas y bien escogidas palabras, resumiendo la importancia de la conferencia. Luego presentó a Grannon Tyre 1852K, quien también fue breve, pero que arrojó la primera bomba, aunque una buena mitad de la audiencia no reconoció al principio el significado de sus palabras.

—Ciudadanos de la Tierra —comenzó—, os presento al Marín Sidonn Cuarenta y Ocho L, Graff del Sistema Solar por mandato de Modren Uno, Gabon de Carthis, y, consecuentemente, Gabon del Sistema Solar incluyendo al planeta Tierra. Puesto que el idioma inglés parece ser lo más cercano a uno universal en este mundo, vuestro Graff se ha preparado para poderse dirigir a vosotros en esa lengua.

Creo tener entendido que han sido instalados aparatos de traducción para que los representantes de otros idiomas puedan seguirle.

Se volvió hacia el Graff, aplanó su mano derecha sobre su pecho y luego la extendió hacia su jefe. El Graff respondió al saludo y se adelantó hacia el micrófono.

Los delegados se levantaron y le aclamaron, los gritos duraron diez minutos, extinguiéndose finalmente cuando el alienígena mostró un poco de incomodidad. El presidente Hanford se levantó, elevó sus manos y pidió orden.

El clamor murió y el Graff miró hacia su audiencia.

—Esta es una extraña reunión —comenzó—. Durante más de cuatro decals, lo que grosso modo hace cuarenta y tres años de los vuestros, yo he sido Graff de este Sistema Solar, primero bajo Toren Uno, y, más recientemente, bajo su sucesor Morden Uno, presente Gabon de Carthis, lo que, como ya ha puntualizado mi asistente, le hace Gabon del Sistema Solar y de la Tierra.

De todos los presentes en el Carden, Larry Kincaid, de la Associated Press, fue el primero en coger el significado de lo que estaba siendo dicho.

—Nos está diciendo que somos su propiedad, ¡Sombras de Charlie Fort! El Graff continuó:

—En estos cuatro decals no he visitado la Tierra, pero he empleado mi tiempo en el planeta que vosotros conocéis como Marte. Esto, os aseguro, no ha sido a causa de que no estuviera interesado en vuestros problemas y en vuestro bienestar como debe estarlo un eficiente Graff. Casi siempre ha sido tradición de los Gabons de Carthis el de no hacerse conocidos para los habitantes de sus planetas hasta que no hayan llegado como mínimo a un estado de Desarrollo Diecisiete. Desafortunadamente, la Tierra sólo ha alcanzado un estadio de desarrollo de un H-Cuatro

Un bajo murmullo se estaba desparramando por la sala. El Graff se detuvo un momento, luego dijo amablemente:

—Imagino que lo que estoy diciendo hasta ahora significa casi un golpe. Antes de que continúe, dejadme que haga un breve resumen. La Tierra ha sido, por un período más largo del que recuerdan vuestras historias, una parte del Imperio Carthis, que incluye todo este Sistema Solar. El Gabon, o quizá vosotros le llamaríais Emperador, de Carthis señala un Graff para que supervise cada uno de sus sistemas solares. Yo he sido vuestro Graff durante los pasados cuarenta y tres años, fijando mi residencia en Marte, más que en la Tierra, a causa de vuestro bajo estadio de civilización.

»De hecho —continuó, semimeditabundo—, la Tierra no ha sido visitada más de un par de veces por los representantes de Carthis en los pasados cinco mil años. Y, como una regla general, estos representantes fueron tomados por alguna manifestación sobrenatural por vuestra más que usualmente supersticiosa gente. Por lo menos, es bien sabido que habéis tomado la costumbre de tomarnos por dioses.

El murmullo aumentó entre la gran audiencia hasta llegar al punto de que el Graff ya no podía ser escuchado. Finalmente, el presidente Hanford, pálido, se adelantó hacia el micrófono y levantó sus manos otra vez. Cuando se obtuvo una razonable calma, se volvió hacia el hombre verde.

—Sin duda alguna, nos llevará a todos nosotros un tiempo considerable asimilar todo esto. Todos los delegados reunidos aquí probablemente tienen preguntas que les gustaría hacerle a usted. De todas formas, creo que una de las más importantes y una que todos tenemos en mente es ésta... Usted ha dicho que ordinariamente no os hubierais dado a conocer hasta que nosotros hubiéramos llegado a un desarrollo de, creo que usted ha dicho, H-Diecisiete... y ahora nosotros estamos en un H-Cuatro.

¿Por qué os habéis dado a conocer ahora? ¿Qué especiales circunstancias os han obligado a ello? El Graff asintió.

—Estaba a punto de llegar a eso, señor Presidente. —Se volvió nuevamente hacía los ahora callados delegados—: Mi propósito al visitar la Tierra ahora ha sido para anunciaros que ha sido hecho un tratado internacional entre el Gabon de Carthis y el Gabon de Wharis mediante el cual el Sistema Solar entra a formar parte del Imperio de Wharis, a cambio de ciertas consideraciones entre los planetas de Aldebarán. A corto plazo, pasaréis a ser súbditos del Gabon de Wharis. Yo he sido reclamado y vuestro nuevo Graff, Beldé Kelden Cuarenta y Ocho L, arribará en fecha próxima.

Dejó que sus. ojos se posaran sobre ellos gentilmente. Había un toque de piedad en ellos.

—¿Hay alguna otra pregunta que deseéis hacer? Lord Harricraft se levantó en su mesa directamente delante de los micrófonos. Estaba obviamente conmovido.

—No puedo tomar una posición oficial hasta que haya consultado con mi gobierno, pero lo que me gustaría preguntar es lo siguiente: ¿qué diferencia habrá, para nosotros, con este cambio de Graffs, o incluso de Gabons? Si la política es la de dejar a la Tierra sola hasta que la raza llegue a un estadio mayor de desarrollo, esto nos afectará poco; si no es así, durante ese lapso, ¿qué sucederá? El Graff habló tristemente:

—Mientras que ésa ha sido siempre la política de los Gabons de Carthis, vuestros anteriores gobernadores, no es la política seguida por el presente Gabon de Wharis. De todas formas, yo solamente puedo deciros que vuestro nuevo Graff, Beldé Kelden Cuarenta y Ocho L, llegará en pocas semanas y sin lugar a dudas explicará su política.

Lord Harricraft se mantuvo de pie.

—Pero usted debe de tener alguna idea de lo que este nuevo Gabon quiere de la Tierra.

El Graff dudó y luego dijo lentamente:

—Se sabe que el Gabon de Wharis tiene gran necesidad de uranio y de otros varios elementos raros que se encuentran aquí en la Tierra. El hecho de que haya señalado a Beldé

Kelden Cuarenta y Ocho L como vuestro nuevo Graff es un indicio, puesto que este Graff tiene una amplia reputación de éxitos en todas las explotaciones exteriores de los nuevos planetas.

Larry Kincaid hizo una burlona mueca a los otros periodistas que estaban en la mesa de la prensa»—Hemos sido vendidos río abajo.

Monsieur Fierre Bart se levantó.

—Entonces se puede esperar que este nuevo Graff Beldé Kelden Cuarenta y Ocho L, bajo la dirección del Gabon de Wharis, comenzará una explotación en toda regla de los recursos del planeta, transportándolos a otras partes del imperio de su Gabon.

—Me temo que eso sea lo correcto.

El presidente Hanford habló otra vez:

—¿Pero no podremos decir nada acerca de ello? Después de todo...

El Graff dijo:

—Incluso en Carthis y bajo la benevolente guía de Modren Uno, el Gabon más progresista de la Galaxia, un planeta no tiene voz en su imperio hasta que no haya alcanzado un desarrollo de H-Cuarenta. Como veis, cada Gabon debe considerar el bienestar de su imperio como una totalidad. El no puede verse afectado por los deseos o incluso las necesidades de las más primitivas formas de vida en sus varios planetas atrasados. Desafortunadamente...

Lord Harricraft estaba intensamente rojo de indignación.

—Pero esto es prepotencia —farfulló—. Nunca se ha oído acerca de...

El Graff levantó su mano fríamente:

—No tengo ningún deseo de discutir con vosotros. Como ya he dicho yo ya no soy el Graff de vuestro planeta. De todas formas, puedo puntualizaros unos pocos hechos que hace que vuestra indignación esté un poco fuera de lugar. A pesar de mi residencia en Marte, he hecho el esfuerzo de llevar a cabo una investigación intensa de vuestra historia. Corregidme si estoy equivocado en lo que sigue.

»La nación en la que estamos manteniendo nuestra conferencia son los Estados Unidos. ¿No es verdad que en mil ochocientos tres los Estados Unidos compraron aproximadamente dos millones de kilómetros cuadrados de su presente territorio al emperador francés Napoleón por la suma de quince millones de dólares? Creo que se llama la Adquisición de Louisiana.

«También creo que el territorio de Louisiana estaba habitado en su mayor parte y casi exclusivamente por tribus amerindias. ¿Habían oído hablar alguna vez estas tribus de los Estados Unidos o de Napoleón? ¿Qué les sucedió a esta gente cuando trató de defender sus hogares de los extranjeros hombres blancos? Indicó a Lord Harricraft:

—¿O quizá deba acercarme más a su casa? Entiendo que usted representa al poderoso Imperio Británico. Dígame, ¿cómo fue adquirido originalmente Canadá? ¿O África del Sur? ¿O la India? Se volvió hacia Pierre Bart:

—Y usted, creo, que representa a Francia. ¿Cómo fueron adquiridas vuestras colonias del norte de África? ¿Vosotros habéis consultado con los nómadas que vivían allí antes de tomar su control? El francés farfulló:

—¡Pero ésos eran atrasados bárbaros! Nuestra asunción del gobierno sobre el área era para el beneficio de ellos y el del mundo como una totalidad.

El Graff se encogió de hombros tristemente.

—Me temo que ésa sea exactamente la misma historia que oiréis de vuestro nuevo Graff Beldé Kelden Cuarenta y Ocho L.

Repentinamente la mitad de la sala se levantó. Los delegados estaban de pie en sillas y mesas. Los gritos se elevaron, amenazas, histérica defensa.

—¡Lucharemos!

—¡Mejor la muerte que la esclavitud!

—¡Nos uniremos para la defensa contra los alienígenas!

—¡Abajo con la interferencia de otros mundos!

—¡LUCHAREMOS!

El Graff esperó hasta que el primer fuego de protesta se hubiera consumido, entonces levantó sus manos pidiendo silencio.

—Yo os recomiendo que no hagáis nada para oponeros a Beldé Kelden Cuarenta y Ocho L, de quien se sabe que es un Graff despiadado cuando encuentra oposición entre sus inferiores. Ejecuta estrictamente las órdenes del Gabon de Wharis, quien usualmente lleva a cabo la política de aplastar esas revueltas y luego cambiar la población entera a planetas menos acogedores, en donde serán forzados a mantenerse a sí mismos lo mejor que puedan.

»Y puedo añadir que en algunos de los planetas del Imperio de Wharis eso es bastante difícil, si no imposible.

El ruido a través de toda la sala estaba comenzando a elevarse otra vez. El Graff se encogió de hombros y se volvió hacia el presidente Hanford.

—Me temo que debo irme ahora. No hay nada más que decir por mi parte. —Se volvió hacia Grannon Tyre 1852 K y su guardia.

—Un momento —dijo el presidente urgentemente—. ¿No hay nada más? Alguna advertencia, ¿alguna palabra de ayuda? El Graff suspiró.

—Lo lamento. Ahora está fuera de mis manos. —Pero se detuvo y consideró por un momento. Hay una cosa que puedo sugerirle que puede ayudaros considerablemente en vuestros tratos con Beldé Kelden Cuarenta y Ocho L. Espero que, diciéndoselo, no hiera sus sentimientos.

—Por supuesto que no —el presidente murmuró esperanzado—. El destino del mundo entero está sobre un hilo. Cualquier cosa que pueda ayudar...

—Bien, entonces, debo decir que me considero completamente libre de prejuicios. No significa nada para mí que una persona tenga la piel verde, amarilla o blanca, marrón, negra o roja. Algunos de mis mejores amigos tienen extraños colores de piel.

»De todas formas... bien, ¿no tenéis ninguna raza en este planeta con una tez verde? Se sabe que el Graff Beldé Kelden Cuarenta y Ocho L es extremadamente prejuicioso contra las razas de diferentes colores. Si vosotros tuvierais algunos representantes de piel verde para recibirle...

El presidente le miró fija y calladamente.

El Graff estaba desilusionado.

—¿Queréis decir que no hay razas en la Tierra de piel verde? ¿O, al menos, azul?

El cazador de dones

Avram Davidson

El gentilmente irónico y barbado Avram Davidson es uno de los más interesantes entre los nuevos en el campo. Con un hermoso estilo, Davidson se ha ganado rápido reconocimiento por sus sensibles estudios y muy humanos y muy creíbles Mañanas...

Hubo un chirrido y una conmoción y parte del banco de nieve se disparó hacia arriba en un ángulo de 45 grados —o así lo pareció— y se desvaneció en el suave y gris cielo. Orel se detuvo y puso su brazo, bloqueando el camino de su tío.

—Es un pájaro..., sólo un pájaro... continúa, ahora, Orel —dijo el Consejero Garth, con irritación. Le dio a su sobrino un leve golpe—. Se vuelven blancos en el invierno. O sus plumas lo hacen. De cualquier forma, eso es lo que dice el trampero.

Siguieron andando lentamente hacia adelante, Orel, parcialmente distraído por el placer de ver su aliento, se rió un poco.

—Un pájaro fuera de su jaula... —El Consejero le dejó alejarse unos cuantos pasos por delante; entonces comprimió torpemente un puñado de nieve y lo tiró a la cara de su sobrino cuando éste se volvió. El primer grito de sorpresa dio paso a la risa. Y de esta forma llegaron a la puerta del trampero.

El viejo camarada los miró escrutadoramente, pero era una cosa que hacía porque se esperaba que él la hiciera; no había nada mal en sus ojos. Garth lo conocía desde hacía muchos años, y aún no estaba seguro de cuánto de su forma especial de hablar era real, y cuánto era adquirido. O, dicho de otra forma, cuánto había en él del antiguo comportamiento, cuánto del desorden de la cabina era realmente parte de la vida del trampero y cuánto había allí de exhibición. Tampoco le importaba: el trabajo del trampero era en su mayor parte el de ser pintoresco y divertido, por lo que podía hacer cualquier otra cosa.

Orel, incluso antes de que las presentaciones hubieran acabado, tomó nota de la taza y el platillo que había en el estante superior del armario, pero hasta que sus dos mayores no se detuvieron, él no comentó:

—¡Mira tío, loza!

—Tienes un ojo agudo, joven compañero —dijo el trampero, aprobando—. Sí, es loza real. Traída por mí,, que sé cuantas veces salió el abuelo del Planeta Hogar... Sí, mi familia era gente muy importante en el planeta hogar —añadió, inconsecuentemente. Se mantuvo en silencio durante un momento, caldeado por el orgullo, entonces hizo toda una serie de afables ruidos en su garganta.

—Bueno, estoy contento de conocerte, joven compañero. Conozco a tu tío desde antes de que fuera Consejero, antes de que tú nacieras. —Fue hasta la pequeña ventana, tocó el deshelador, miró hacia fuera—. Sí, vuestra máquina está suficientemente a salvo. —Se giró—. Encenderé el fuego, si no hay ninguna objeción. Y pondré algo de carne en el asador. ¿Eh? El Consejero asintió con lenta satisfacción; Orel hizo una gran mueca de aprobación.

Él trampero encendió la unidad calorífica y dejó el fuego ardiendo. Los tres hombres miraron las llamas. La carne giraba lentamente en el soporte. Orel trató de analizar los diferentes olores que se arremolinaban a su alrededor; la madera, y el fuego; no, el fuego no tenía olor, era el humo; la carne, las pieles y los cueros... ni siquiera se podía imaginar qué eran todos ellos. Era

diferente que en las ciudades, eso era seguro. Se volvió para preguntar algo, pero su tío Gartfa y el trampero no le estaban atendiendo. Entonces lo oyó: un largo, un profundo y lejano tipo de sonido. Entonces el trampero gruñó y atizó el fuego.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Orel.

El viejo compañero sonrió.

—¿Nunca antes lo has oído? ¿Ni siquiera grabado, en las clases de estudios naturales? Ese es uno de los grandes astutos, del tipo de los que tu tío y otros grandes deportistas vienen aquí a cazar... en la temporada... del tipo que yo cazo en todas las estaciones. —Abruptamente se giró hacia el Consejero Garth—. No se dice nada de quitar los dones, ¿o sí?

—Sonrientemente, el Consejero denegó con la cabeza. Reafirmado, el trampero giró su atención hacía la carne, la pinchó con un largo tenedor.

Orel comparó el interior de la cabaña con las figuras y con las obras 3-D que había visto. Las cosas parecían familiares, pero menos... suaves, ésa era la palabra. Había más desorden, ausencia de simetría. Cueros y pellejos —no tan bien curados, si el olor evidenciaba algo— estaban desparramados por todos lados, no estaban limpiamente clavados con tachuelas o amontonados en correctas pilas. Trampas y piezas de trampas estaban en el mismo lugar en el que evidentemente el anciano había estado reparan» dolas.

—Creo que el Consejo no está en sesión, ¿o sí? —preguntó el trampero. El tío de Orel movió su cabeza—. Pero... no me digas que la escuela tampoco lo está. Pensé que ellos aprendían justo a lo largo del invierno.

Garth dijo:

—Logré persuadir al decano de que nuestro pequeño viaje sería una genuina, aunque modesta, expedición de campo; y que la ausencia de Orel no rompería la pauta de aprendizaje.

El trampero gruñó. ¡Pauta!, pensó Orel. La mención de la palabra le molestó. Todo era parte de una pauta: Pauta de aprendizaje, pauta de logros, pauta de placer... La vida en las ciudades se regía mediante pautas, las desviaciones eran pocas; las personas ni siquiera querían romper las pautas. Temían romperlas.

Pero era obvio que el trampero no vivía mediante pautas. Este... desorden.

—¿Tiene algún hijo, trampero? —preguntó. El anciano contestó que no—. ¿Entonces quién continuará con su trabajo? El trampero movió su mano hacia el oeste.

—Un compañero en el próximo valle tiene dos hijos. Cuando yo me vuelva demasiado anciano..., dentro de mucho tiempo —dijo, desafiadoramente—, uno de ellos se cambiará aquí conmigo. Me ayudará. Dividirá los dones conmigo.

»Una vez estuve casado. —Miró hacia el interior del fuego—. Una mujer de ciudad. Ella no se pudo acostumbrar a la vida de aquí. La soledad. Los peligros. Por lo tanto nos cambiamos a la ciudad. Yo nunca me pude acostumbrar a aquélla. Tienen que levantarse a una cierta hora. Tienen que hacerlo todo de una cierta manera. Cada cosa debe estar en su lugar, limpiamente. De otra forma toda la gente te mira. ¿Romper las pautas? A ellos no les gusta eso. Bueno, ella murió. Y yo me cambié aquí tan rápido como pude conseguir el permiso. Y aquí me he quedado.

Puso platos, tenedores, cuchillos; cortó la carne. Comieron con fruición.

—Sabe mejor que algunas cosas del laboratorio de la fábrica, ¿no es así? La mente de Orel al momento le suministró una respuesta: esos sintéticos eran siete veces más nutritivos que las comidas que imitaban. Pero su boca estaba llena y además, realmente sabía distinto y mejor. Mucho mejor... Después de la comida hubo una especie de arrullo. El trampero miró al Consejero de una forma expectante. El Consejero sonrió. Se dirigió al bolsillo de su chaqueta de caza y cogió un frasco. Orel, cuando lo olió (incluso antes: todos sabían que los cazadores de dones

bebían; el frasco formaba parte de todas las representaciones 3-D que se hacían acerca de ellos), se imaginó una respuesta amable. Pero no le fue ofrecido.

—El propósito de nuestra expedición —dijo el tío, después de limpiar su boca— es el de preparar un escrito del curso para la escuela de Orel mostrando cómo, en el disciplinado presente, los cazadores de dones mantienen las libres y rudas tradiciones del pasado, en el Planeta Hogar... déjame darle otro trago al frasco, trampero.

Orel observaba, de alguna manera turbado. Seguramente su tío sabía qué insalubre era...

—Mi familia era gente muy importante allá en el Planeta Hogar. —El anciano trampero, habiendo tomado otro trago, comenzó a repetirse a sí mismo. Fuera, donde la oscuridad había comenzado a cerrarse, ese salvaje ruido volvió otra vez. El anciano dejó el frasco.

—Se acercan —dijo, como para sí mismo. Se levantó, cogió su arma—. No tardaré mucho... generalmente no se acercan tanto..., pero ha sido un invierno duro. Este parece como si estuviera hambriento. Pero no temas, joven compañero —dijo a Orel, desde la puerta—; no tendrá oportunidad de comerme a mi

—Tío... —dijo Orel, después de un momento. El Consejero le miró—. No te ofendas, pero... no te parece que llevamos vidas bastante poco útiles en la sociedad de la ciudad, comparadas, me refiero, con la de el

El Consejero sonrió.

—Oh, vamos. Lo próximo que desearás será huir y unirte al juego. Porque eso es todo lo que es, realmente: diversión. Estas bestias, los grandes «astutos», como él les llama, no son ya una amenaza para nosotros. No lo han sido desde que hemos saltado de la carne a los sintéticos. Por lo tanto no es tan útil como el anciano pretende. Es sólo nuestra tradicional oposición a admitir que las cosas han cambiado lo que nos mantiene pagando los dones...

Se levantó y caminó unos cuantos pasos, se estiró.

—Nosotros podríamos deshacernos de esas criaturas de una vez por todas, en una campaña de una sola estación. Verter veneno en cada acre a través de todo el territorio. Los barreríamos.

Orel, confuso, preguntó por qué no lo hacían.

—Y te contaré otra cosa; pero no lo pongas en tu informe. El anciano compañero, como todos los tramperos, algunas veces engaña. A menudo libera a las hembras y a los cachorros. No le gusta la idea de que su valle quede limpio del todo. «¿Por qué no lo hacemos? !», preguntas. ¿Por qué no nos deshacemos de una vez y para siempre de todas las bestias, en vez de pagar dones año tras año? Bueno, el presente coste es pequeño. Y para lograr una asignación para una campaña de exterminación..., ¿quién la votaría? Yo, no.

»No más caza, no más representaciones 3-D acerca de la excitante vida en el salvaje campo abierto; no más tramperos..., sería como quitar el resto de espíritu que aún nos queda. Y ya estamos lo suficientemente faltos de espíritu, suficientemente cansados...

Orel frunció el ceño.

—¿Pero por qué somos así? No lo hemos sido siempre. Una gente cansada jamás podría haber emigrado aquí desde el Planeta Hogar; no podría haber conquistado éste. ¿Por qué estamos tan... gastados? El Consejero se encogió de hombros.

—¿Te das cuenta de qué inmenso esfuerzo lleva cambiar a tal cantidad de gente a una distancia tan grande? ¿El esfuerzo posterior para aclimatarse a un nuevo y salvaje planeta? ¿El terrible coste de luchar contra el colonialismo, y finalmente las guerras civiles? Nosotros ni siquiera deseamos pensar acerca de ello; creamos nuestros mitos a cambio, acerca de la vida aquí fuera en lo salvaje; y todo el tiempo, nos retraemos más y más en nuestras ciudades. Estamos

cansados. Hemos gastado nuestras energías, de hecho las hemos aniquilado. Comemos sintéticos porque son más fáciles, no porque son más sañoso

Una ráfaga de viento frío sopló sobre ellos. Se giraron. El anciano trampero entró, teniendo cogida a su presa por los miembros delanteros. Cerró la puerta. Los dos hombres de la ciudad se le acercaron. La bestia era un inmenso macho, delgado a causa de la pobre caza que el invierno traía para las criaturas salvajes.

—Mirad —el trampero señaló—. Perdió dos dedos aquí. Vieja herida. Debe de haber salido de una trampa una vez. Aquí.., se ha hecho estas heridas luchando con un compañero, supongo. Esto de aquí es una quemadura. Una mala quemadura. ¿Fue cuando el último incendio forestal que hemos tenido? Uno demasiado grande como para huir... —Continuó moviendo los labios—. ¿Hace tanto tiempo? Qué rápido pasa el tiempo... Alcánzame ese cuchillo que hay aquí, joven compañero.

Orel miró alrededor, y localizó el cuchillo, se lo alcanzó; miró fascinado y con revulsión. La vida salvaje no le parecía tan agradable ahora.

—Observa con atención, ahora, y te enseñaré cómo se le quita la piel a un gran astuto —dijo el anciano trampero. Hizo la incisión inicial—. Criaturas peligrosas, pero cuando conoces sus hábitos tan bien como yo..., puedes esperar barrerlas a todas juntas. —Miró a sus dos invitados. Orel se preguntó cuánto sabría o habría adivinado de cuanto había sido dicho en su ausencia—. No. Mantener su número bajo, es todo lo que se espera que haga. —Tosió y gruñó—. He ganado mi don, lo puedo decir. —Giró a la criatura sobre la espalda.

Orel, chocado por algo, se volvió hacia el Consejero.

—Sabes, tío, si esta bestia estuviera limpia y afeitada —y se rió ante una extraña fantasía— y vestido con ropas, se...

El Consejero terminó la frase por él.

—¿Sería un tosco y bastante fiel retrato de nosotros? Hum, sí..., en una forma... por supuesto, pero sus orejas externas y su posesión de sólo cinco dedos en cada mano... —Hizo chasquear la lengua y se corrió hacia un lado. El anciano trampero no se preocupaba de cuánta sangre pudiera manchar a las personas o a las cosas; continuó trabajando, pero el Consejero llevó a su sobrino más cerca del fuego para terminarle de decir lo que tenía que decirle.

Aun no es el fin

Fredric Brown

Había una vacante en el trabajo más sucio de la galaxia. ¿Pero estaban estos legos terrestres lo suficientemente preparados para llevarlo a cabo?

Había un verde e infernal matiz de luz dentro del cubo de metal. Era la luz que hacía que la piel de un pálido de muerte de la criatura que estaba sentada frente a los controles pareciera desganadamente verde.

Un solo ojo labrado en facetas, en el centro delantero de la cabeza, observaba los siete diales sin parpadear. Desde que habían dejado Xandor, ese ojo jamás se había apartado de los diales. El sueño era algo desconocido para la raza galáctica a la que pertenecía Kar-388Y. La piedad también era algo desconocido. Una simple mirada a los agudos y crueles rasgos que había debajo del facetado ojo podía haber probado eso.

Los indicadores del cuarto y el séptimo dial se detuvieron. Eso significaba que el cubo mismo se había detenido en el espacio cercano a su inmediato objetivo. Kar se acercó con su brazo superior derecho y soltó el interruptor del estabilizador. Luego se levantó y estiró sus entumecidos músculos.

Kar se giró hasta quedar de frente a su compañero del cubo, un ser igual a él.

—Aquí estamos —dijo—. La primera parada, Estrella Z-5689. Tiene nueve planetas, pero sólo el tercero es habitable. Tengamos la esperanza de encontrar criaturas que puedan ser buenos esclavos para Xandor.

Lal-16B, que había estado sentado en una rígida inmovilidad durante el viaje, también se levantó y se estiró.

—Esperemos que así sea. Entonces podríamos regresar a Xandor y ser honrados mientras la flota viene por ellos. Pero no tengamos demasiadas esperanzas. Encontrarnos con el éxito en nuestra primera detención sería un milagro. Probablemente tendremos que mirar en mil lugares.

Kar se encogió de hombros.

—Entonces miraremos en mil lugares. Con los Lounacs muriendo, tenemos que conseguir esclavos para nuestras minas o, si no, tendrán que cerrarse y nuestra raza morirá.

Se sentó nuevamente ante los controles y soltó un interruptor que activaba una placa de visión que les mostraría lo que tenían debajo. Dijo:

—Estamos encima del lado oscuro del tercer planeta. Hay una nube debajo de nosotros. Utilizaré los controles manuales a partir de aquí.

Comenzó a apretar botones. Unos pocos minutos después dijo:

—Mira, Lal, en la placa de visión. Luces regularmente espaciadas... ¡una ciudad! El planeta está habitado.

Lal había tomado su puesto ante e! otro panel de controles, los controles de lucha. Ahora él también estaba examinando los controles.

—No hay nada que tengamos que temer. No hay ni siquiera vestigios de un campo de fuerza alrededor de la ciudad. El conocimiento científico de la raza es pobre. Podemos barrer la ciudad de un solo golpe si somos atacados.

—Bien —dijo Kar—. Pero déjame recordarte que nuestro propósito no es la destrucción... aún. Queremos especímenes. Si comprobamos que son satisfactorios y viene la flota y coge los miles que necesitemos como esclavos, entonces será el tiempo de destruir no sólo la ciudad, sino el planeta entero.

Para que su civilización no pueda progresar hasta el punto de poder tomar represalias.

Lal ajustó una perilla.

—Correcto. Pondré el campo megra y seremos invisibles para ellos salvo que puedan ver en la gama de los rayos ultravioleta, y, por el espectro de su sol, dudo que puedan.

Mientras que el cubo descendía, la luz dentro de él cambió del verde al violeta y más allá. Quedó en una suave inmovilidad. Kar manipuló el mecanismo que operaba la puerta.

Salió fuera, Lal justo detrás de él.

—Mira —dijo Kar—, dos bípedos. Dos brazos, dos ojo? ... no son distintos de los Lounacs, aunque son un poco más pequeños. Bien, aquí están nuestros especímenes. —Levantó su brazo inferior izquierdo, cuya mano de tres dedos sostenía una delgada vara rodeada de alambre. Apuntó primero a una de las criaturas, y luego a la otra. Nada visible emanó de la punta de la vara, pero ambos quedaron instantáneamente convertidos en figuras rígidas como estatuas.

—No son grandes, Kar —dijo Lal—. Yo llevaré a uno, y tú puedes cargar con el otro. Podremos estudiarlos mejor dentro del cubo, después de que estemos nuevamente en el espacio.

Kar miró a su alrededor en la escasa luz»—Correcto, dos son suficientes, y uno parece ser un macho y el otro hembra. Comencemos a marchar.

Un minuto después el cubo estaba ascendiendo, y tan pronto como estuvieron fuera de la atmósfera Kar soltó el interruptor del estabilizador y se unió a Lal, quien había estado comenzando el estudio de los especímenes durante la breve ascensión.

—Vivíparos —dijo Lal—. Manos de cinco dedos, capaces de realizar trabajos razonablemente delicados. Pero... pasemos al examen más importante, la inteligencia.

Kar cogió el par de aparatos mentales. Le tendió uno a Lal, quien puso uno en su propia cabeza y otro en la cabeza de uno de los especímenes. Kar hizo lo mismo con el otro espécimen.

Después de unos minutos, Kar y Lal se miraron el uno al otro desoladamente.

—Siete puntos por debajo del mínimo —dijo Kar—. No pueden ser entrenados ni siquiera para la labor más ruda en las minas. Incapaces de entender las instrucciones más simples. Bien, les llevaremos al museo de Xandor.

—¿Debo destruir el planeta?

—No —dijo Kar—. Quizá en un millón de años a partir de ahora, sí nuestra raza ha subsistido, puedan haber evolucionado lo suficiente como para ser capaces de suplir nuestro propósito. Vayamos hacia la próxima estrella con planetas.

El editor diseñador del Milwaukee Star estaba en la habitación de composición, supervisando el cierre de la página local. Jenkins, el jefe de composición, estaba poniendo las regletas para ajustar ¡a segunda y última columna.

—Hay lugar para una historia más en la octava columna, Pete —dijo—. Cerca de treinta y seis ciceros. Ahí hay dos en reserva que están bien. ¿Cuál debo usar? El editor diseñador miró las galeradas que yacían al lado de la caja. La larga práctica le había capacitado para leer los titulares de encabezamiento de una sola y rápida ojeada.

Librodot

—¿La historia de la convención y la historia del zoológico, ¿eh? Oh, infierno; pasa la historia de la convención. ¿A quién le importa si el director del Zoológico piensa que han desaparecido dos monos ayer por la noche?

Librodot

ÍNDICE

Introducción..... 2

Volumen III. MADUREZ O CAÍDA (continuación)

1. UN SENTIDO DE PERSPECTIVA

Escapar al caos, por John MacDonald 9

Escondite, por A. E. van Vogt 41

Civilizar, por Algis Budrys 53

Beep, por James Blish..... 60

2. TODAVÍA MÁS Y MÁS VASTO

Río abajo, por Mack Reynolds 88

El cazador de dones, por Avram Davidson.....94

Aún no es el fin, por Fredric Brown.....98